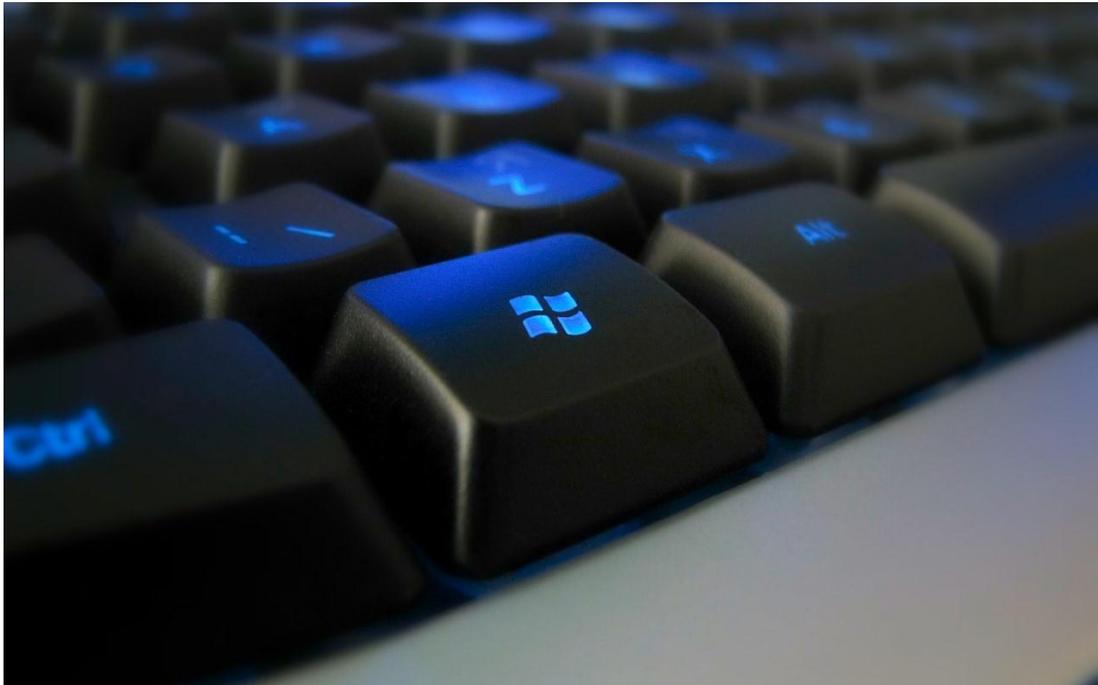


EL DIARIO ÍNTIMO DE FRANCISCA MALABAR



MILAGROS MATA GIL

1990

17 de Abril de 1990

A veces me despierto a medianoche, sudorosa y sedienta y entonces no sé, no puedo ubicarme en el momento preciso que estoy viviendo, no reconozco el cuarto, ni las sábanas, ni las invariables cortinas, y en cambio siento la piel pegajosa, el olor penetrante del aserrín mojado, del sudor rancio, de las menstruaciones resacas, de los sexos que parecen estarse chorreando entre las piernas de las mujeres, de las cabezas sucias y llenas de piojos y de liendres, y del desinfectante conque rociaban las paredes, y me envuelven otra vez ese olor y esa atmósfera antes de emerger a la frescura de mi habitación: las sábanas meticulosamente limpias, el ventilador soplando silenciosamente aire fresco, las ventanas abiertas hacia el patio arbolado, y no es cierto que esté apretujada entre otros cuerpos de mujer, sintiendo las pieles, la picazón, el sucio, el hambre, el dolor en el estómago, el paso de las cucarachas. No es cierto. El corazón recobra dentro de mí el ritmo acompasado. Todo se reordena en la penumbra. Todo, todo se reordena.

Los primeros días de esas pesadillas, cuando sólo tenía diez u once años, tardaba en despertarme, y gritaba y gemía hasta que mamá o Isabel Rendón, mi niñera, me pasaban pañuelos mojados en agua de colonia por la cara. Me despertaba finalmente y era como estar en medio de un mar tormentoso: venían a mi mente escenas: aquélla de la noche de Navidad: los soldados que destrozaron el piano y abrieron con las bayonetas los cojines de los muebles y tiraron al suelo las alacenas repletas de hermosos platos de porcelana y copas de cristal y nos empujaron a mamá y a mí a los camiones: aquélla de la luz oscilante del bombillo: yo tirada en el piso de madera, sin fuerzas ya para resistirme, y a mi alrededor las botas altas de los soldados, las perneras de sus pantalones: todo cubierto de un fino polvo ocre y música pasos de baile risas olor a alcohol y a vómito ligeramente y empujones manoseos violencia dolor en el vientre: ese dolor. Después, las imágenes fueron espaciándose, las pesadillas fueron alejándose. No es que hayan desaparecido del todo, sino que se han vuelto endebles, como si se hubieran borrado paulatinamente por el paso del tiempo o el uso y la costumbre: como si se hubieran vuelto cotidianas. Algunos decían que yo había vivido en otro tiempo esas cosas, en otra vida. Pero el padre Fidel, el confesor del Colegio, me aconsejaba no leer tanto y olvidarme de patrañas. Y en eso coincidió con el doctor Grau, psicólogo del Colegio, quien recomendó a mis padres que no me dejaran estudiar mucho debido a mi temperamento neurasténico, que me enviaran a unas vacaciones en la playa, y de ser posible que me retiraran un tiempo del Colegio y me indujeran a hacer algo relajante. Entonces amenacé con suicidarme si me obligaban a

dejar el Colegio y me ponían a tejer y a bordar y a dibujar, como había sugerido el doctor Grau, y mi madre se asustó de tanta vehemencia en una niña y entre todos, incluyendo las monjas, decidieron que era mejor dejarme, aunque bajo estricta observación y practicando algunos ejercicios al aire libre, algunas actividades que me alejaran de las lecturas y la música. Adquirí en esos días la costumbre de dar paseos solitarios: caminaba entonces por el patio arbolado de la casa de mis padres, daba vueltas mirando atentamente las flores y la vida de las hormigas y de los pájaros. A veces, con mayor audacia, le pedía a Isabel que me acompañara y llegábamos hasta el malecón y la alameda, o hasta el antiguo puerto adonde ya no llegaba ningún barco. Pero yo era aún muy pequeña y esos paseos no eran tan frecuentes porque tenía horas en el Colegio y obligaciones y tareas y no podía alejarme sola de la casa, ni tampoco sobrecargar de trabajo a Isabel, dijo mi madre, así que terminaron por desaparecer esos impulsos, desvanecerse y dejarme nuevamente ante mi habitación, mis libros y mis tendencias sedentarias.

Onetti escribió, creo, que a los cuarenta años uno debía comenzar a escribir sus MEMORIAS. Bueno, yo tengo ya casi cuarenta y quizá sea el momento de poner por escrito algunas cosas. Pero no se me ocurre qué contar. Tengo algunos recuerdos, algunos sueños y algunas versiones dadas por otras personas. No sé si eso basta. Mi anciano vecino, uno venido desde Italia en la post-guerra, me dijo la otra vez que lo peor de la soledad era no tener con quién compartir los recuerdos. Si él lo dice, debe ser verdad. Desde hace más de un año, cuando murió su esposa, se ha venido rodeando de otros viejos. Ellos vienen a visitarlo los domingos. Los escucho hablar en su lengua. Seguramente de paisajes, de historias repetidas mil veces. Versiones de los hechos, probabilidades, especulaciones, recreaciones quizá de eventos terribles o graciosos. Así que yo escribo para organizar mis propias versiones y así conjurar de alguna manera la soledad. Hay gente incluso que mantiene un diálogo con sus notas: *Querido Diario*, escriben en el encabezado de cada día, buscando al interlocutor, papel antropomorfizado, tenaz, paciente y comprensivo. Es curioso que yo haya empezado a escribir recordando esos despertares de otros días. A veces ni puedo creer que todo eso haya pasado, todo lo que me afectó y cómo llegué a ver la vida, y creo que si no hubiera sido por Gastón, yo seguiría viendo a los hombres como violadores. Una vez vi una película de piratas donde violaban a una mujer. Salí llorando del cine y mi madre me regañaba todo el tiempo, porque no entendía qué me pasaba. Porque yo era una niña y no debía saber nada de esas cosas, decía. Es extraño que algo sucedido en otra vida o quizá sólo en un sueño pueda afectar así a una persona. Durante mucho tiempo tuve miedo de los hombres. Mis primeros encuentros amorosos fueron con muchachas. Eran descubrimientos de los cuerpos: senos recién brotando en pechos frágiles, púbesis apenas si cubiertos por encajes de vellos oscuros, dedos fríos

recorriendo pieles calentadas por el sol y el deseo, tenues delicadeces petalares entre las piernas. Los orgasmos me dejaban exquisitamente fatigada. Sin humillación y sin ruptura. A los dieciséis años, a los dieciocho, yo era como un animal salvaje peleando denodadamente por el derecho a la sobrevivencia. Tenía muchos amigos y amigas. Aprendí a reír con dureza, a ironizar impiamente. Mi época era la de los cambios: los terribles 60, ya en su resonancia, en su más tardío oleaje. El desbarajuste, el *baby boom*, y todo eso. Después, vino Gastón y nuestros amores fueron más intelectuales que reales. amores aparentes o imágenes de amor como él mismo los llamó. Es verdad que no terminaron en nada. Es verdad que él se mudó de planeta (o quizá fui yo) y ya nunca jamás pudimos sintonizar nuestras ondas. Aunque durante un tiempo funcionó. Ahora, nada. El fue demasiado sensato. Inteligente, también. Se insertó en el sistema. Se volvió ejecutivo. Ejecutante del concierto global. Consiguió una buena plaza como intérprete. Y yo estoy aquí, lejos del tumulto y del público de esos concertistas, intentando escribir una historia personal, sin saber cómo empezar.

Y estoy segura de que a esta historia no le faltarán lectores: hay una especie de morbosidad en curiosear en los asuntos ajenos, una especie de alivio de los pecados personales cuando se comprueba la existencia de los ajenos. Circunstancias sórdidas o pecaminosas. O simplemente estúpidas. Quizá se trate de una suerte de catarsis por solidaridad. Pero primero debo clarificar: *¿quiero escribir una autobiografía? ¿para qué?* Quizá, como decía Lou Salomé: *para lanzar una lenta, sensual, mirada retrospectiva a los años vividos.* Aunque no fueron años felices. Casi nunca fueron felices, pero no sé si eso tiene importancia. No pienso tampoco que lo que viví merezca la pena de ser emulado o de ser absorbido como cuando uno leía hagiografías en la niñez o biografías heroicas. No hay ejemplaridad, mensaje moral, eventos épicos. Tampoco deleite hay en esos actos. No tengo verdaderas razones, verdaderas respuestas.

Entonces, sigo sin aclarar: *¿para qué quiero escribir esta autobiografía? ¿será cierto que tendré un cómplice, alguien que justifique la exhibición de mis fantasmas, el sacrificio de mi intimidad, el streap-tease moral y el desgaste de mis fechas? ¿O se trata de que quiero construir un elaborado ejercicio literario: la autobiografía como vía hacia la literatura, la vida como género literario, el cuerpo histórico individual como libro?* Pero no. No pretendo que mi vida sea un libro: eso sería ridículo. Creo que es el deseo de detener el tiempo, y no el egocentrismo, lo que me lleva a escribir estos textos. Al fin y al cabo *¿para qué tantas explicaciones o justificaciones?* Esto apenas es un **DIARIO**: el desaguadero textual de las cotidianidades, mero juego para distraer la soledad.

Quizá me contradigo, pero eso es parte de mi prerrogativa: como diarista, como forjadora de ficciones: como fingidora o confesante.

16 de Mayo de 1990

Si yo le dijera a alguien que hablo con los ángeles, que los ángeles se me aparecen en sueños y me dictan, me obligan a hacer cosas que no quiero, seguramente pensaría que estoy loca. Pero es verdad. La primera vez que vi a un ángel (mejor sería decir que *sentí* un ángel), yo tenía diez o doce años. En esos tiempos, me daban fiebres recurrentes y ningún médico podía encontrar las causas. Mi madre me atiborraba de vitaminas, me llevaba a santiguar con mujeres que me rociaban agua bendita con ramas de mastranto y me colgaban de cintas rojas escapularios de yerbas. Pero nada daba resultado, ni contra la fiebre, ni contra las pesadillas, ni contra los insomnios. Una noche soñe que yo estaba en una especie de sótano muy grande, como una celda subterránea, blanca, alta y sin ventanas. Yo estaba durmiendo en un catre y sentía el calor, el sudor que me brotaba del cuerpo y se quedaba pasmado, como aceite, sin correr, y sentía una sed terrible. No sé si tenía fiebre en el sueño o en la realidad, pero aún hoy recuerdo la sed, el calor, el subterráneo grande de techo altísimo y el catre como único mueble. En ese escenario se apareció el ángel. Era como una mujer, en apariencia, con una túnica blanca de mangas muy anchas y larga hasta un poco más abajo de las rodillas, adornada en los bordes con encajes negros, dispuestos en forma de zig-zag unos centímetros por encima del dobladillo. Llevaba una especie de arneses de cuero cruzados en el tórax anchísimo que terminaban en un cinturón también de cuero del cual colgaba la espada y desde la espalda le salían alas de plumas azules, colocadas en capas superpuestas, distribuidas en una armazón cartilaginosa y de aspecto ligero, alas especializadas para vuelos largos. Calzaba unas botas de piel gamuzada, altas hasta la rodilla y marrones. Parecía un guerrero de finales de la Edad Media, uno de esos que aparecen en los libros con cromos, guerrero dispuesto para el combate sangriento y para el placer refinado, tal como se aprendió en la Cruzada, pero no era agresivo, sino dulce y después he descubierto que puede ser educadamente frío. Me dijo: *Tú estás destinada a conseguir cualquier cosa que quieras, pero tendrás que pagar muy altos precios por ello*. En realidad, nunca me dijo que era un ángel (nunca me lo ha dicho), sin embargo yo siempre lo supe (siempre lo he sabido) y, después, cuando estuve gravemente enferma, el ángel venía y se sentaba a la orilla de mi cama y me estrechaba la mano, y, sin hablarme, me hacía entender que no estaba sola, y que saldría de eso.

Me enfermé mucho en esa época, entre los doce y los quince años. Las convalecencias eran lo peor. Mi madre me sentaba en una gran mecedora azul, en el jardín, y yo veía las

mariposas amarillas, las plantas favorecidas por la sombra de los dos almendrones de la entrada, los escasos transeúntes que pasaban por la acera frente a mi casa. Y escuchaba música. Siempre música. Mi padrino Manuel me regaló los mejores álbumes de música clásica que encontró, y yo desde ese tiempo escuchaba a Beethoven, a Mozart, a Sibelius, a Wagner, a Debussy, a Vivaldi, interpretados por Filarmónicas de Londres y Berlín, justo antes de descubrir a los Beatles y también a Sandro y Raphael y Joan Manuel Serrat y Joan Báez y Soledad Bravo y Mercedes Sosa y Alí Primera, todo eso un poco después, y, más perversamente, la música de los bares: boleros, norteñas mexicanas, pasodobles españoles interpretados por orquestas latinas, merengues, sones montunos o no, tangos: canciones de despecho, amor y muerte. Todavía tengo una extraña combinación de *cassettes* y CDs: al lado de la música más arrabalera y desgarradora y patética y populachera y mercantilizada: de gente como Javier Solís, Julio Jaramillo, Juan Gabriel o Paloma San Basilio post-viudez, tengo rock heavy y soft: irreverentes como Prince, románticos como Commodore, y algo de country music, algo de soul y de jazz, también y toda clase de cosas entremezcladas, como peras y romanzas y antologías de Ricardo Montaner, al lado de los grandes: Mozart, que es mi favorito, o eso creo. Pues bien, a veces, durante esas convalecencias de las que había estado hablando, yo veía venir al ángel andando entre la luz, nimbado de música, y se sentaba a mi lado sin hablar, pero cálidamente cercano. Con el tiempo, el ángel me dijo muchas cosas, me dio muchos consejos, aunque yo nunca hice mucho caso de sus palabras, porque era joven quizá, o porque no creía que existiera en verdad sino que lo consideraba parte de mis delirios, algo así como tener un perro imaginario. Pero como la experiencia me demostró que rara vez se equivocaba, comencé a aceptar poco a poco que él tenía razón y que si hubiera hecho tal o cual cosa en determinado momento, hubiera podido evitar tal o cual situación que provocó después que de mis actos derivara mucho dolor para mí y para otros. Todavía di muchos tumbos en la vida. Eso es sabido. Y sólo después de los treinta comencé a hacerle caso al ángel, aunque algunas de sus recomendaciones parecen absurdas. Por ejemplo: hacía más de tres años que estaba tomando notas para una novela *esperando el milagro que me permitiera escribirla*. En las últimas tres semanas, ese milagro había ocurrido, y yo había vuelto a tener fiebre, esta vez con dolores espantosos en la espalda y el cuello y alucinaciones y todo eso, y había escrito hasta conformar unas setenta u ochenta páginas de novela: digamos un 30%, para usar esos términos. Entonces el ángel me dijo que debía deshacerme de todo eso. Es decir: no sólo borrar el archivo, sino formatear el disco y olvidarme de lo que había escrito. Parecía una orden absurda. Pero ahora no es sólo un ángel el que viene: ahora vienen dos o tres y hasta tienen jerarquías: éste que me lo dijo era un Jefe Grande, más que un arcángel, y él mismo borró el

disco, y yo lo formateé mientras el llanto me corría por las mejillas, pero pensando en medio de mi rabia, mi desconcierto y mi desconsuelo, que seguramente él tenía razón.

Eso no impide, por supuesto, que me sienta mal.

A lo mejor esa novela no es lo que se espera de mí, a lo mejor no eran más que simples palabras en un papel y no tenían trascendencia. Siempre he querido construir una novela muy especial: una obra de arte que semeje una composición musical o que posea ritmo cinematográfico: mi gran frustración es no poder ser compositora de música o directora de cine. O mejor: compositor de música o director de cine, porque en este mundo la condición de mujer es siempre determinante y si una mujer hace un trabajo, por muy hermoso y perfecto que éste sea, siempre es vista como un animal parlante por la sociedad, y a veces no lo puede resistir, como en el caso de Virginia Woolf, por ejemplo, o Silvia Plath, por ejemplo, o Alejandra Pizarnik, o Isadora Duncan, o Marilyn Monroe, por ejemplo, y conste que no soy feminista, ni nada.

Ahora bien, nunca he dejado de preguntarme si estos ángeles no son representaciones de mí misma. Máscaras. Llega el momento en que la Máscara puede sustituir al Hombre. Tomemos el ejemplo de los Superhéroes: en algún instante, su existencia queda convertida en eso hiperbólico que son, en las funciones que realizan, y su propia vida de desnudos seres humanos queda absorbida por el juego que los hace aparecer: enmascarados, rutilantes y desenmascarados, insignificantes e infelices. Así somos. La vida cotidiana nos exige el uso de una Máscara que dé fuerzas al mito que deseamos representar. Y entonces somos ante un público (que a veces es el de nosotros mismos ante el espejo) brillantes. Representamos los roles con cierta insensible felicidad. Mas cuando estamos solos, al quitarnos la Máscara, es como si nos derritiéramos y todo nuestro ser queda en la Máscara tirada en cualquier parte: vacía pero poderosa. Más complicado es el hecho de autoenmascararse para dar validez a los propios juicios ante uno mismo. Ese sería mi caso: utilizar la máscara del ángel para poder proveer de alguna autoridad a lo que sería la natural voz de mi conciencia. Yo recuerdo que un hombre que hacía teatro decía que para encarar la vida y vivirla con el mejor provecho posible lo mejor era tener un conjunto de disfraces y máscaras disponibles para asumir cada uno de los papeles que se le proponían a la gente: la idea de ser sólo una figuración de algo: de no ser realmente sino simular que se es, da fuerza y coherencia, según su criterio, a lo que uno *debía* hacer en un momento dado. Entonces, vivir sería una serie de continuas simulaciones. El ángel ha dicho a veces que la Naturaleza íntegra funciona como un simulacro. Platón decía que el acontecer era sólo representación de la imagen inmóvil: que el modelo subsistía intacto debajo de las múltiples transformaciones. Todo esto justificaría la adjudicación de un símbolo vital:

disfraz o carácter de teatro para asomarse al Gran Escenario. Y, sin embargo, a pesar de todo lo dicho no puedo aceptar a rajatabla que yo sea en ningún momento de mi vida *como un ángel*, ni siquiera simulándolo. Tendría que tener demasiada virginidad, pues, ya se sabe, *sólo lo virgen es eterno*. Lo inviolado. Lo puro. Tendría que tener demasiada pureza. Tendría que despojarme adicionalmente de las precariedades del cuerpo. O no. Quizá, si sólo se trata de dar legalidad al propio pensamiento, sólo sea preciso una hoja de palma y un callejón solemne.

No deja de preocuparme ese asunto de los ángeles, porque ellos han estado ocupando cada vez mayores espacios en mi vida o en mi toma de decisiones. Es cierto que son seres muy amables y llenos de interesantes conocimientos, aunque fuera de eso no entiendo qué desean de mí: me rodean, revolotean a mi alrededor, me cobijan y me acompañan, pero no me dan soluciones a los problemas, no me explican cómo actuar, no me permiten visualizar un destino específico. Y es como si yo no tuviera destino en esta vida, sino que ella fuera una especie de interregno insignificante que, sin embargo, debe ser orientado y resguardado sólo para que otros o yo misma en el futuro, en otra vida, pueda cumplir alguna secreta misión que se está forjando. Eso implicaría, por supuesto, pensar que la libertad de albedrío no existe o es limitada: que hay unas líneas de destino diseñadas mucho antes incluso de que seamos concebidos y que nosotros las cumplimos inexorablemente, aun cuando en apariencia escogemos nuestras vías. Pero allí están esas líneas y nosotros las atravesamos, las cumplimos más tarde o más pronto, sin poderlo evitar. Estamos designados para ello.

En verdad no me gusta pensar en eso.

He pensado en dividir el **DIARIO**: anotar los hechos cotidianos, las reflexiones consuetudinarias, y, además, hacer unos ejercicios de memoria: algo que se llame **Notas para una autobiografía**, tal vez.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

(1957)

Mi madre me metió en el Colegio de las monjas para aplacar mis malos instintos. Su preocupación parecía justificada: única y solitaria en la gran casa de Monte Piedad, mientras ella y mi padre se dedicaban a sus labores, yo solía entretenerme mirando mi cuerpo desnudo en el espejo del cuarto. Recuerdo que en ese cuarto había una claraboya redonda: un tragaluz que daba a toda la habitación un reflejo azulado resultante del choque de toda esa luminosidad solar condensada en el hoyo cristalino contra el azul de las paredes. Por las noches, era posible mirar el cielo: estrellas y fulguraciones extrañas y paso de aves. Yo dormía muchas veces con mis padres, alegando temores abstractos. Pero en realidad lo que deseaba era la visión del tragaluz. Mi padre, sin embargo, lo cubría a veces con una sábana, sobre todo en noches de luna alegando que esa luz era muy fría y podía dañar mi salud. En ese entonces yo tenía tres años y era aún hija única. Caminaba por los pasillos y escuchaba los ladridos y las carreras de un perro que vivía en la azotea. Yo le tenía miedo y rara vez lo vi, en parte porque mi madre tenía un verdadero horror hacia los virus y microbios y enfermedades que amenazan la vida de los niños y me mantenía restringida a estrechos espacios altamente higiénicos o que ella consideraba como tales. En cierta época de mi vida, yo tenía muchos juguetes, pero un día ella los echó a la basura, para evitar que se contaminaran de gérmenes de enfermedades infecciosas difundidas en la prensa. No recuerdo si me compraron otros. Seguramente sí. De cualquier forma, mi madre me acostumbró a bañarme tres o cuatro veces al día, usando jabones antisépticos, jabones de tierra o con contenido sulfuroso, y no esos otros perfumados, de tocador, que ella consideraba ineficientes y ornativos. Su temor a los microbios era tal que lavaba con agua hervida los vegetales antes de pelarlos y después pasaba estos por un hervor de agua antes de darle la verdadera cocción. Todas las noches la cocina se convertía en una orgía de grandes ollas de agua hirviendo en las hornillas de aquella cocina de kerosene hasta que alguna vez mi padre compró los filtros, pero aun así mi madre hervía el agua filtrada. En ese tiempo, yo escuchaba la música de la radio hasta adormitarme. Por las tardes cantaba y bailaba jugando solitaria y mi tía Teotiste, que nos visitaba con frecuencia, comenzó a pensar que había en mí una peligrosa tendencia hacia la frivolidad y el descaro que era preciso controlar. Será una pecadora, decía, si no le controlan esas tendencias. Una de esas tardes perdidas, mientras jugaba con mis primas, les propuse que comparáramos las cuquitas, que las viéramos y las palpáramos para ver cuál era más gorda, cuál más seca, cuál más alargada. Yo había experimentado ya esa asfixia, ese mareo que producía el roce de los

dedos en esa zona húmeda y llena de olores. Es más: me gustaba dormirme con los dedos llenos de mi propio olor, respirando sobre mis dedos: ese dolor me devolvía a los universos marinos, a la condición autótrofa, al origen de la especie. Ese olor amainaba mis miedos. Las cuquitas me parecían entonces mascotas, tiernos animalitos fuente de placer y amparo. Verlas y tocarlas era un cálido juego y compartirlo me parecía lógico (si cabe esa terrible palabra) y normal. Pero mis primas salieron huyendo horrorizadas. Se lo contaron a mi tía Teotiste, a mi madre, a todo el mundo, y entonces mi madre le preguntó a mi madrina Mercedes si yo sería normal, porque le preocupaban esas propensiones mías, y también porque me quedaba horas sentada en los rincones, hojeando interminablemente libros que aún no podía leer, libros llenos de letras, o remirando las imágenes de esos otros, los que me enviaba mi padrino Manuel. Yo no conocía aún a mi padrino Manuel sino por sus cartas y regalos y me lo imaginaba como un príncipe de los que me describía mi madrina al leerme cuentos de hadas. Tampoco eso era normal. Eso de andar imaginando personas y paisajes y países y contándolos luego como si fueran verdades. La palabra anormal siempre me rodeó. Mi madre me miraba largamente desde la cocina, o trataba de obligarme a comer todas las veces que me negaba, o me daba té de yerbabuena para aliviarme los vómitos que siempre me estaban atormentando, pero con una inmensísima tristeza, con un sentido de lo inevitable del desastre. Luego nació mi hermanita, y mi padre y mi madre tomaron la decisión de emigrar, y hubo tantas cosas en ese tiempo: aprendí a leer y a escribir en una de esas escuelitas libres a la que mi madrina me llevó de la mano: yo recuerdo que llevaba una braga roja sobre una blusa blanca y que cargaba una sillita y mis útiles escolares, mis cuadernos y mis libros y mis lápices de color, y que había una maestra que se ocupaba de ir desentrañando las claves y las cifras e ir enseñando las canciones de todo el mundo, y un día mi madre me miró a los ocho o nueve años: tanfrágil, tandelgada, tanpoquitacosa, tanechadoradevaina, dijo, y me mandó interna al Colegio. Porque allí en San Alejandro, aquella ciudad adonde habíamos ido a parar, teníamos en la casa una pequeña granja y nada protegía mi inocencia: los animales iban por todos lados, exhibiendo sus conductas libidinosas y yo podía creer, con todas esas confusiones mentales que tenía, que eso era corriente, que los seres humanos eran como los animales y así iban las cosas. Por lo tanto, era mejor el internado, por mi propia seguridad y por la salvaguarda de mi cuerpo y de mi alma. [Garamond o similar]*

Oh cuerpo: *templo vivo del Espíritu Santo.*

[Diálogo desde el lejano país de la infancia:

-Tú eres una tonta: a los niños no los trae la cigüeña.

-Sí los trae.

-Tú no sabes ni siquiera cómo naciste.

-Sí lo sé.

-Tú dices que a los niños los trae la cigüeña: ¿eso es lo que te dijo tu mamita? ¿y tú crees todo lo que ella te dice? ¿y de dónde trae la cigüeña los niños?

-Deeee... de la casa de Dios.

-Ahjajajá: ¿y tú crees que en la casa de Dios están los niños en una sala y la cigüeña los recoge y todo eso? ¿y cómo sabe qué niño debe llevar a cada casa?

-Y si no es así ¿cómo nacen los niños?

-Como nacen los perros o los cochinos o los gatos.

-No.

-Sí.

-¿Cómo tú sabes?

-Todo el mundo sabe.

-Todo el mundo no. Yo no sé. Mi hermanita llegó con la cigüeña. Yo la ví.

-¿Tú viste la cigüeña?

-No, mi mamá me dijo.

-Tu mamá es una mentirosa.

-Tú eres una mentirosa]

24 de Mayo de 1990

Largo largo largo es el camino que nos aleja de la memoria de la inocencia. Camino que sólo se recorre una vez. Camino que sólo es aprehensible en efímeros instantes. Pienso que la fotografía es un prodigio. Deja pruebas de los eventos que vivimos. Permite crear un respaldo a los recuerdos. Ahora existen los videos domésticos también. ¿Podría ser que la escritura? Quizá. Y tú estás en un afiche rojo: 15x25 más o menos. Justo frente a mí. Plano medio de tu cuerpo uniformado. Fusil colgando de tu hombro derecho por un correaje sólido que hace pliegues en tu chaqueta. Esa chaqueta parece quedarte grande, además. Tienes la

cabeza baja y sólo se pueden ver las sombras de tu rostro. Boína negra (¿o sólo oscura?) El cabello largo te sale por los lados de la boína. Rizos. A tu lado hay un grabado tamaño postal de Baudelaire. Debajo de Baudelaire, en el mismo tamaño, está Rubén Darío. A la derecha, un dibujo en degradación de Lezama Lima, y, a su lado, un Neruda con mariposa transparente sobre la cara. Finalmente, un texto mimeografiado sobre el fondo del rostro de Cristo:

*Mi hijo ajusticiado, hermano íngrimo
padre a quien engendra mi ternura
mi Señor al que apaleo, último amigo
al filo de la noche, en plena duda,
por debajo del asco y la vergüenza
y más allá del estruendo de la dicha
porque no hay otro amor, otra respuesta:
apenas sus dos ojos que me otean
sus oídos que me auscultan.*

¿Quién es ése que auscultá, que otea?

HALCÓN.

Sobre mi conciencia siento tu mirada triste, tristísima. No por lo que hice, sino por lo que no hice. Aunque, al fin y al cabo, tampoco tú puedes reprochar demasiadas cosas. Entregamos ideales muy jóvenes a cambio de promesas lejanas. Fuimos defraudados cuando moriste. Más todavía si analizábamos por qué razón: torpeza estratégica, terquedad, falta de conciencia. Luego, hemos aprendido que el asunto no podía ser solamente tomar el Poder, sino cambiar internamente. Tampoco era modificar la sociedad, sino transformar los tejidos con que están hechos los espíritus a fin de hacernos más *humanos*. De cualquier manera, tú estas allí. Muchas cosas han pasado. Muchas cosas ha habido y seguirán habiendo. Han pasado generaciones y se han derrumbado los edificios sobre el polvo reseco de las ciudades. Nos hemos ido insensibilizando en menos de medio siglo. Pero tú no cambias: estás siempre allí, listo para el combate, tenso, amenazante para con tus enemigos que son, dicen, Los Amos de la Injusticia. ¿Qué religión te acecha? ¿Qué religión? Se acerca apresuradamente otro ciclo de oscuridad. *Mad Max: más allá de la cúpula del trueno*. De las casas más miserables saldrán, atropellándose, agitando las manos, llamando a los líderes, pidiéndoles cuentas. Aplastarán los cercados. Correrán, arrastrando consigo su prole, removiendo las costras hipócritas que ocultaron su existencia y, con el sol, saldrán los hedores. Es cierto que todos esperan aún.

Aunque no por mucho tiempo. El decía: *No piensen qué van a comer, ni cómo van a vestirse.* Pero, claro, tuvieron que desobedecer y pensaron y después de encontrar los primeros alimentos y los primeros cobertores para el cuerpo, quisieron tener piezas de repuesto en los almacenes para cuando los tiempos no fueran buenos y no pudieran encontrarlos. Y después, comercializaron los excedentes de sus almacenes a otros que querían tener lo mismo de lo mismo. Y como necesitaban aumentar los excedentes para cubrir todas las solicitudes, contrataron operarios para fabricar más alimentos y vestidos y producir más excedentes, y como necesitaban más mercados para vender los excedentes, vendían esas cosas a sus mismos operarios, que los fabricaban por cuenta ajena, y luego necesitaron buscar en otras tierras otras gentes, otros mercados y otros operarios, para satisfacer las necesidades pervertidas por la metástasis de la propiedad. Cáncer.

(Es tarde en la noche, pero mi vecino, anciano y solitario, sin sospechar que yo velo, ve una película en su VHS y yo escucho vagamente los sonidos).

Ilustración

Ché fallecido

Todos hablan del fin de las ideologías. Pero los ángeles dicen que Él ha regresado. No se pudo quedar quieto, dondequiera que haya estado durante estos años. Hay gente así. Hay mucha gente que no puede y regresa, cargada de buenas intenciones. El asunto es que ya los que fuimos estamos muy viejos y los jóvenes de hoy quizá no lo reconozcan. Tendrá que esperar. A veces, uno ve en un pecho adolescente una franela con el rostro de Lennon o del Ché o con los Beatles o con el mismo Cristo y es como si llevaran un letrero en inglés, sin saber con exactitud qué dice lo que llevan. Un letrero a la moda: *new fashioned*.

14 de Junio de 1990

Hace tiempo comencé a tomar notas para escribir una novela sobre el Ché. Comunicué el proyecto a algunos amigos, leí algunos libros. Esta mañana recibí una carta. Está fechada el 16 de Marzo de 1988, en Guatemala. Tiene tantos sellos y matasellos que uno apenas imagina cómo pudo llegar a este pueblito perdido en el universo, dando qué tumbos y, sobre todo, para qué. La carta la escribe un tal Fisher o Finger. Dice que *lo vio* en un refugio de Palenque, cebando un mate entre la gente de Gaspar Ilom. Desde que dije que escribiría esa novela me han llovido testimonios de esa naturaleza: dicen que unos negros *homeless* le estaban dando de comer entre los trastes de basura de un muelle lleno de ratas, en Nueva York. Dicen que un poeta ilustre lleva su **Diarario** entre sus papeles, como amuleto de buena suerte, y que lo llevaba en la mano cuando fue a recibir el Nobel, bien forrado de pieles, bien escondido, porque ahora es un tipo de derechas y no le conviene que le vean esas debilidades. Dicen que un soldado que murió en Centroamérica fue acompañado a bien morir por Él. Dicen que un joven saqueador de almacenes en los febreros de Caracas, que fue asesinado por unos malandros para quitarle la mercancía cuando repartía leche en polvo en un barrio pobrísimo, lo invocó en el momento de morir y que él apareció como en medio de un arcoiris: desde entonces, las cosas no volvieron a ser las mismas. Dicen que se niega a permanecer muerto, que se niega a que su vida se convierta en leyenda: legible, aun cuando su lectura alumbre como una hoguera las emociones más puras y las caliente y las haga fructificar. *Y así queda demostrada/ la increíble transparencia/ de tu querida presencia/ Comandante Ché Guevara/* Una vez alguien estaba de visita en Cuba con un grupo turístico y tenían como guía a un negro joven y petulante, perfeccionista graduado en Letras que hacía un doctorado en Carpentería o algo así. Y el negro había sido muy severo, muy estrecho de miras, muy comunista en eso de imponer horarios y disciplinas, soslayando conversaciones que fueran más allá del estricto manejo de un rebaño de turistas. Y estuvieron en la Plaza de la Revolución y todos esos sitios. Pero luego, en un momento, llegaron a un pueblo llamado Trinidad, creo, un pueblo, creo, con casas coloniales

reconstruidas para efectos turísticos, y en una de esas casas hubo una especie de fiesta y todos bebieron y de pronto el negro sacó una guitarra y comenzó a cantar. Y no sé por cuáles caminos llegaron a esa trova de los trovadores que en un tiempo fueron de *La Nueva Trova*, no sé, y a ese alguien que cantaba se le humedecieron los ojos. Porque era verdad. Las reticencias se derritieron. El grupo compacto cantó la canción, con unción de llantos y deseos, con un dolor de sueños rotos o corrompidos, y él se sentía presente, como un bloque invisible y tibio y esperanzador. No que Él estuviera allí, porque no iba a estar en una fiesta, así como era de asceta, sino que era posible ver cómo hay algo en el corazón de cada quien: una llamita azul, apenas llama de piloto, que espera la chispa, el detonante. Algunos niños fueron dormidos con canciones revolucionarias. Mis propios hijos. Y aunque nada sucedió y hay ahora una atmósfera de pragmatismo militante, de términos de ganancia e interés, quizá serán nuestros nietos los que miren los álbumes de fotografía, las postales, los afiches, y se pregunten si será posible un mundo más justo, si será posible.

Aunque no te engañes, Ché: sólo has sido siempre un pretexto.

Pre-Texto.

Y es tal vez por su condición de pre-texto por la cual uno intenta construir inútil, fallidamente, un discurso en torno a lo que quizá hubiera podido ser: el discurso sin imágenes o hecho de múltiples imágenes de una mujer en el centro del camino ya en penumbras: al lado de ese camino, corre ahora una autopista cibernética: menús de opciones, árbol de opciones, árbol de ramas enhorquetadas: todo es ciberespacialidad: ámbito construido mediante el artificio electrónico: microspsrstod electrónicos que interpretan códigos binarios y elaboran dimensiones: la lógica es la misma (mas no la aristotélica) ¿puede confundirse un Héroe Romántico con la Cuadradez Clásica del ordenador, mismo instrumento donde escribo estas líneas perdidas? ¿ puede confundirse un cumplidor del Mito con un Esquema de Discurso Lógico, con un Diagrama de Flujo? Posiblemente, al navegar en la Internet, uno pueda encontrarse al Héroe en medio del oleaje informático: archivo bi o multidireccional, interactivo o no: ¿Cuál es suLOGIN? ¿Dónde está su servidor? Diga la clave y verá cómo los pasos se van dando. Ché como pre-texto: Ché pre-tecnológico ¿pre-tecnológico? No: él hubiera sido capaz de adaptarse íntegramente. El hubiera combinado tecnología e ideal. No hay contradicción, después de todo. El hubiera podido utilizar las redes del correo electrónico para prolongar el foquismo, aunque la CIA y la OTAN y todo el mundo ande ahora en la misma onda, penetrando los territorios del ciberespacio, preguntándose: ¿quiénes son los 20 ó 40 ó 60 millones de usuarios de INTERNET? Fichas biográficas. Control, sí, hasta cierto punto. Inteceptores de energía y chips espías. Y en este tiempo ¿quién no? No puedo captarte, Ché,

porque eres evanescente como un Sueño. Virtual, Tú. La tecnología puede simular el Sueño, pero no puede aprehenderlo. Sólo la Literatura puede, quizá. Pero me siento incapaz de hacer Literatura. No sé qué pasa. Me siento incapaz.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

s/f

Me detengo a la puerta del recuerdo como uno se detiene en el umbral de una de esas iglesias vacías de los pueblos pequeños, por la tarde, cuando el sol pasa entre las copas de los árboles y proyecta definidas sombras por todas partes. Las iglesias son a menudo umbrosas, con un dejo de polvo flotando entre la luz que penetra sigilosamente por una claraboya, por un vitral roto, por un agujero en la gran puerta lateral de madera. Las figuras de los santos y las vírgenes, de los crucificados y los resucitados, de los ángeles con signos de espada o de pez, se vislumbran apenas, meras presencias presintiéndose en esa atmósfera donde se percibe casi sólo como evocación el olor del incienso. A veces, hay altares de madera sobredorada. Deslumbrantes. Altares llenos de rayos y de flores y de candelabros donde se refleja también la calidad de la luz. A veces, hay capillas laterales y algunos que rezan recogidamente, en soledad y silencio. A veces, sólo la roja luz de la veladora del Sagrario interrumpe una semipenumbra donde la desnudez de artificios invoca un riguroso espíritu monástico. Me acuerdo de la capilla del Colegio: una minúscula capilla de paredes blancas, pulcrísimamente ordenada, con sus filas de bancos sin respaldo, su imagen de la Virgen Pastora, su crucifijo de madera sencilla, su pequeño Sagrario sobre un ara cubierta por manteles blancos, almidonados, seguramente bordados a mano, con bordes de encaje o de ganchillo también hechos a mano por aquellas monjas más dotadas, o quizá por alguna alumna del internado, una con vocación, una llena de pensamientos elevados. La capilla siempre tenía dos grandes floreros llenos de gladiolas y azucenas, uno a cada lado del altar. Y yo pasaba allí mis recreos, alejándome del bullicio, del polvo que levantaba la brisa en el patio, de la necesidad de conversar con otros seres a los que veía como monstruosos o enemigos o sólo distintos. En la capilla, ninguna monja, ninguna niña, perturbaban mi paz, mi pequeña independencia, y yo me sentía acompañada, cerca de la Divinidad que de algún modo me estaba hablando (y yo no sabía de qué cosas, pero me hablaba) y yo estaba escuchando atentamente, intentando descifrar alguna palabra conocida que me diera la clave exacta de ese lenguaje. Aunque fallaba porque no tenía aún suficiente vocabulario, ni conocía los enlaces y las estructuras y sólo sabía esas fórmulas corteses de la oración, esas mecanizaciones del acto de orar, esas conversaciones aprendidas de memoria que terminaban convirtiéndose en un

diálogo de sordos. Mientras tanto las otras niñas, envueltas en impolutos uniformes blancos con botonadura gris, jugaban a las rondas en la pista encementada bajo los árboles de mango.

Yo era entonces, cuando tenía diez años, una niña frágil y enfermiza. Una niña pálida, esmirriada, fea, desgachada y torpe. Era, además, una niña pobre en medio de niñas ricas. Hacía un año, mi madre había querido internarme en el Colegio. Para obligarme a comer, supongo. Para crearme una disciplina, supongo, pues hasta entonces yo había demostrado tener un temperamento violento, una errática voluntad de aventura y libertad que iba desde el encerramiento hasta la apertura hacia espacios al aire libre, esos tiempos perdidos en el patio, corriendo tras las gallinas, sin cumplir transiciones posibles o fórmulas de juicio, y que chocaba contra gran parte del sistema hogareño que ella quería establecer. Ella hacía el sacrificio de pagar las cuotas escolares. No porque aquella fuera la mejor educación. No sé si ella pensó en ese asunto o dio por hecho que toda escuela, por el hecho de serlo, era natural y esencialmente buena, como pensaba de los libros. Sino porque era *necesario* para una vida futura, que ella preveía como llena de triunfos sociales, de prestigio económico, que nosotros obtuviéramos las relaciones adecuadas desde la infancia. Amiguitas desde los tiempos de la escuela, todas aquellas damas triunfadoras, erguidas sobre sus tronos. Saludemos a la ex-compañera, concófrade del Colegio. Si ella estudió allá, entonces debe ser gente decente. Así se pensaría. Y tal vez pensó que para ello era mejor el internado. Mayor intimidad y reconocimiento.

Pero al fin yo no resistí la presión de compartir aquella larga sala con otras once niñas cuyas familias se conocían desde largo tiempo atrás y donde yo era una intrusa. Había otras intrusas dentro de aquel mundo: una niña portuguesa huérfana y aislada, aunque tan orgullosa y cruel que nadie hubiera podido pensar que necesitaba alguna ayuda. Y, sin embargo, yo la oí muchas veces sollozar por las noches. Había otra niña cuyos padres tenían negocios en los pueblos mineros: una niña morena y sólida que disfrutaba de prerrogativas dadas por los aportes extraordinarios que hacían al Colegio: comida diferente, sobrealimentación, dulces y chocolates extra: ganancias que ella usaba para comprar lo que no le fue dado en la cuna: extraño comercio infantil de amistades y referencias. Había también una niña italiana, de Sicilia, cuyos padres, inmigrantes trabajadores, la habían colocado allí para separarla de realidades de la vida, términos que ellos usaban y que nosotras no sabíamos definir. Esa niña se hizo mi amiga: sus padres tenían un pequeño restaurant en la ciudad y allí fui a comer ciertos domingos. Una vez su hermana, que en esos tiempos era una muchacha muy joven, desapareció con el hombre que después sería su esposo, a pesar de la oposición de la familia. Esto me lo contó mi amiga íntimamente, casi en forma clandestina, y me hizo jurar que nunca jamás lo repetiría a nadie. Las otras niñas eran criaturas burlonas, pagadas de su fuerza física, de su salud, de su riqueza económica, del nombre de sus padres en la ciudad,

mimadas por las monjas, aparentemente provistas de un ticket con retorno para cualquier parte del mundo al que quisieran ir. Ante ellas, mi amiga italiana y yo formamos un bloque de nítida buena conducta y aplicación que difícilmente se podía romper. Así que cuando mi amiga italiana se marchó a la tierra de sus padres, y me quedé sola, me volví severamente reconcentrada. Las horas de las comidas, sobre todo, eran un suplicio: aquellas comidas que olían fuertemente, que tenían gruesas películas de grasa. Comidas abundantes, eso sí, pues para eso nuestros padres pagaban bien y estábamos en América, hombre, decía la robusta madre cocinera, española quizá de Canarias, brutal y corpulenta. Y había otra monja, alta y dura en los gestos, como un hombre, incluso con cierto leve bigote, que se encargaba de cuidar la disciplina y de hacer que comiéramos todo lo que nos servían, porque era pecado mortal desperdiciar la comida, decía. Pero yo prefería confesarlo semanalmente a llenarme de aquellas sustancias odiosas para mi sensibilidad y hubiera preferido alimentarme de leche, de frutas, de algún bisté con arroz o spaguetti y de alguna que otra cucharada de aceite. Pero no: la terrible monja se sentaba frente a mí a la hora del almuerzo, forzándome a tomar esa sopa que terminaba siendo mi única comida: una sopa grasienta que a medida que iba pasando el tiempo formaba una película de grasa amarilla a través de la cual se veían fideos, pedazos de carne y de verdura. Casi nunca yo podía comer nada de lo otro, ni tampoco sentía especiales deseos de hacerlo. Yo escuchaba con alivio el sonido de la campana y entonces debíamos asearnos para volver a clases. Y la monja me decía que era mi castigo quedarme sin postre, como si lo fuera en verdad, y a mí no me parecía porque igual odiaba los dulces. Y supongo que yo era una niña extraña. Recuerdo que mi madre me hacía detener frente a las vidrieras de las bomboneras, o me compraba muñecos de carlotarrusa para tentar mis instintos y si yo los tenía eran muy profundos, porque jamás llegué a llorar, a patear o siquiera a pedir más de lo que tuvieran a bien darme.

Después de las clases, todas las tardes, hacíamos las tareas y luego teníamos recesos durante los cuales, según la regla, podíamos jugar, pero sin hablar: niñas mudamente gesticulantes, mudamente rientes o mudamente solitarias. Yo jugaba a veces ese juego llamado "yaquis" en el que era muy diestra, que consistía en recoger, en el término de la parábola de una pequeña pelota de goma, una cantidad cada vez más creciente de elementos metálicos en forma de estrella, de uno a diez, sin mover los otros. Y otras veces, sentándome un poco hacia los rincones, jugaba también "stop", que consistía en rellenar columnas encabezadas con títulos como: Nombre, Ciudad, País, Animal, Cosa, algo así, con palabras de acuerdo con una letra del alfabeto que escogía quien ganaba cada vuelta. Y ganaba quien tuviera más palabras correctas, escritas en el menor tiempo. Pero, en general, yo era una niña solitaria, incapaz de solventar mis diferencias integrándome a las conversaciones con naturalidad y sin angustias. Entonces me refugiaba en la lectura: historia

sagrada, biografías de santos, poesía de los místicos. Había en la biblioteca una monja pequeña y de ojos verdes, guardiana del tesoro, soberana sobre nuestros deseos. Y yo iba a interrogar a esa guardiana una o dos veces por semana, a pedirle un libro que ella decidiera, previo pago del real que costaba el acceso a territorios donde era posible vivir de otra forma. O me sumía en pensamientos religiosos, en un deseo de ser religiosa, pero no solamente monja, sino inclusive santa, aun cuando iba entendiendo los dolores y los riesgos que entrañaba esa vida. Las prédicas semanales del confesor, un franciscano flaco y joven que quizá imitaba las estampas del santo patrono de su orden, me iban sembrando un temor meticuloso. El describía casi con deleite un Infierno de sutiles torturas: algo más que el fuego y las pailas de agua hirviendo, agravado por el desdén de los ángeles y de Dios mismo hacia los pecadores. Y hablaba de los Juicios a que era sometida cada alma: Juicios públicos donde quedaban expuestos todos los pecados: los de pensamiento, palabra y obra: todos los pecados ante una muchedumbre de seres justos y puros y nobles para los cuales el pobre pecador, arrepentido o no, era poco menos que un ser abominable. Yo regresaba a mi casa los fines de semana y cualquier paso, cualquier gesto más o menos violento, cualquier palabra altisonante, réplica a mi madre o a Isabel, cualquier pelea con mis hermanas, se convertían en fuente de tormento porque yo los asumía como hechos pecaminosos de los cuales no podría liberarme en confesión sino hasta el viernes: toda una semana sucia, en peligro de morir y de ser juzgada y después quizá ir al Infierno. Y yo tenía entonces ese carácter tan irascible, tan propio a encenderse en cóleras chispeantes, y me dolía no poder dominarlo. Luego murió una muchacha que estudiaba con nosotros, Luisa Ostende, y esa muerte me hizo pensar en la propia posibilidad de morir. Ninguna penitencia, ninguna oración tranquilizaban mi sentido de culpa, ni aliviaba mi miedo al Juicio incluso más que a la sanción: ni la sensación de que a la vuelta de la esquina podía estar la muerte. Y así, a fuerza de poco comer y mucho leer, a fuerza de mucho pensar y atormentarme, fui produciéndome unas fiebres nocturnas que nada aliviaba y para las cuales los médicos no tenían explicación. Y entonces las monjas hablaron con mis padres y les pidieron que me llevaran a casa. El año escolar no había terminado y yo seguí asistiendo a la escuela como alumna externa. Pero me sentía fracasada, sentía en las miradas de las otras niñas internas un poco de burla, un poco de conmiseración, un poco de desprecio por mi debilidad: una sensación de decepción propia que ni siquiera los Diplomas de Honor que obtuve, por mi Buena Conducta y Aplicación en los Estudios lograron mejorar.

15 de Junio de 1990

Otra vez la fiebre. En el delirio, me vienen incesantes los versos del Canto Comunitario de la Misa: el *Introito*:

*Me acercaré al altar de Dios
de Dios, que es nuestra alegría
Nuestro auxilio es el Nombre del Señor
que hizo el Cielo y la Tierra*

También me viene la imagen de Eunice Odio. La comida se corrompió en una bolsa en la cocina mientras ella moría en el baño, apenas con fuerza para sacar el agua de la bañera y no ahogarse: el corazón, entretanto, se desgarraba: todo se derrumbaba dentro de ella y ella sentía que ése era el último derrumbamiento en medio de tanta miseria. Por supuesto, esto no pertenece a este texto: un escritor verdadero debería esforzarse, más allá de sus propias fuerzas. ¿Más allá, en verdad? Este es un juego duro, una competencia. Se gana o no se gana, de acuerdo con el talento y la suerte y la capacidad de resistir las mil y una zancadillas. Un escritor escribe desde su tierna juventud. Malgasta los cuadernos de la escuela. Enfrenta la censura familiar (la madre que dice: *está bien que escribas versos, pero no pienses que vas a vivir de eso: búscate un acomodo, estudia una carrera, no creas que los versos dan ganancias de ningún tipo*) Pero el escritor lee hasta que los ojos se le erosionan. Admira a los otros escritores. Sufre terribles depresiones que lo tumban en la cama horas y horas pensando por qué Faulkner o Eliot sí y yo no. Por qué Darío o Baudelaire. Por qué y por qué y por qué. Y recuerda a los santos y mártires de su devoción: San Jimmy Joyce, quien escribía sobre su cama sucia (nada de *fresh linen*) en pleno invierno y mandaba a la calle a su mujer y sus hijos para poder escribir en medio del hambre, del frío y de la incomprensión. San Juan Milton, quien se quedó ciego y tuvo que malvender su Paraíso Perdido por un trozo de pan. Santa Virginia Woolf, cuyo destino fue truncado por el peso de unas rocas en un río. San César Vallejo, quien rogaba en su agonía un trozo de pan, de ese exquisito pan francés, y lo pedía en español, en la plenitud indiferente de la humedad parisina. Y el escritor va creciendo en santidad y sabiduría desde su adolescencia: se reúne con sus pares y un día prodigioso comienza a C R E A R: εμποιαρ LA GRAN OBRA que no lo deja comer, ni dormir, ni hacer el amor. Abandona cualquier distracción: los estudios, el trabajo: al Diablo con los zapatos de los hijos y la ropa y los cuadernos de la escuela y todo lo demás.

Lo que importa es alcanzar la Inmortalidad. Lo que importa es

C R E A R.

Pero un día se encuentra con el rimero de las cuentas por pagar, con las malditas letras atrasadas y con la máquina electrónica sin cinta o la impresora sin papel, porque no hay dinero para comprar, ni crédito que resista tanta labia encendida. Y nada hecho en realidad y menos

publicado. Tal vez consiga dinero, piensa, si vendo esto o aquello, o si lo empeño, vana ilusión. Y entonces ¿qué es lo más importante una vez conseguidos algunos fondos? ¿la leche de los niños o la cinta para la máquina? ¿comprar una resma de papel y separar lo del correo para participar en un concurso o asegurar la carne de una quincena? La decisión es obvia. La pareja entonces lo abandona ¿cómo no hacerlo? No habiendo posibilidades ni siquiera de pan y cebolla, lo mejor es la huída: las mujeres y los niños deben sobrevivir.

Las mujeres escritoras tienen otras opciones: a veces consiguen un ser bondadoso y generoso: un encanto, un *elvis* del lago que las mantiene, a sabiendas de que quemarán la comida y olvidarán recoger de la lavandería el traje que ellos necesitan usar esa misma noche en una cena importante, o que alguna vez saldrán solas de viaje para hacerse promoción o para investigar algo y encontrarán por allí un amante y que regresarán entre arrepentidas y felices, como el gato que se comió al canario, diciendo: ¿qué voy a hacer si ésta es mi naturaleza? Y ellos, sin embargo, se sienten orgullosos de soportar a ese ser extraordinario y lleno de misteriosos esplendores que tienen en la casa, a su alcance para admirarlo o quizá hasta exhibirlo como a un precioso gato de angora, un jarrón de antigua porcelana china o un candelabro celta de cristal cortado, hasta que se cansan de tanto resplandor, o quizá no se cansan y siguen en él hasta morir, dejando la desconsolada viuda en este mundo traidor. O, a veces, las mujeres escritoras se van, dejan a sus hijos a la Buena del Creador, se los entregan al padre protector y bienaventurado, si es posible, o a los abuelos siempre ansiosos de un chance así, para que los críen bien y los eduquen y los alimenten y ella pueda verlos de tiempo en tiempo sin sentirse demasiado culpable, porque era lo mejor: ellos tienen lo que merecen y cada uno siempre lo tiene. O escogen la soledad y andan por allí perdiendo la vista en ínfimos empleos, escribiendo en los ratos libres, en las altas madrugadas, ansiando ser amadas y amar, aunque queriendo conservar tiempo y espacio: contradicción tras contradicción, paradoja tras paradoja: extrañas estaciones de la *Via Vitae*: la vida es un jardín de senderos que se bifurcan: opciones del código binario: ¿quieres parir o escribir? ¿quieres cenar en un restaurante de lujo o comprar la última novela de Milan Kundera? ¿la escritora tiene miedo porque el amado que tiene los ojos color de miel y dulces dulcísimos podría irse o el amado debe sentir miedo porque la escritora se irá en cualquier momento, a riesgo de todo, empalagada por los dulces dulcísimos ojos? Y por si fuera poco, la escritora, más sensible que las demás hembras de su especie, cuando tiene la regla tiende a la hipersensibilidad y la autodestrucción: ¿sabía los críticos literarios que sus comentarios sobre una escritora pueden tener efectos catastróficos si son negativos y ella los lee en el momento de una depresión post-parto o post-aborto o en los linderos de la menopausia? ¿Te has preguntado tú, mujer que escribes, por qué razón un porcentaje de sólo un dígito de escritoras llega a ser mencionado en las historias de la

literatura? ¿es un asunto de Mankind's Power solamente? ¿hay un factor de designio fisiológico en ello? ¿una escritora es un jardín floreciendo, florecido o definitivamente sin flores? ¿es diferente la cosa si la mujer consigue por su trabajo literario dinero, fama, invitaciones y festejos y halagos y todo lo demás? Oh no no. Siempre habrá quien espíe en su alcoba y en su bolsa de desperdicios para ver el color de su sexualidad y las alternancias de sus ciclos. Y ella lo reforzará, como en una condena. Y al final, la mujer escritora terminará en su casa solitaria: el suicidio, la muerte por inanición, quizá, pero quizá también la muerte en una clínica famosa, acompañada por un rubio secretario que calentó el lecho en la vejez a cambio de un buen sueldo y que aspirará a heredar sus derechos para írselos a gastar con la muñeca que guarda en algún lugar.

Yo me casé a los dieciocho años con el primero que me lo propuso, harta de la protección de mi madre, a la que Dios tenga en su seno, como se dice, y justo por esa culpa hice lo que estuvo a mi alcance porque mi matrimonio funcionara. Terminé los estudios en la universidad, conseguí un buen empleo, me adjudiqué el papel de administrar la casa: compré muebles, libros, televisores, cocinas, aparatos de sonido: todo lo necesario para vivir una vida confortable. Tuve hijos. Mis hijos nacieron en hospitales privados. Sus pañales fueron de gasa importada. Sus teteros fueron de cristal refractario y tomaron la mejor leche, comieron las verduras más frescas con adecuados suplementos vitamínicos, comieron carne desde que se los permitió la edad, tuvieron los mejores pediatras. Quise mudarme a una casa con patio, para que jugaran allí en libertad. Y me mudé. Casa amplia. Hermosa. Bien dotada. Un día me miré a mí misma: tenía una larga bata verde, una bata hindú de las que estaban de moda en los 70. Estaba sentada en una mecedora en el porche de mi casa feliz. Mis hijos, semidesnudos y descalzos, me rodeaban trastabilleando, jugando, gritando, cantando en la plena libertad que yo les había dado. Mi esposo trabajaba entre las plantas del jardín. Toda la felicidad a que podía aspirar la tenía. Nada hablaba allí de los silencios que se instauraban entre nosotros cuando los niños se dormían. Nada traslucía las escenas de rabia entre esposo y esposa, enfrentados como fieras tras la puerta cerrada de la habitación, por situaciones que jamás llegaron a ser concretas. Nada acerca de la progresiva acumulación de resentimientos, de los estallidos de violencia: una bofetada rasgando el aire, una marca en la cara. No importaba demasiado el hecho de que cada uno salía por su lado, salvo los domingos, cuando visitábamos a mis padres en la gran casa familiar, cumpliendo los ritos. En aquellos tiempos, mi esposo tenía una amante y yo tenía un amante. Los dos *sabíamos* aunque no queríamos saber: ése era un territorio privado, el lugar donde se llenaban los vacíos. ¿Cómo fue posible mantener esa doble vida? Ante los ojos de todos, yo era una buena profesional: asistía a mi trabajo a tiempo, cumplía con mis tareas y aportaba algo más, tenía amistades y buenas relaciones, escribía en la prensa regional y era

razonablemente culta: nada excesivo. Además, era una mujer honesta, un ama de casa dedicada, una madre amorosa y una hija aceptablemente buena. Mi esposo era también un buen hombre, buen padre sobre todo, que bebía a veces, pero nada del otro mundo. Éramos una sagrada familia. Casi ejemplar. Y cuando yo levanté (quise levantar) la venda que cubría todo el enlagamiento interior, el hedor fue tan intenso que nos hizo estallar. Todo se reventó. Lo que era seguro, dejó de serlo. Volvieron las fiebres, los delirios, las ganas de escapar. Mis hijos fueron entregados a sus abuelos provisionalmente mientras yo me recuperaba, decían todos. Mi esposo, horrorizado por las verdades develadas, se marchó. Yo estaba sola en la gran casa vacía. Vagaba sin comer, sin bañarme, sin cambiarme de ropa, por los cuartos y las salas. Cerré las ventanas. Corrí los cerrojos internos de las puertas. Me negué a atender los llamados de vecinos y amigos. Eché al amante de mi vida. Nada servía. Todos éramos un fraude. Pasaron los días enloquecidos. Mi madre jamás vino a verme: yo era la indigna, la sucia, la pecadora. Y si lo hubiera hecho ¿yo la habría recibido? No. Seguramente, no. Entonces fue cuando quise prender fuego a la casa: lancé gasoil por todas partes y prendí las cortinas y los libros. Los bomberos llegaron en seguida y rompieron la puerta a hachazos y me llevaron al Psiquiátrico. Recuerdo que me amarraron a una camilla y, desde allí, desde abajo, humillada y vencida, yo los oía hablar de mí como si yo no existiera: oh, Dios, había adquirido tal insignificancia que aquellos míseros seres: enfermeras fanáticas de Julio Jaramillo, medicuchos de pueblo que destacaban entre sus pares porque sus pares eran unos mediocres, psicólogos recién graduados y desconocedores de la vida humana, ignorantes incurables que se reían si les hablabas de Juvenal o del Dante, estaban en posición de amarrarme, de inyectarme drogas, de avasallarme, de llevarme a una celda con rejas negras, y aun dentro de esa celda, encerrarme en otra celda de 2,5 x 1,5, con un bañito adjunto, extraño lujo, y mantenerme allí sola, drogada la mayor parte del día, hasta que *ellos* consideraran que ya estaba mejor. Las reglas del juego que debía cumplir eran sencillas: debía levantarme a las seis de la mañana y bañarme antes de la revista y dejar que las enfermeras me pesaran y me tomaran la presión y tomar el montoncito de pastillas y dormir hasta las nueve, cuando debía ir en fila con otras mujeres hasta el comedor para tomar el invariable desayuno de avena caliente y pan enmantequillado y café con leche, y luego tomar otro montoncito de pastillas y volver a dormir hasta el mediodía, cuando debía volver al comedor para tomar el almuerzo, y las enfermeras iban anotando en una lista quién comía y quién no comía, quién se estaba portando mal y no comía o se negaba a tomar las pastillas, y por la tarde nos llevaban en fila a una sala donde pretendían enseñarnos a hacer collares con cuentas de colores, y las enfermeras escuchaban música a todo volumen mientras uno demostraba su torpeza en el trabajo de ensartar cuentas, o en el de pintar con pinceles embadurnados de ténpera, y ellas anotaban quién se negaba a trabajar, quién se portaba mal y

se negaba a trabajar, y después la cena a las cinco y vuelta a las pastillas, al vaso de leche final, quizá con alguna droga, porque entonces uno iba viendo sin moverse cómo el crepúsculo decrecía sus intensidades en las paredes de las celdas y cómo la noche entraba dulcemente, con sonido de grillos. A veces, yo escuchaba algún grito y si preguntaba, si me daban ganas de preguntar a la enfermera de guardia, me decía que no era nada, que sólo era un mal sueño, que no era nada.

En esos días, jamás los ángeles vinieron, ni a reprocharme, ni a consolarme. Si pensé en eso, y no recuerdo haberlo hecho, seguramente concluí que, como todo lo demás, los había perdido.

Pero un día me cansé. Quise demostrar que, como dice esa canción de Manuel Alejandro que canta Raphael: *cabe mucho dolor en cualquier hombre/ mucho más del que piensa mucha gente* y entonces reviví. Lo primero que hice fue rebelarme contra esa bola de mediocres con uniformes blancos y buscar la forma de que me dejaran salir, de que dejaran de mantenerme drogada y encerrada, y si para ello tuve que mentir, rogar, suplicar, rebajarme, incluso buscar a mi propia madre, que en paz descansa, que me había abandonado hacía tanto y tanto, lo hice. Y luego me propuse recuperar a mis hijos, y lo hice, claro, a fuerza de aceptar todos los términos de mi ex-esposo, custodio legal de los niños, que me puso condiciones y condiciones para recibirme en su casa, como al final de una guerra y me sacó de San Alejandro, me arrastró con ellos a Santa María. Malvendimos casa y muebles. Perdimos en el naufragio libros y tapices y obras de arte. Arrasamos el campo. Tierra arrasada. Fui, prisionera de guerra: no mientas, no te exhibas, no estés ociosa: guarda las apariencias, Francisca, que para eso naciste: ponte la máscara, Francisca, vuelve a ser lo que eras cuando eras feliz y documentada. Y aguanté todo porque yo sabía que no era eterno. Y comencé a escribir tímidamente, escondiendo lo que escribía. Comencé a escribir toda la amargura y la pérdida, primero, y después, toda la monocordia de la vida: toda la absoluta rutina en que se había convertido mi existencia. Boté todo eso a la basura un día de purga: eran como trescientos poemas de amor, de despecho, de amargura, confesionales, intimistas, minimalistas, conversacionales. Yo no leía mucha poesía y sólo tenía ese instinto: así que lo que boté era un montón de poemas malos, con algún vestigio de talento. Y Román, mi ex-esposo, se encargaba de recalcar me la mediocridad todos los días: yo había encontrado un trabajo corrigiendo pruebas en el diario local y a veces publicaba alguna cosa, modestamente al principio y luego con más audacia, y él decía a quién le importa lo que tú escribes, quién tú crees que te lee, tú crees que lo que haces sirve para algo, no te mientas ni te engañes, claro que en este pueblito cualquiera que enlace un sujeto y un predicado puede llamarse escritor, pero no creas. Y así y así. Habíamos

reconstruido el jarrón roto y vivíamos de frente a los compinches. Teníamos un adecuado ritmo de caleidoscopio hogareño. Las vidas íntimas bien lejos una de la otra. Conversaciones corteses en los tiempos claros. Agresiones oblicuas en los tiempos medio nublados. Grietas de miedo y dolor en las terribles noches. En medio de esos años grises me propuse leer y leí más que en cualquier otro tiempo de mi vida: ahora ya sin trabajo excesivo, ni otras obligaciones que cumplir que las de ser un ama de casa y madre y en ocasiones hasta esposa, aguantando cualquier abuso por temor de que me acusaran otra vez de estar loca y me encerraran nuevamente, ansiosa, verdaderamente ansiosa, de portarme bien y vivir en sociedad. Ya nadie volvería a provocarme, ni a encerrarme.

En ese tiempo regresaron los ángeles. Y los recibí con alegría, aunque, como siempre, no aportaban ninguna solución.

Habían quedado atrás mis tiempos heroicos. No quería retar a nadie. Era una buena conversadora, con historias maravillosas que contar. Mi ex-esposo tenía un restaurante con mesitas cubiertas de manteles a cuadros rojos y blancos y una galería de pinturas de artistas del pueblo: él pretendía que ese retaurancito fuera el refugio de la bohemia intelectual, aunque ya no era posible, porque la bohemia intelectual iba optando por el introvertimiento y la capilla. Entonces, el retaurancito osciló un tiempo entre ser un lugar familiar y decente o una cueva de borrachos: un sitio para vaqueros de medianoche, hasta que desapareció. Sin embargo, mi ex-esposo no se arruinó, sino que, por el contrario, se metió a negociar con oro, lo que no dejaba de ser un negocio limpio para cualquier ex-guerrillero que se respete. El era un *ex* respetable. Ex-iliado, también. Pobre Román. Ex-hibicionista. Ex-trashumante. Ex-tra en el reparto. Cuando bebía, le venía la aflicción. Y era un poco rudo, sobre todo conmigo. Jugaba rudo. Golpeaba. Pero yo lo veía desamparado en ese ojo de la violencia y a medida que me golpeaba lo compadecía más y más: pobre, pobre, pobre Román. También sin tiempos heroicos.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

(1950)

La señora Sara ya había olvidado los sentimientos sublimes que le había originado el conocimiento de su maternidad para entregarse al vertiginoso ritmo del dolor. El parásito, amorosamente acogido desde hacía nueve meses, luchaba por salir de su cuerpo. El parásito, por el cual se habían hecho innumerables gastos y sacrificios, deseaba abandonar violentamente la seguridad de su refugio. La señora Sara no entendía la prisa de aquella criatura ingrata por cortar la preciosa relación que se había establecido entre ellos: **madrehijo**: un solo ser. Por lo demás, la señora Sara era muy cristiana y sabía de antemano, tenía muy presente cuando quiso tener hijos, a pesar de su edad desaconsejable que Dios había dicho a Eva: *Parirás a tus hijos con dolor*. Sin embargo, tal cosa le parecía ahora un acto de maldad inconcebible en un ser al que todos creían tan bondadoso: ancianito de barbas blancas y cabellera cayéndole en rizos también blancos sobre los hombros. No podía ser verdad: Dios no debía saber exactamente de qué se trataba ese desgarramiento interior, esa cruel apertura de los huesos de las caderas, ese derramamiento de humores y sangre, las heridas que se producían en el cumplimiento de ese mandato.

En todo caso, la señora Sara no lo había imaginado así.

Todo el romanticismo implícito en la imagen de la maternidad se perdía en aquel salón de paredes recubiertas con porcelanas blancas, como en una carnicería. Hacía un frío terrible. Todo allí era frío y metálico y terrible. Repisas de metal pintadas de blanco exhibían pinzas, cuchillos, tenazas, herramientas resplandecientes. Un zumbido llenaba la atmósfera, confundándose con las conversaciones de enmascarados vestidos de blanco. Ella estaba tendida en una camilla estrechísima, con las piernas levantadas en garfios de acero, abierta de par en par, apenas cubierta con una bata verde, iluminada por los focos potentísimos de la gran lámpara, allá arriba. Inermes. Humillada. Todo el que pasaba podía verla, asomarse a su intimidad, escudriñar la vulva palpitante y húmeda, rociada con mercurocromo, depilada obscenamente. Y ellos, además, estaban enmascarados: podían actuar con impunidad. Ni siquiera podía reconocer al doctor Borges, su obstetra, entre la gente que iba y venía a su alrededor. Las contracciones ya no eran sólo dolorosas durezas que iban y venían ondulando en su vientre, sino que se habían transformado en un solo, único, dolor atroz: una fuerza que la retorció por dentro, que parecía querer dividirla en dos mitades, que parecía querer desprenderla hacia abajo y la hacía sudar, gritar, babearse, escindir. El médico se acercó a mirar la abertura: *-Después de tanto luchar, parece que lo vamos a perder*, dijo, y a la señora Sara ya no le importó si el parásito vivía o moría con tal de que todo terminara. Borges ordenó que le colocaran máscara de oxígeno, que le inyectaran algo a la vena conectada con el frasco de suero y le pidió relajarse. Una enfermera le limpiaba periódicamente el sudor de la cara y

el cuello. El doctor comprendía muy bien la importancia de que la criatura sobreviviera. Conocía al matrimonio desde ocho años atrás. La única comunicación real que parecían tener era el deseo de tener hijos: ocho abortos habían sucedido en todo ese tiempo, y Borges era un hombre cristiano, que quería salvar esa unión a toda costa. También es cierto que él se sentía culpable, pues debió haber previsto que esa primigesta añosa de 35 años debía ser sometida a cesárea en vez de exponerla a un parto a todas luces desproporcionado con su resistencia y sus posibilidades. Los signos vitales de la madre, sin embargo, a pesar del esfuerzo, eran bastante normales. Los del feto, después de 50 horas de trabajo de parto, comenzaban a debilitarse. Era imposible practicar una cesárea, dada la posición de la criatura, prácticamente encajada en su totalidad en la pelvis ósea. El problema estaba precisamente en esa pelvis, incapaz de abrirse suavemente, los huesos apretados, despojados del lubricante que permitía los deslizamientos partúricos. El feto no encontraba el paso abierto, el canal de salida de esa caverna que hasta entonces había sido tibio refugio y que ahora era encerramiento de piedras blancas, fuente de sufrimiento y de angustia: limitación de sus movimientos plácidamente acuáticos y graciosos y libres. El feto sufría y estaba a punto de morir. Y la madre lucía tan patética, sumergida en tanto dolor. Entonces, Borges se decidió por un recurso desesperado: con una tijera hizo una pequeña escisión en el periné y brotó la sangre púrpura. Metió luego la mano enguantada bajo el hueso del pubis, y adentrándose en la vagina, ajustó los dedos fuertemente y haló hacia arriba. El periné se rasgó con un sonido como de tela y la señora Sara dio un grito escalofriante:

aaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaaayyyyyyyyyyy

mientras huesos cedían, sangre brotaba a borbotones escandalosos salpicando todo y el médico empujó la mano entera, abrió diestramente el agujero del útero y tocó con los dedos la cabeza que asomaba, la haló primero con delicadeza hasta sentir resistencia, y entonces tomó el fórceps de pinzas, lo ajustó y volvió a halar, presionando. La señora Sara hacía rato se había desmayado cuando la cabeza aguantada por el fórceps se libró del anillo de músculos con un sonido pop y enseguida salió el cuerpo lábil de la niña: pez o serpiente, bañada en restos de membranas y mocos y sangre: en la de su madre y en la propia, pues el fórceps le había cortado la cara y el cuello, pobre niña, y, más atrás, salió su cordón palpitante, y, después, la placenta ya vencida, violácea con tonos de ámbar. Y la niña lloró de una manera fuerte y regular, hipó mientras curaban sus heridas, curioseó el mundo a su alrededor, chupó sus dedos mientras la medían, la pesaban, le ponían un brazalete de adhesivos con su identificación y el número de su historia y la vestían con los delicados ropajes que su madre había entregado a las enfermeras más de dos días atrás.

Era una niña delgada para su tiempo, también pequeña. Y el médico consideró conveniente que la pusieran doce horas en una estufa. Tras la cajita transparente fueron. Para verla mejor, su padre, el señor Andrés Malabar, y su futura madrina, Mercedes de Pérez, mientras su madre era cosida y revivida por el equipo de médicos. La madrina decidió que el nombre de la criatura debía ser Francisca, por la cercanía del patronazgo y su devoción con el Humildísimo. El padre, embelesado por el prodigio, no objetó. Y así colocaron en la tarjeta: Francisca Andrea Malabar Silva. El nacimiento se produjo el 3 de Octubre de 1950, a las 10 y 50 de la mañana y los médicos firmantes fueron: Luis Antonio Borges (Partero), Alberto Granado y Ernesto Guevara La Serna (Asistentes).

Anotaciones sin/fecha (a propósito del suceso anterior)

Como un ambiguo mensaje de Redención y a la vez Condenación por nuestras faltas, Dios nos puso como metáfora del Paraíso Perdido ese lugar abstracto: espacio biológico, imagen ontológica, episteme básica o locus absoluto llamado coño. El destino de este lugar ha sido a través de las corrientes lustrales del tiempo el de ser
adorado como plaza de la divinidad arropado con el manto azul asaltado asediado y asolado por huestes extrañas a su naturaleza atorado barrenado y comprado construido contaminado y convertido en carretera por donde pasan los regresos y progresos así como en tronera por donde brota lo energético y la cloaqueidad desconstruido devastado y disimulado ensangrentado envuelto escondido y especulado con el aparato correspondiente expuesto roto hallado y hollado incursionado infiltrado con métodos científicos o policíacos intervenido invadido manifestado obstruido penetrado y perforado rechazado con desprecio silenciado culturalmente taladrado taponado terciado traspasado y velado vendido vestido violentado vomitado. Dentro de la semántica de la Creación, se trata de una especie de trueque: se nos da la vida a cambio de vivirla en la nostalgia erótica del papo, de la cuquita cálida: abertura, raja, huequito rosado, centro de pétalos de carne, palpitante túnel: visión maniquea. Ese hueco oscuro-caverna primordial- es testimonio de la bestialidad que implica toda conquista: renovación y asolamiento. Pero también funciona como símbolo de la luz: final del túnel, boca de la cueva. Sin embargo, la salida tan ansiada de ese túnel significa la pérdida de las ventajas y valores de un territorio muy especial, capaz por sí mismo de propiciar toda sobrevivencia de la especie: clima no demasiado cálido, ni demasiado frío, presión adecuada, tranquilidad, gratuidad de alimentos y bebidas, ausencia de depredadores, falta de compromisos exógenos de cualquier índole, falta de angustias endógenas como la moral o los prejuicios, carencia de ansiedad económica, amplios derechos sobre todo el territorio ocupado, libertad de gobierno y otras ventajas y garantías implícitas en el cumplimiento del deseo, de allí la herida memorable que deja el abandono de ese sitio y el anhelo vital de recuperarlo. El coño actúa, pues, como canal de doble vía, importante para el desenvolvimiento posterior del Ser en tanto que Humano: puerta de salida, aunque asimismo potencial entrada. Coñito inocente por el que nos paren: ojito en el triángulo: imagen de Dios. Coñito protector y lúbrico. Coñito lúdico. Seguro y traidor refugio. Hogar de oscuras y luminosas tonalidades: oh, misterio oh, engaño oh, visión oh, melancólica añoranza. Uno puede creer, si quiere, que el coño es el camino, la verdad y la vida. Y si en verdad no cree no importa, porque la descreencia en el coño es como la descreencia en Dios: así como el ateo recurre a la Divinidad para negarla, afirmando así la existencia de lo que niega, así el hombre descreído que remite al coño sus apetencias de Paraíso,

aunque verbalmente negando su necesidad y su esencia, está implicando con su acto la profundidad de esa fe.

No obstante lo dicho, no hay Beatriz allí, Dante: no esperes, ni te engañes. Porque hay también allí una sombra tormentosa y desenfadada. Hay un remolino que conduce al océano primordial. Y sombra y remolino son las cifras que nos dicen que todos, sin excepción, vinimos de esa Noche y hacia esa Noche vamos. Y hay una relación coño-Infierno también: el coño es aquel sitio donde se exilia Satanás: el triple coño de las Lilliths, abusadoras consuetudinarias, tentadoras del Señor, Putas Ancestrales, en el más prístino sentido de la Putería, ése que implica intercambio de placeres, lucha por dominaciones basadas en placeres, olvido de los magníficos deberes por causa de los placeres y placeres y placeres hasta que el cuerpo se queda pesado, la cabeza como empotrada en algodones, y es un intercambio, mas no mercantil, oh, no: nada que ver con la plaza y el mercado. Abusa, pero ten en cuenta que yo no soy una mujer de la cama, dicen que dicen. Abusa de mí que te abuso, dicen también. Y ellas, portadoras de su bendición/y/maldición, van por el mundo con su seña y su señal. Sin embargo, quizá es mejor esa razón que la sin-razón de la soledad: el coño inútil de las vírgenes y las vestales, que jamás dio paso a hombre, ni en un sentido, ni en otro. La antinaturalidad de tal acto resiente las estructuras de la Naturaleza. Porque todo hombre fue hecho para salir desde y entrar por el coño.

Y en cualquier caso, si eres macho y esa verdad esencial y fundamental te duele, piensa que peor estamos las mujeres: destinadas por la Divinidad a ser ramera, madres y santas en un mismo envase, a desear, añorar y buscar, a veces inútilmente, que nuestro coño sea Vaso Grial, Tránsito Celeste: Biológico y Ontológico sendero: pues somos poseedoras del dulce coño por el que todos nacen y por el que muchos se están muriendo, por lo que nuestra propia añoranza se tiene que resolver y se resuelve con el síndrome caracol: si llevas la casa, disfruta los olores y gózate en el calor de la flama del hogar. Pero ante el Otro-Yo: la Cara Otra de Janos el o la Bifronte somos siempre mujeres siempre listas para satisfacer, real o virtualmente, cualquier fantasía erótica o ataque de violencia: la justificación de las violaciones es que la sola presencia del coño presentido es suficiente para provocar en el hombre, pobre ser desvalido, instintos de meterlo: mételo, pues, que está disponible, como un arco en el campo de foot-ball, dicen que ellos dicen, y tanto es verdad el asunto que todo deporte que los fuertes sporter practican tiene como objetivo meter una bola (metonímica) en un hueco (metonímico): elevándola de un trancazo y metiéndola por el home o lanzándola de un esticazo al hoyo del verde campo, o pasándola de un bastonazo por el gancho de metal o agarrándola con los dedos delicadamente sobre la tierra e introduciéndola con un suave movimiento de la muñeca en el pequeño hoyo abierto, pasando cerca de la esfera mayor que relumbra al sol, o y o y o hasta el fin. Nadie tendrá la culpa, entonces, dicen que dicen, del delito de violación, pues representa el cumplimiento de un instinto ontológico del ser humano. Nadie tendrá la culpa, entonces, de que el hombre trate de romper a puñetazo limpio el muro de piedra que lo

separa de ese coño a veces tan hablador y tan negado y no hay quejas que valgan, ni amnistías que se interpongan: pues el coño llama como un animal marino. Llama al hombre. Llama al macho íngrimo e íntimo e íntegro, despertándolo de su sueño. El despierta, oliendo profundamente el coño. Profusamente. El coño, que va extendiendo sus rosados tentáculos húmedos y palpitantes. Carne fresca. Fresquísima. Toda una red de venas apretada y tibia allá dentro y afuera ese aspecto de concha, ese matorral de pelos ocultando el labilísimo animal: caracol gusano sietecueros mariposa entretenida en su perenne metamorfosis capullo de rosa idealizadamente en flor capullo de hojas en primavera: coño objeto estético de Begonia o Monserrat, no puedo recordar con exactitud. Y este sitio animal y vegetal y a veces también mineral: ese animal que crees y que eres, pero no, y que existe fuera de ti o en ti, como tú quieras: ese coño de la madre es en verdad como el asunto de Dios: todo el mundo sabe lo que, aunque nadie puede explicarlo.

Dicen que San Agustín lo intentó. El dijo:

¿Somos los seres humanos unos hijos de puta? Por supuesto. Todos los somos. Hombres y mujeres, sin excepción. Como condenación por el Pecado Original, y las posteriores reincidencias en innumerables y mixtificadas faltas, Dios nos puso como tarea continua y prolongada la construcción de una unidad tropológica: Paraíso Perdido en relación con el coño Esta es una alegoría pura que da un oculto sentido al pensamiento, exigiendo un antecedente o clave para interpretar su verdadero significado.

Las epistemólogas del postmodernismo han inventado una metodología nueva, con visos ideológicos y factores técnicos fenomenológicos, llamada coñeidad y que consiste en el estudio de las representaciones plásticas y literarias del coño como presupuesto documental de una sociedad que intenta evadirse de las hostilidades de una realidad post-industrializada mediante la búsqueda del ¿coño?
¿paraíso?

21 de Junio de 1990

Hubo momentos, y ahora que los evoco siento esa mezcla de rabia y asco y vergüenza y compasión. Hubo días y días, o mejor dicho: noches y noches, en las que yo estuve esperando, preguntándome cómo vendría ese día él de la calle: si vendría o no borracho y, en cualquier caso, cómo iba a resolverse su borrachera: si se acostaría tranquilamente en su habitación, derrotado por el alcohol, abrumado por los malestares, o si vendría hasta mi propia

habitación para comenzar a insultarme: primero, lentos, breves insultos, que yo escuchaba con los ojos cerrados, el corazón palpitando violentamente contra las costillas, sin responder, y luego la misma pregunta: por qué no te vas, qué haces aquí, por qué mejor no te matas y nos dejas cobrar tu seguro, tú vales más muerta que viva, tú no eres nadie, lo que escribes es inútil, por qué no te vas, por qué no te vas, tú no nos haces falta, tú a nadie haces falta, no te engañes, vete y déjanos solos y una y otra vez las mismas y mismas preguntas hasta que, de pronto, él me agarraba por un brazo y me sacaba de la cama e intentaba sacarme de la casa en plena madrugada, y yo sabiendo que había oídos en alguna parte, gente que estaba captando los rumores de la noche, o incluso los mismos niños, me resistía a gritar a pesar del dolor, y entonces él me golpeaba con la mano abierta en la cara o me daba un puñetazo en el vientre o me lanzaba contra el suelo. O a veces yo me enfurecía y le respondía a sus insultos y entonces él me rompía la boca, me golpeaba hasta sacarme sangre de la boca. Un día incluso me desgajó el brazo, me sacó el hueso de su lugar y fue necesario ir al Hospital, pasar la vergüenza de la mirada de médicos y enfermeros y paramédicos, que sabían exactamente lo que había pasado, aunque yo fingiera o inventara cualquier clase de historia. Y a veces también yo lo marcaba, le dejaba enormes razguños en la cara y los brazos y el pecho: esa femenina, oblicua forma de la venganza ejercida concienzuda, cruelmente. Pero fuera como fuera, al siguiente día me sentía disminuida, vuelta añicos la escasa dignidad que podía tener alguien que vivía así, asqueada de mi cobardía y de su estupidez y de las excusas que yo estaba inventando para quedarme: no podía llevarme a los niños, no ganaba lo suficiente, adónde podría ir, necesitaría buscar un lugar, los niños necesitaban a su padre, lo amaban. Y la única cosa que hacía era pasar el menor tiempo posible en esa casa, por lo que aceptaba trabajos que implicaran viajes y alejamientos parciales. Y aún así era imposible no estar alguna vez una noche, y que él saliera o se tardara en regresar del trabajo y yo supiera que estaba bebiendo, o lo intuyera, y me preguntara cómo vendría ese día él de la calle: si vendría o no borracho y, en cualquier caso, cómo iba a resolverse su borrachera: si se acostaría tranquilamente en su habitación, derrotado por el alcohol, abrumado por los malestares, o si vendría hasta mi propia habitación para comenzar a insultarme.

Yo creo que me sentía culpable de su cólera, de esa amargura que lo hacía actuar de esa manera. Porque si bien es cierto que antes, digo, antes de que nos separáramos y todo naufragara en el cataclismo de las revelaciones, él a veces había tenido algunos gestos de violencia, nunca las cosas habían llegado a ponerse como en ese tiovivo de los maltratos en el que entonces estábamos viajando. Y yo creía que era mi culpa: que si yo no hubiera removido las costras, que si yo no hubiera querido asomarme y ver lo que había más allá, que si yo no me hubiera lanzado a ese abismo de las pasiones y las revelaciones, que si yo no hubiera querido

que nos despojáramos de las cómodas máscaras que hasta entonces habían cimentado la estabilidad y el equilibrio, él no se hubiera visto arrastrado también a toda la incertidumbre y la humillación y hasta el sufrimiento, y no tendría por qué ser así, no tendría por qué cargar esa mancha de grasa interior, pobre ser, que, además, decía no recordar nada al siguiente día: él olvidaba convenientemente lo que había sucedido o fingía olvidarlo y me obligaba a mí de esa manera a fingir olvidarlo también y reiniciar la comedia justo donde había tenido su cotidiano, no, no cotidiano: su aparente final, obviando el interludio de la sangre y de los mocos y de la rabia. Y en el fondo de mi ser, encarnado más profundamente que la rabia, yo tenía ese sentimiento de lástima y de culpabilidad: *si* yo no me hubiera casado sin amor, *si* yo no hubiera hecho crecer esas ilusiones, *si* yo no hubiera tenido esos hijos, *si* yo no hubiera hecho esto o aquello, él no estaría tan dolido ahora, porque quizá en algún momento me amó, él, que venía de las derrotas, tan joven, que había pasado por el hervor de una guerra que estaba en el ocaso ya: utilizado, lastimado, tirado por la marea de los triunfos y las pacificaciones hacia un mundo que no terminaba de entender, y cuando había creído encontrar las claves y había armado con ellas un rompecabezas sencillo y tranquilizador: un refugio en medio de la maraña universal, yo había venido con mis preguntas y mis incertidumbres y mis dudas y mis deseos de romper todo aquello porque me parecía estúpido y vacío y superficial y le había removido la tierra. Sin medir las consecuencias. Y luego, en vez de perderme para siempre de su vida, yo había hecho lo posible por incrustarme de nuevo en ella, ni siquiera por él, sino por los hijos en los que no había pensado antes. Y tal vez ni siquiera por ellos, sino por tener un sitio donde medrar, habida cuenta de que yo no tenía ya mucho, de que yo había pateado y escupido y destruído mi propio centro, mis propias posibilidades de sobrevivencia.

Releo. ¿Justifico a Román, lo disculpo, me comporto como una Grandiosa Madre Universal perdonando los pecados de sus hijos, basándolos en la debilidad y la finitud y la tristeza de su carne? No lo sé. En verdad no soy un ser humano dado al perdón, pero carezco de la consistencia espiritual que se requiere para mantener vivos los rencores y los odios largo tiempo, hasta conseguir la necesaria venganza. Por lo demás, los ángeles dicen que la Justicia está inscrita en un Proyecto de Comportamiento Universal y que todo se cumple dentro de los trazos de ese Plan. ¿Cómo es el asunto?: He is Glory and Revenge.

25 de Junio de 1990

Pitirre, Pitirre
es de cuyagua
y se acabó

Yo vi ese graffiti en Maracay, justo antes de leer en la revista Cuba Internacional un artículo sobre el pájaro llamado pitirre: *Tyrannus melancholicus*: pájaro omnívoro, amarillo por debajo, cobrizo por encima, con una raya blanca a cada lado de la cabeza. El pitirre era una metáfora. Comencé a tomar nota por esos días de las conversaciones de los ex-guerrilleros que iban al restaurant de mi ex-marido. Yo los pensaba como pitirres. La idea era contar una historia acerca de un jefe guerrillero, que organiza un movimiento revolucionario y llega a ser odiado, amado, respetado y temido: que es una fuerza, pero que muere porque no es capaz de controlar las tendencias de división de su ejército. Pero, al morir, alcanza la inmortalidad, y en su nombre se levantan años después otros movimientos.

Paralelamente, yo quería recopilar esas historias de las apariciones milagrosas del Ché que se dicen.

(¿Un homenaje a Roberto?)

May be.

Tal vez nunca llegue a hacerle homenaje a Roberto. El entregó su vida casi íntegra a lo que creía. Sin embargo ¿para qué quería Roberto que todos hiciéramos lo mismo? ¿de qué hubiera servido inmolarnos todos en la misma hoguera, participar de esa especie de ritual suicida colectivo? La historia demostró que la revolución sandinista no había sido tal: sólo gestualidades épicas, incapaces de sostener con puro romanticismo la necesidad de cambios radicales en la vida de la gente. Y todos los demás movimientos guerrilleros se fueron agotando, se fueron consumiendo a sí mismos, destrozándose, comiéndose sus propias entrañas. Sin embargo, no se trataba solamente de que la gente no servía para eso, como alguna vez dijiste, Roberto, sino que los tiempos estaban cambiando tan aceleradamente que daba miedo. La caída del Muro de Berlín determinó el principio del fracaso de las ideologías, de esos planteamientos en que habíamos creído, que habíamos defendido con tanto denuedo. Los medios de comunicación, con sus mensajes de *american way of life* y los cantos de sirena de la igualdad de oportunidades, de la posibilidad de obtener el full relleno que ofrecía el sueño, trastornaron hipnóticamente la mente de la gente. Todo viró hacia la economía de mercado: lo que se busca es obtener más y más ganancias para satisfacer el apetito insaciable de ese monstruo llamado Mercado. Y detrás del escenario, en riquísimos salones, velan invisibles Los Poderosos. Lo que se busca es crear los esquemas de producción suficientes para que el Mercado se mantenga sano y, con él el Estado y las sociedades y otra vez el Estado, todos los elementos que se han ido transformando en meros reflejos mercantilistas. Y, alejados de los olores, del bullicio de la plaza, de los gritos de los pregoneros, Los Poderosos, invisibles,

apenas si tienen conciencia del monto de sus ganancias. ¿Quién tiene tiempo de soñar ahora? Sólo hay tiempo para cumplir el horario y ganar dinero.

Así que no había razón para ese suicidio, Roberto.

Nadie cree ahora en esas cosas como justicia social o libertad. La gente no se preocupa, en realidad de ser libre y mira con sospecha a cualquiera que hable en esos términos. Pero quizá fue mejor que murieras a que sobrevivieras al escepticismo del tiempo actual. Recuerdo cuando ahorcaste los hábitos allá en Paraguaná. Recuerdo el dolor de tus padres, que colgaron bandera con moño de luto en la puerta principal, según dijiste. Recuerdo cuando nos embarcamos en el DESLUMBRANTE, ese carguero español que nos llevaría hasta Panamá. Todos son retazos de épocas diferentes, vistas ahora, con el transcurso del tiempo, como si fuera el montaje de una película ideal en la cual se contaban nuestras vidas. Y tú sabes que todo montaje es tramposo, como lo es escribir una novela. Porque uno va destacando u omitiendo todo aquello que desea resaltar u olvidar. El juego es aceptado, pero no es histórico. Porque aquellos fueron otros días. Nosotros ya sabíamos que el destino final de la guerrilla se había decidido en las Mesas de Dinero: todo el que había sido fue empaquetado, pesado y despachado hacia un anaquel del Gran Supermercado del Mundo, con su respectiva etiqueta. A menudo hemos visto, hemos criticado a esa gente alcoholizada, aferrándose a las barras de elegantes bares ciudadanos, dando lástima. O hemos criticado a los que se encerraron en el monasterio de sus casas, propias o alquiladas, y en la monotonía de un trabajo, una oficina y cuentas por pagar, desgranando íntimamente los versículos del fracaso. Pero ¿qué podíamos esperar? Nosotros todavía tuvimos algún tipo de fe, nos embarcamos en la ilusión de guerras ajenas. O lo hiciste tú, alejándote para siempre de las serranías donde eras amado. No vimos cómo la gente nos enterró en su corazón. Fíjate que cuentan que cuando Alí Primera murió y fueron a enterrarlo en su tierra, al paso del cortejo, seguido por centenares de autobuses azules de la Universidad, los campesinos bajaban de las sierras para decirle adiós, para lanzarle flores. Y Alí Primera sólo tenía una guitarra y una voz, fíjate. Dejamos que las esperanzas de esta gente se marchitaran también. Y sólo les dejamos un recuerdo, unas cuantas canciones. Cuentos en la noche. Nada.

Finalmente descabalgas. El amanecer apenas si se insinúa en alguna parte indecible. Tú jadeas, estremeciéndote en pleno frío. Das dos palmadas en la grupa de tu caballo y te diriges tenso hacia el grupo de tres rocas donde se inicia la ladera. No se ve a nadie. Estás solo. Tus gestos parecen al espectador posible provistos de una terrible languidez. A tu alrededor, sopla el viento arrastrando ráfagas de llovizna fina, helada y gris. Tu cabalgadura bebe del agua del arroyo, resoplando porque le molesta el frío. El animal es grande, sólido y brilla bajo la llovizna. Se destaca como una poderosa presencia en medio del bosque raquítico y de las rocas. Observas los arneses, la silla, las riendas bamboleantes, los estribos, el rifle en su funda y la cananera colgada del arzón. El amanecer se va expandiendo, denso. De pronto, el eco de un disparo rasga el silencio. Sientes el impacto contra el hombro derecho. Otro disparo restalla y algo golpea tu muslo izquierdo. El caballo se aleja, espantado. Se te afloja el cuerpo. Los ojos, ya nublados por el frío, se te nublan más por el dolor (¿por las lágrimas?) Respiras tomando grandes bocanadas de aire. Ni siquiera en ese momento te abandona la opresión del asma. Al resbalar entre las rocas, la cabeza te cae sobre la tierra húmeda y suelta. Caes de lado y el sabor del fango te resulta levemente conocido. ¿Lloras? ¿Lloras? Sientes los pasos de los hombres que se acercan. Buscas el revólver porque no quieres que esos hombres te toquen. Qué queda ahora. Qué queda ahora de los ideales, de las discusiones para qué. Cuán lejano está todo, cuán difícil. Y ahora vas cuesta abajo en la rodada, arrastrando las ilusiones pasadas que ya no puedes rescatar, ni tampoco olvidar. Y hubo tiempos diferentes. Tiempos en los que todo brillaba con la luz de la esperanza. No fue tu culpa. O sí lo fue: reconoce tu culpa, aunque sea ahora. No, piensa que no fue tu culpa. En cualquier caso ¿qué importancia tiene ya todo eso? Sacas el revólver trabajosamente mientras sientes cómo se acercan. Pronto desembocarán allí, entrando por el arroyo. Alargas el brazo lentamente. El revólver ya está listo. Amartillado. Y cuando vas a disparar, el golpe de una bota te conmueve. No los sentiste acercarse. Saltan. Te esfuerzas inútilmente. Diez, doce pares de piernas calzadas con botas te rodean, en un correcto círculo. Estás en el medio, vencido absolutamente. Dices entonces con voz clara y cortante: Oiga, oficial: yo soy El Pitirre.

Reviso con cuidado el texto antes escrito. Trazado en principio en un cuaderno grande de tapas duras anaranjadas. Creo que he leído demasiado novelas de vaqueros. No tanto Marcial La Fuente Estefanía como Ross Talbot o Keith Lugger. Mi tío Tirso tenía una infraestructura de intercambio de novelas de vaqueros y yo participaba de ella. Leía con avidez, dos y hasta tres novelitas al día en los tiempos de vacaciones. Aprendí la historia de la Guerra de Secesión, el real sentido de la palabra yanqui. Me sabía de memoria el mapa del Medio Oeste norteamericano: sabía que el ganado se comercializaba en Denver, Colorado. Sabía que los mormones vivían en Salt-Lake City. Sabía de las cruentas luchas entre agricultores y ganaderos y entre ganaderos y ovejeros. Sabía que los tahúres navegaban en vapores de paletas por el Mississippi-Missouri. Sabía que los girls de los saloons guardaban revólveres 22 en las ligas de sus medias de malla, o dentro del escote, al calor de los senos. Conocía las reglas de juego de los gun-man y también de los tahúres. Sabía qué cosas eran castigadas con la horca y cómo a veces los condenados se salvaban por azares absolutamente impredecibles. Cuando leí La cabaña del Tío Tom o Las aventuras de Tom Sawyer hacía mucho tiempo que ya había visitado esos lugares por medio de las novelitas de vaqueros. Mi padrino Manuel me regaló un hermoso libro ilustrado: EL ANTIGUO OESTE, y allí estaban las verdaderas historias y las leyendas, las carretas, los colonos y los indios. A veces, también escuchaba música country y me esforzaba en descifrar desde el inglés las historias que contaban. Algunos domingos, veía películas de vaquero, conocía todos los trucos, todos los movimientos. Yo amaba ese mundo hasta que me desilusioné cuando empezaron a pasar los spaguetti-western: aquellas parodias de los héroes me parecían terribles faltas de respeto. Eso no podía ser. Y me alejé del género, lentamente, en beneficio de otras formas de la fantasía. Lo cierto es que a veces escribo como si estuviera escribiendo una novela de vaqueros. O tal vez suene así, porque hubo maniqueísmo en esa mínima epopeya, o nosotros lo veíamos de esa manera.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

(1960)

Esa niña que aparece en la foto soy yo. Pequeña y delgada para su edad. Tiene una mano puesta en el borde de la mesa cubierta por un mantel claro, y el pechito adelantado para que le pongan la medalla de Honor al Mérito Estudiantil. La niña mira atentamente la medalla y la mano que la pone: la de un señor sonriente y bien vestido. La niña ignora las miradas de las otras personas en el presidium, también sonrientes y bien vestidas. La madre Carmen aplaude con fervor. En esa

foto, tengo diez años y luzco apabullada y torpe. El cabello excesivamente lacio brilla bajo la luz del flash. Detrás está el resto del público, brumoso.

En el Colegio no tenía amigas. Aprendí a mentir sobre muchas cosas: por ejemplo, sobre el trabajo y la condición de mi padre, sobre la casa donde vivía, sobre la merienda que llevaba, sobre la tienda donde compraba la ropa, sobre los zapatos que usaba. Es decir: yo no era una niña pobre, aunque no era una niña rica y mucho menos tenía abolengo. Sólo tenía cualidades intelectuales: era inteligente, sabía dibujar, leía mucho y era dócil con las monjas. Supongo que eso me ayudó a sobrevivir. Durante los recreos, para evadir conversaciones sobre clubes adonde yo no iba, sobre fiestas a las que no me habían invitado, sobre viajes que no realizaría, me iba a la Biblioteca. Leía sobre todo textos de viajes y aventuras y vidas de santos. Llegó un momento en que me metí en los libros de tal manera que confundía escritura y vida. Por ejemplo: yo acostumbraba usar un silicio de alambre de púas bajo la ropa y a llenar de piedras mis zapatos y a poner paja seca bajo mis sábanas, para sacrificarme en nombre del Señor, tal como lo hacían los personajes de los libros. Alguna vez pensé si Dios entendería esas cosas, e incluso llegué a pensar, leyendo a Dickens, si no era injusto por parte de Dios que hubiera pobres y ricos. Pero el padre Fidel, al oírme en confesión, me decía que ésas eran ideas herejes y que debía confesarme bien, arrepentirme mejor, cumplir mi penitencia o exponerme a ir al Infierno. De cualquier manera, me confesara o no, quedaba la angustia. Porque yo sabía que algún día, cuando se acabara el mundo, los Santos más Santos nos llamarían, levantándonos de las tumbas, vendrían en una nube acompañando a un Jesús Cristo vengador, con túnica roja y bastón de mando, y nosotros, los pobres pecadores, saldríamos de nuestros agujeros, no importa cuántos años hubieran pasado de nuestro tránsito mortal, y seríamos una asamblea de desencarnados, y expondrían nuestros pecados para que todo el mundo se enterara de ellos: los más pequeños y los más grandes. No se me ocurría pensar que no habría ningún inocente entre nosotros, que todos seríamos culpables. Sólo pensaba en la vergüenza de mis propios actos. Nunca me atreví a decirles a mis padres lo que sentía. Ellos no hubieran entendido, por supuesto. Ni siquiera entendieron que me afectara tanto aquella historia de cuando el padre Fidel mató a su hermana, que no era su hermana sino su amante, o era ambas cosas a la vez, porque en ese tiempo tampoco tenía claro qué era exactamente una amante. La mató, decían en los diarios, metiéndole una tijera en el pecho. Por celos, decían. O no fue el padre Fidel, sino el Diablo, como dijo la madre Carmen la única vez que se mencionó el asunto en el Colegio, porque las monjas dejaron bien sentado desde ese día que toda mención sería pecado. O quizá fue la madre del padre Fidel, como decían en la calle, al descubrir que los dos hermanos eran amantes, defraudando sus ilusiones. Lo cierto es que mis padres no entendieron que a mí me afectara ese asunto y tuviera pesadillas y fiebres y todo y que me la pasara leyendo en El Tesoro de la Juventud lo que significaba incesto y

los casos mitológicos de incesto y que me enterara allí, por ejemplo, de que Europa había sido una vaca.

26 de Junio de 1990

Vi el amanecer hoy después de toda una noche escribiendo, apenas levantándome una que otra vez para tomar café fuerte con unas gotas de leche. Estaba abstraída en un ensayo sobre las costumbres fluviales de San Alejandro, es decir, las costumbres vinculadas con los ciclos del río, que me solicitaron para una revista especializada en esas cosas de folklore y hábitos de pueblos y eso. Escribía, releía con cuidado, buscando los sinónimos que favorecieran la resonancia. Cortaba las oraciones muy largas, medía los párrafos. Y de pronto me encontré con la luz pálidamente azul y el canto de los pájaros y el cambio de la temperatura hacia zonas más cálidas, más densas también. No había dormido y, sin embargo, me sentía despierta, relajada, lista para la vida. Pero como el calor me obligó a tomar un baño y me aseo con cuidado, estregándome y cepillándome y untándome crema después de la ducha y peinándome con cuidado, al final sentí cómo todos los músculos se me iban aflojando y cómo me deslizaba hacia la cama y hacia el sueño y me desperté a las once, con toda la luz del sol tras las cortinas corridas. Pesada y sedienta.

De cualquier forma, hoy revisaré ese trabajo. Me sentaré ante la computadora y exploraré de nuevo hasta el más mínimo resquicio de error: error conceptual, error de formulación, error de escritura, error de sintaxis, palabras repetidas, párrafos excesivamente cortos o largos, y luego diagnóstico de tamaño del discurso: ¿cuántas palabras? ¿cuántas páginas? para terminar unas diez o doce, suficientes para una revista ligera y lujosa, con algunas fotografías, supongo, que ellos se encargarán de encontrar. Pagan bien. Con puntualidad, además. La ganancia así obtenida me servirá para mantenerme un par de meses: alquiler, alimentos, servicios, gastos de papel y de correo. No demasiado esfuerzo. Trabajar una o dos semanas, en mi propia Biblioteca, con mis propios recursos. Quizá podría considerarme privilegiada, si estas circunstancias fueran regulares. Pero no lo son. Siempre debo estar a la espera, a la caza de un chance. A veces gasto más en llamadas telefónicas o en envíos de correo solicitando que lo que gano en un mes de esa manera. Me pagan un poco por los artículos semanales en el diario local y algún reportaje extra. Preparo algún MANUAL DE REDACCIÓN para alguna Compañía Petrolera que me lo solicita. Subsisto.

La subsistencia es un problema grave para cualquier persona que quiera ser artista en este medio, en este país. Quizá en cualquier país. Yo pienso que el Estado debería establecer un mecanismo de Ley para asegurar ingresos dignos a los artistas. No se trata de que los artistas sean seres especiales, porque no considero que haya seres especiales dentro de una sociedad y

tan especial es el muchacho que allá enfrente está colocando una ventana como el neurocirujano que realiza elaboradas y minuciosas intervenciones en el cerebro de algún privilegiado, por ejemplo, y tan especial es el electricista que coloca las instalaciones de una casa como el ingeniero que diseña una más refinada tarjeta de computadora, por ejemplo, sino de que el arte es una producción útil en belleza y verdad, una producción que enriquece la herencia cultural de las naciones, y entonces, el Estado debería pagar por ello, asegurar que se cree en condiciones favorables y no contra la corriente, como hasta ahora. Y, además, esa Ley debería favorecer aspectos concernientes a la asistencia médica y social de los artistas, y hasta diseñar un sistema de pensiones después de cierta edad para aquellos que demuestren una vida entera dedicada a ese oficio. Pintores, escritores, escultores, gente de teatro. Diría yo.

El asunto es que yo no soy una artista. Quisiera serlo. Me propongo. Desde hace años estoy construyendo un libro de cuentos y no avanzo. No. Tengo tres libros en espera: uno de ensayos realizados sobre imágenes de fotografías, uno de crónicas y otro de cuentos. Tengo discos y discos de reportajes de viaje, entrevistas, artículos de opinión sobre cuestiones políticas y sociales, análisis sobre asuntos diversos: arte, sociales, folklore, costumbres. Y nada de eso sirve. No podría presentar mañana a una editorial un producto acabado: 100 ó 150 páginas de un texto coherente. Y no porque no escribo, sino porque siempre falta algo, no sé. Siempre falta algo.

Me siento mal. Físicamente mal. Siento como si hubiera comido demasiado, aunque en verdad no ha sido así. Siento náuseas y sensación de pesadez. Me repugna el olor de los alimentos. Incluso me repugna el olor del café y eso es muy extraño. Lo atribuyo al trasnocho. No parecía que la cosa iba a salir por ninguna parte, pero lo hizo.

28 de Junio de 1990

No he leído hoy los periódicos. Ayer no hubo, por una cierta fiesta de los periodistas ¿Por qué uno debe leer los periódicos todos los días? Casi siempre es el mismo relleno, la misma estupidez cotidiana. Pero es un gasto establecido: un cumplimiento religioso: todas las mañanas, uno debe salir y detenerse ante el kiosko de costumbre y conseguir el periódico local y el nacional. Y los domingos, debe comprar por lo menos tres o cuatro de los nacionales, para tener el resumen de la vida política, cultural y social de toda la semana. ¿No sería mejor comprar el periódico sólo los domingos? Ahorrar en eso.

Pienso sobre el asunto de la escritura. Pienso, luego existo, dijo el Otro. Si pienso, existo. Si mi pensamiento se realiza en discurso estructurado, entonces mi existencia es un

discurso estructurado ¿Abarca mi pensamiento también lo que siento? ¿Cómo lo hace, si así fuera? ¿Lo entiende? ¿Lo interpreta para hacerlo inteligible? ¿Lo traduce? Entonces ¿es el pensamiento un ejercicio de traducción de otros lenguajes, discursos estructurados que provienen de la Naturaleza y del Medio Ambiente Cultural? ¿y la existencia es entonces el flujo y convergencia de esa constante traducción? Stop here.

30 de Junio de 1990

Esta mañana fui al correo para enviar el trabajo. Hacía tiempo que no salía y el sol estaba tibio, el día grato. Llevé la ropa a la lavandería aquí abajo. Estuve hablando con la empleada. Siempre he tendido a tener buenas comunicaciones con esa gente: empleados, cajeros del banco, dependientes de cafetería, kioskeros, todos esos que cumplen pequeños servicios en el entorno, y que suelen ser personas sencillas, llenas de un cálido sentido de lo humano, mucho mejores que esos intelectuales pagados de sí mismo o esos clasemediados profesionales o esos pavos estufados que suelen rodearme. O que solían. Mejor la señora de la lavandería que esas estúpidas del Club, vestidas en la misma boutique, casi uniformadas en sus trajes de lino y sus parecidas joyas de fantasía cara, hablando de sus sirvientas y sus manteles nuevos. Llevé también unos zapatos a arreglar. Y luego, en el correo, hablé con la muchacha que recibe los paquetes y los sobres. Estudiante de una universidad a distancia, aferrada a sus libros en los ratos libres, creyendo en las promesas de un título, en las mejoras económicas y sociales y todo eso que hace tiempo dejó de ser resplandeciente.

Luego, no tenía nada que hacer en la calle, y aunque quería seguir disfrutando del sol y del día ¿qué cosa podía justificar permanecer entre los potenciales enemigos? No tengo amistades a las que visitar y aunque las tuviera, no era ésa la hora adecuada: la mañana cumpliéndose en su última mitad, el almuerzo puesto en los fogones, mesas por tender, detalles que arreglar antes de la invasión de hijos y marido llegando desde escuelas y oficinas. Y si se trataba de visitar a la gente en su trabajo, de robar unos instantes al patrono para conversar y salir a tomar café, no me parecía adecuado, ni pertinente. La verdad, sin embargo, es que no hay nadie. Un vacío. Román, mi ex-esposo, me recibiría con alegría y afecto, me invitaría a almorzar en un buen sitio. Demasiado fatigoso. Larga conversación mitad íntima/ mitad social. Me agotaba el sólo imaginarlo. Mientras tanto, la gente iba circulando a mi alrededor, cada cual yendo a sus asuntos. De pronto comencé a mirar a esa gente: ¿era yo de su misma especie? ¿hablaba su mismo idioma? Y si no es así, entonces ¿qué soy yo? ¿un monstruo, un fenómeno genético, un exiliado espíritu extraterrestre?

01 de Julio de 1990

Esta tarde salí a ver los aparatos de sonido. Hace tiempo deseo comprar uno de buena calidad, compacto, que no ocupe demasiado sitio. Pero necesariamente será caro. Recibí una carta de invitación. No: una oferta para viajar por esa región de los Médanos y la costa de Paraguaná y hacer luego un guión de cine. Pensé que con parte del dinero que ganara en ese asunto podría pagar un aparato como el que deseo. Caminé largamente, justificadamente: entrando y mirando y remirando y viendo prospectos y posibilidades de crédito, aunque eso no me interesa porque significaría la angustia de una deuda, de un pago mensual que a veces es difícil afrontar y entonces una causa adicional de ansiedades, y significaría, adicionalmente, entrar al círculo de vicios del sistema: compre ahora (no importa si lo necesite o no) y pague después. Pero pague el doble.

Y, sin embargo, no pude eludir totalmente pensar en Roberto.

Porque volver a Paraguaná es ingresar nuevamente a la esfera de las recuperaciones imposibles: esa neurosis que afecta a los hombres de todas las épocas. Dicen que la nostalgia es una emanación natural que surge desde sentimientos y certidumbres de pérdidas. Dicen también que frente a esas pérdidas, la psique esboza el arquetipo de las recuperaciones. Dicen que las recuperaciones se producen únicamente mediante la ficcionalización mítica y la representación estética. ¿Quién habla de nostalgia? No hay en verdad nada que añorar. El Paraíso no se perdió, sino que jamás pudimos siquiera llegar a sus límites antes de que se desvaneciera para siempre. Y yo no quiero recordar a Roberto. No quiero seguir tratando de escribir en su memoria la irrealizable novela sobre los pitirres. Nada me importan ya esas historias, esas desilusiones, esas mutilaciones. [Mas ¿qué estoy diciendo, qué escribo? ¿dónde estarían entonces puestas mis expectativas, mis ilusiones?] Enloquezco, me temo. Pero repito: el Paraíso no se perdió, sino que jamás pudimos siquiera llegar a sus límites antes de que se desvaneciera para siempre.

Tampoco quisiera hacer el trabajo del guión. Sé que es una experiencia interesante, bien pagada. Un ejercicio intelectual de largo aliento: primero, viajar, tomar notas, tomar algunas fotografías para completar las notas: disfrutar de las ciudades, quizá hasta de la compañía de algún viejo amigo, alcanzar de nuevo la atmósfera metafísica del desierto: el deslumbrante dorado medanal como animal de arena líquida cayendo hacia el magnífico mar de tonos violetas y verdes y azul claro: el más extraordinario mar de todo el mundo: el fuerte oleaje espumoso contra la costa y el sol volviendo todo el paisaje una reverberación vital. Después, la investigación histórica y geográfica. Y, finalmente, escribir, bloque por bloque en la computadora: un disco llamado PARAGUANA y en él Bloque1, Bloque2, Bloque3,

Bloque4, y así sucesivamente, conformando las piezas del jigsaw que será después considerado por un equipo, desarmado y rearmado, pero conservando el fuego azul inicial de alguna manera: luminosidad, calor. Yo puedo hacerlo y disfrutarlo. Sería, además, una forma de estar ocupada largamente, de no pensar en esa soledad que es como un perro negro sentado en la sala. Y ganaría un dinero que necesito, que podría significar un respiro, libertad frente al teléfono que no suena, frente a la oferta que no se produce. Pero no quisiera.

No le consultaré a nadie. No le diré a nadie. Tomaré la decisión yo misma.

O, mejor, consultaré el I Ching. Lanzaré tres monedas, leeré el hexagrama correspondiente.

¿Cómo dice el tango?

*Volver
con la frente marchita
las nieves del tiempo poblaron mi sien
Sentir
que es un soplo la vida
Que veinte años es nada y febril la mirada
errando en las sombras
te busca y te nombra
Vivir
con el alma aferrada a un dulce recuerdo*

(¿dulce?)

No hay nada dulce en el recuerdo de Roberto. Tampoco especialmente amargo, creo. El problema en este asunto, lo que intranquiliza mi conciencia es la certeza de que yo jamás he radicalizado mis compromisos. Ni mi compromiso con el deseo de santidad, ni el de ruptura con la familia, ni el de mi posición política, ni el que tenía con los empujes de mi época, que tendían hacia la revolución, ni mi rol autoasignado de matrona de un hogar santo. No radicalicé la separación de mis hijos, ni mis ambiciones intelectuales, ni mi deseo de escribir, ni los amores, ni los odios, ni los rencores, ni los actos de caridad, si los tuve, ni las crueldades, ni los ardores, ni los tiempos de heladez. Nada. En alguna parte de la Biblia dice: *Tú no eres fría, ni caliente/ ojalá fueras fría o caliente.* Y en la Comedia los tibios no pueden ir ni al Paraíso, ni al Infierno, y se quedan en un lugar inespecífico: densidad en la atmósfera. Gris territorio. Nadie alrededor.

04 de Julio de 1990

Exiliarse, escapar, tal vez soñar: y pensar que con el simple movimiento de una tecla podemos dar fin al pesar del corazón y a las múltiples interrogantes que plantea la mente...

[En realidad, ni siquiera estoy pensando en el Príncipe de Dinamarca, sino en el Alter Ego de Stephen Dedalus, tomando vino del país en McDaid's, solicitando al editor de un magazine un puestico para su texto y dos monedas de plata (no treinta) para satisfacer algunas necesidades mínimas: tabaco y una borrachera mediana]

Destino cruel de ciertas genialidades. Después, la esfigie rediseñada para que no exprese ninguna amargura: sombrero de buen corte, lentes con aros de oro, con un cierto rutilante toque de maldito, aparecerá en las estampillas y, con suerte, en los billetes de banco. O se venderá en afiches de recuerdo a los turistas incautos y adoradores de glorias literarias. En los países donde el turismo es una industria, se aprovechan los símbolos de la Patria para venderlos adecuadamente. Oh, verdes praderas de la patria. Sagrado tricolor. Manto de héroes. El principio es: todo artista muerto (o en su defecto anciano o premiado profusamente en el extranjero, pero en cualquier caso tan exitoso como incapaz de protestar en exceso) y que haya conseguido a través del tránsito del hambre, la angustia y el sacrificio desarrollar una obra respetable y reconocida es patrimonio de su país y por ende usable como valor de uso y de cambio por el Estado, sin aviso y sin protesta. Sin embargo, es perfectamente factible que el artista pueda vengarse de todos sus enemigos, sus detractores y sus tibios adversarios: los gerentes de la cultura, plasmándolos en sus obras y de esta manera otorgándoles no solamente la Vida Eterna, sino también inhabilitándolos para el exilio y la metempsicosis: ¿será así? él dijo a Molly que era la transmigración de las almas. ¿Puede un ser humano reencarnar en un perro? Quizá sí en un cerdo, biológicamente tan semejantes que hasta los están criando para sacarles los órganos y trasplantárselos a humanos deteriorados. ¿Puede un personaje de cuento, de poema o de novela salirse de su envase lógico y trascender el signo atroz que lo obliga a cumplir un destino no solamente inexorable sino inacabable? Allí está. Siempre. Venganza. Venganza.

10:45 pm

Fui a una exposición. No a la apertura. Me molestan las pequeñas multitudes culturales, bebiendo vino tibio y comiendo pasapalos calientes, calentados en baños de maría portátiles de agencias de festejo, luciendo sus mejores galas físicas e intelectuales, sin dejar ver los cuadros o lo que sea que hubiera que ver a causa de sus propias visiones, matizadas con comentarios y las conversaciones sociales de inter¿texto?. Vi los cuadros. No tan mala técnica,

aunque falta algo. La autora es esta mujer, Amada Monagas, una bajita y rubia que usa gruesos lentes con montura plástica. Román me dijo que ella comparte algunas etílicas noches con pintores y artistas, pero que su virginidad estuvo a salvo durante años, hasta que un zafio de otros mundos le hizo un hijo y se marchó. Un zafio, óigase bien, será alguien que no haya leído nunca un libro completo en toda su vida. Y, sin embargo, este hombre cuyo nombre no recuerdo ahora, el promotor cultural que es dueño de la farmacia, dijo en alguna oportunidad que él nunca había podido pasar de la mitad de ningún libro por causa de sus dolores de cabeza. Se pavonea, sin embargo, entre artistas y escritores y toda suerte de entidades culturales de la sociedad cultivada de la ciudad y forma parte condecorada de las Fuerzas Vivas. Los cuadros parecen delicado óvulos en busca de su respectivo espermatozoide. Yo vi en una revista National Geographic de 1926 algunos dibujos muy bien hechos que se parecen a estos de la mujer, considerada por la crítica local, como la expresión más acabada de la exquisita femineidad plástica, si se entiende como una concepción de lo femenino el hecho de que se lo relacione con lo redondo, mullido, carnoso, rosáceo, tibio y sensual, femineidad expresada a través de un manejo limpio, depurado y pulcro del óleo, así como mediante el trabajo adecuado de las relaciones luz y sombra por medio del uso de colores pastel o colores primarios diluídos en adecuados contrastes, y el refilamiento en negro delgado de las líneas curvas del dibujo, dice el catálogo firmado por un tal Alfredo Silva, que no sé quien es, aunque supongo que será el experto en Artes Visuales de Santa María del Mar. Mary Loughlin diría que le falta duende. Y eso no depende de la técnica, sino de otra cosa: de un toque inmanente, de lo que llaman la sazón de las cocineras, de una mezcla en misteriosas proporciones de creatividad, vuelo imaginativo, posibilidades de trabajo y disciplina. He visto muchas exposiciones aquí. Hay una verdadera multiplicación de pintores y escritores de versos. Son casi como hongos.

07 de Julio de 1990

Saqué cuentas y cuentas y cuentas y cuentas. Desplegué en la computadora mi Hoja de Cálculo. Y bien. La necesidad obliga y entonces haré el viaje a Paraguaná. Envié un fax aceptando y me enviaron hoy mismo el depósito del monto de los viáticos. Atanasio se llama el gerente. Buen tipo. Trabaja rápido. También por fax me pidió lo usual: una carta compromiso, la elaboración de las facturas por mis honorarios y la solicitud de recibos para respaldar los viáticos. [No te prives de nada, dijo. Los viáticos son suficientes para buenos alojamientos y buenas comidas y eventual alquiler de vehículos y pago de adecuados transportes]. Pero es sólo virtualización. Deseo. El oscuro objeto... De cualquier manera, me siento excitada y feliz. Prepararé el equipaje. El I Ching da buenas señales.

El sol allá afuera es tan brillante que no me deja trabajar.

Resplandor.

Me asomo al balcón ¿qué hora es? La panadería recién ha sido abierta allá abajo. Serán las tres. Bajaré y compraré leche, pan. Un dulce, quizá.

09 de Julio de 1990

Ayer leí que Hume planteaba que todo conocimiento provenía de los sentidos. Pero lo leí en el contexto de una refutación de Kant, al esbozar el asunto de las formas *a priori* de la conciencia: tiempo y espacio, que no derivan, según Kant, de los sentidos, sino de un conocimiento suprasensorial y anterior al pensamiento y, desde luego, a la existencia del hombre. Y, sin embargo, quizá tiempo y espacio no pertenezcan a este ámbito apriorístico: su noción intelectual quizá, pero la aprehensión empírica que de ellos hacemos ¿no pertenece más bien al mundo de los sentidos, no fluye por medio de ellos al pensamiento, al conocimiento y a la existencia?

[Me perturba que esto que escribo pueda ser medido después por un programa de computadora, tal como descubrí en estos días que este programa puede hacerlo {ALT+F1, 4} Como consecuencia de la aplicación de esos comandos, se produce un Informe (¿un Reporte?) que dice cuántos caracteres, cuántos espacios en blanco, cuántas palabras, cuántas oraciones, cuántos párrafos, ocupa el discurso. E incluso da promedios acerca de cada ítem. Hay un frío de horror tras esa especie de desmontaje de la vida. Porque si mi discurso es pensamiento y puede ser reducido a unas cifras sobre la pantalla, y si el pensamiento es la existencia, entonces la existencia puede ser reducida de la misma manera y por la misma operación, a unas cifras sobre la pantalla].

Temo que todo esto no sea más que el registro de las elucubraciones de una mujer solitaria. Hace más de dos semanas que nadie ha venido a visitarme. Mis hijos telefonan a diario. Algunas personas, de lejos, envían cartas o tarjetas postales que dicen: *Estamos bien ¿cuándo vendrás?* Tengo amigos en otra parte ¿deberé irme? ¿será mi destino el exilio? ¿o, por el contrario, éste es el verdadero exilio? ¿pero exilio con respecto a qué?

En temporadas así hasta los ángeles desaparecen. Pasan largas temporadas sin visitarme. No me hablan. No me cuentan historias, ni me animan con salmos. No me proponen acertijos. No me otorgan las claves. Puedo percibir los corpúsculos de su luz en alguna mañana de sol. Pero lejos. Demasiado lejos. Pienso que están ahí como una especie de guardianes.

Extraño su presencia protohumana, aunque no me hacen concesiones. No conceden nada a mi soledad, a mis precariedades, a mis errores posibles. Estos días, por ejemplo. No encuentro en quién descargar mis conflictos, mis angustias, mis indecisiones. Ando sola y terriblemente sola. Amanece el día y me duele la cabeza desde el amanecer. Me duelen los senos, pesados y túrgidos, pero ya sin deseos. Me duele el vientre: un dolor fijo en el diafragma, una punzada ovárica, además. Me siento febril y propensa al llanto. Males femeniles, dirán algunos, como si de una maldición natural se tratara. Sin embargo, todo es parte de algo mayor: un conjunto mayor: el de los números primos, sólo divisibles por sí mismos. Por mi ventana percibo la frondosidad lujuriosa de los árboles. Perfectos, verdísimos y brillantes bajo el sol. Hay aves, también. No los terribles pájaros negros que en algunas oportunidades me aterran con graznido y grupo grande de guerreros voladores, sino algunas aves en parejas o solas, que saltan y cantan y parecen ser felices. ¿Por qué se esconden los ángeles? ¿Qué buscan, qué espían desde sus escondites? Debo acostumbrarme a la soledad, porque es ya algo tangible. Rodea mi lecho, ubicado frente a la pantalla del televisor. La programación de los canales que aquí se ven regula el paso de mi día: mi cotidianidad. Mientras tanto, sobrevivo con la ciudad por cárcel. Atacada por enemigos que son como perros furiosos tras una presa: ¿qué tanto es lo que no hago? Muchas veces he obtenido enemistades con absoluta gratuidad.

Los versos de Baudelaire tiemblan en el aire de la noche, mientras escribo:

*Oh, Muerte, Capitana Inmortal. Es la hora de que zarpemos
Nos aburre esta tierra: leva ya el ancla
Aunque el mar y la tierra son negruras de tinta
sabes bien que los pechos están llenos de luz*

*Que el veneno que escancias nos conforte queremos
Pues ese fuego que nos quema arde en la cabeza: descender al abismo
¿qué más da si es Cielo o Infierno?
Lo que nadie conoce es lo que se persigue.*

Mañana o quizá pasado mañana, me iré de viaje, pienso.

28 de Julio de 1990

Yo le tenía miedo a las cucarachas. Una vez soñé que había un motín en la gran ciudad y lo liderizaban cucarachas gigantes: eran como enormes y ágiles tortugas de color castaño. La

gente se refugiaba en las casas y las cucarachas se desesperaban por entrar. Cuando no lo lograban, se quedaban fuera, aguardando. En el sueño, yo estaba dentro de un edificio preservado por vidrios y podía ver las cucarachas, su mirada atenta y redonda sobre nosotros, apenas refugiándonos de su furor. Entonces, decidí suicidarme y me tomé todas las pastillas de un enorme frasco de barbitúricos: 400 pastillas o más, quién sabe, y sentí cómo la muerte iba llegando. Estoy segura de que morí, pero en la muerte, sentí cómo las cucarachas rompían los vidrios y una de ellas me mordisqueaba el cuello.

Cuando comencé a practicar defensa personal en una academia abierta en un garage abandonado, decidí que una de mis tareas debía ser perderle el miedo a las cucarachas. El instructor era un hombre tranquilo, lleno de envidiable serenidad. Este hombre me enseñó a no temer a las cucarachas. En verdad, trató de enseñarme a no temer a nada, porque mi gran problema siempre ha sido el miedo: miedo a la vida, miedo al qué dirán, miedo a mi madre, miedo a mi ex-esposo, miedo al Psiquiátrico, miedo a los médicos, miedo a Dios, miedo al Juicio, miedo a la muerte, miedo al Infierno, miedo al Cielo, miedo al Limbo, miedo al éxito, miedo al fracaso: una verdadera arboleda de temores ocultos más o menos bajo una superficie de dureza y alardes y hasta cierta fanfarronería. Mi ex-esposo, ya lo he dicho, me golpeaba a veces y yo nunca pude golpearlo, pero cuando comencé a perder el miedo a las cucarachas también dejé de temerle a él y entonces, todos los días le preparaba el café en el agua de una cucaracha muerta. Pasaba las noches cazando cucarachas en el patio, y a veces las sustituía por grillos o escarabajos que guardaba en un frasco de vidrio. Yo no sé cuánto tiempo duró eso. Meses, tal vez. Esa era mi interpretación de la defensa personal. Una pobre, escondida, íntima venganza.

Yo decidí irme de su casa cuando intenté matarlo con un gran cuchillo de carnicero. Esa noche, él me había golpeado rudamente, como siempre lo hacía cuando llegaba borracho. Y yo estaba muy cansada. En realidad, no era tanto el malestar de los golpes como esas inciertas noches esperando sin dormir, leyendo o viendo televisión hasta la madrugada, hasta sentir sus pasos afuera, pesadamente resonando y a veces su voz murmurando canciones o cosas ininteligibles, y yo preguntándome cómo sería su borrachera, corriendo a mi cuarto en cuanto lo sentía, simulando haberme dormido hacía rato, y sintiendo esa erosionante angustia, esa pregunta, miedo como línea feral, zigzag de los sentidos y de la razón. Y luego, al siguiente día, la resaca dejada por las humillaciones, un sabor amarguísimo, como aceite de ricino o algo así, tártaro: algo quemante, manchante y asqueroso, el asolamiento de la tierra baldía que era mi dignidad. Y esa noche él vino borracho y todo fue como otros días, los insultos, él avanzando hacia mí el cuerpo y el olor corrompido del alcohol, los golpes haciéndome trastabillar, lanzándome contra las paredes, mi boca sangrante, yo, llorando de rabia e

impotencia, tirada en un sillón o en un rincón del piso, mirándolo pasearse en triunfo por la sala, gallo en su gallinero, esponjándose de fuerza, sabiendo que yo no escaparía, que yo no sería capaz de escapar, mascullando insultos, riendo con su burlona, sarcástica sonrisa líquida en el rostro borroso por la borrachera, y entonces tomé el cuchillo y me fui contra él gritando, furiosamente aullando como uno de esos guerreros orientales, como un perro que ha sobrepasado el nivel de los abusos y ya no soporta, seguramente babeante, deseando que todo acabara. Blandí el cuchillo y me lancé contra él, que me miraba avanzar paralizado contra la puerta, viendo de súbito cómo su vida terminaba aquella madrugada, sabiendo de súbito el color y el olor de la muerte, incapaz de reaccionar incluso para moverse o defenderse o intentar pararme o gritarme o algo, sólo viéndome avanzar demoníaca y feroz. Pero no. Me desvié. Escuché en todo mi ser el grito del ángel, previniéndome. Vi la sanción: cárcel o Psiquiátrico o cualquier cosa horrible. Y clavé el cuchillo en la puerta casi hasta la mitad, traspasando el contraenchapado, abriendo una herida recta por la cual figuradamente se iba la vida del otro. Y él se quedó pegado a la puerta, sin camisa y descalzo, con una coloración verde en la cara. No dijo ni una sola palabra. Se acostó así como estaba y me miró desde su habitación ir y venir. Me senté un rato, temblorosa, sintiendo cómo el odio borboteaba desde algún hueco abierto en alguna parte, sin llorar, sólo temblando bajo la luz amarilla del bombillo. Sabiendo que lo hubiera matado si el ángel no lo hubiera impedido. Imaginando la sangre y el cuerpo desgonzado. Y entonces me fui: fui al dormitorio de los niños y les dije adiós. Tomé unas cuantas cosas, las indispensables, y me fui a un hotel, caminando en medio de las calles solitarias iluminadas por menguados bombillos. Todos creyeron que yo volvería, aunque yo estaba segura de que no. La gente en la calle: los amigos, los relacionados, los vecinos, los parientes, toda esa gente, criticó mucho: sólo veían una mujer que abandonaba a sus hijos. Algunos sabían del asunto de los golpes, pero eso no es demasiado importante en esta sociedad y en estas circunstancias. Y quizá se preguntaban si yo estaba yéndome con otro o algo así, y, en todo caso, por qué no me llevaba a los niños conmigo, aunque todos reconocían que él era un buen padre y tenía los recursos para tenerlos mejor que yo. Y fue algo desgarrante. Corazón y entrañas e instintos quebrados. Casa destruida. Exilio. Intemperie. Sin embargo, quedarme era imposible, porque tenía miedo de matarlo y miedo de que me encerraran en algún sitio y todo eso hubiera sido peor para los niños y para mí. Aunque también tenía miedo de la opinión ajena, de los juicios del mundo. Y miedo del desamor de mis hijos, de cómo me pensarían en el futuro. Y miedo de la soledad tanto como miedo de la compañía de extraños: casas y gentes extrañas, foráneas: espacios y tiempos ajenos. Tenía miedo de todo y de todos. Hasta de mí misma. Luego de años y años, cuando compré una cinta de MEJORE SU AUTOESTIMA Y

LOGRE LO QUE QUIERA y la escuché compulsivamente tres veces al día por meses y meses, pude vencer algunos de esos miedos. Todavía la escucho, a veces.

29 de Julio de 1990

Releo lo que escribí ayer. Reconozco que, a pesar de mis miedos, siempre he tratado de sobrevivir lo mejor que he podido, gozando de mis instintos, sacándole partido a lo que me ofrecían las circunstancias. Reconozco que no he sido lo que se dice exactamente una víctima. En los tiempos en que viví en Santa María, después de mi temporada de rupturas, tuve un amante. Era muy riesgoso porque si Román me descubría, perdería de nuevo mi posición (digo: mi muy precaria posición) y mis hijos otra vez y todo cuanto pudiera haber logrado en términos de una cierta estabilidad. No sé qué me hizo involucrarme con ese hombre. Ni siquiera lo amaba. Pienso que quizá yo quería una salida, una migaja de afecto que me compensara de las durezas. Un poco de atención. Y él me la ofrecía. Pero se enamoró y eso complicó las cosas. Quería que nos fuéramos, que nos exiliáramos, que nos perdiéramos de este país y, de ser posible, de este mundo. Es curioso, pero ahora que lo analizo, jamás propuso otra solución que no implicara una huída. Ahora que lo pienso, él era un gran fugitivo y me quería como su cómplice. Quería cumplir con el designio de la tragedia, pero se asustaba de enfrentar los terribles cuervos que seguramente carcomerían su vida. Estaba casado con una mujer que lo había mantenido con su trabajo de enfermera durante los estudios universitarios. Y luego él quería un cambio. Estamos los dos maduros para un cambio, decía, repetía. Y, sin embargo, yo no quería dejar a mis hijos. No quería que ese cambio fuera tan radical. Y él insistía en la radicalidad. Estudiamos mil posibilidades cada fin de semana que nos encontramos: fines de semana perdidos, erráticos, en hoteles de segunda y ciudades distintas. Creo que no fue tan infeliz ese tiempo, a pesar de todo. Comíamos en escondidos y selectos restaurantes o en kioskos modestísimos ubicados en misteriosos rincones. Paseábamos tomados de la mano, como novios, riendo y bromeando sobre cualquier cosa. Hasta fuimos alguna vez a una playa internacional y bebimos buen vino a la luz de la luna: los barcos pasando casi a ras de la ventana del hotel. Hacíamos planes. Pero siempre había algo como fantástico, como irreal en todo ese asunto. Luego, su esposa enfermó gravemente. Cáncer, dijeron. Los hijos estaban desperdigados: una de las niñas presentó síntomas de asma cardíaca. El pobre hombre estaba entre la espada y la pared. Y yo comencé a presionarlo para que cumpliera sus promesas. ¿Por qué lo hice? No lo sé. Yo creía luchar por mi sobrevivencia, por un derecho que yo pensaba adquirido. Pero no sé qué hubiera hecho si él me hubiera planteado en verdad dejarlo todo y escapar. A veces pensé en la otra mujer, sufriendo. La decepción de haber entregado toda una vida a cambio de sal y agua: lágrimas. El dolor. El martirio de estar muriendo sin tener claro el

destino de su casa. Finalmente, él me citó un fin de semana en un hotel a la orilla de la playa. Jamás se presentó. En lugar de eso envió a un amigo: un mensajero (¿de la desdicha?) y me entregó un cassette lleno de canciones tristes de despedida. El golpe a mi amor propio me dejó anestesiada. Durante uno o dos meses no reaccioné. Luego, una tarde, meses después, destruí el cassette con rabia sistemática y olvidé hasta el nombre del que me lo había enviado. En verdad no fue tan grave superar ese asunto. Entré en un período de indiferencia total, como un anestesiamiento de los pensamientos y del espíritu. Acudía al trabajo, caminaba por las calles, compraba pan todas las tardes, yendo por la misma ruta. Alguna vez él estuvo llamándome al trabajo y no respondí sus llamadas. ¿Para qué? Supe por amigos comunes que su mujer había muerto y que él se encerró en un minúsculo pueblo entre montañas. Así terminó esa historia. Para mí fue otro fallo, otra desilusión. Otra muestra de la inutilidad de mi vida: cadena de fracasos. Yo ya estaba lo suficientemente desencantada como para empezar a planificar mi suicidio.

30 de Julio de 1990

No sé, pero creo que hay algo malo en mí. Todos mis intentos suicidas han fallado. Tal vez sea cosa de los ángeles. El ángel me dice, por ejemplo, que Dios me tiene como recurso de un Plan. Cuando le pregunto en qué consiste ese Plan, se pierde en evasivas: no puede contestarme, dice, pertenece al Secreto de Dios, dice. Y por eso, Él no puede permitir que yo desaparezca de mi forma carnal antes de cumplir con el designio. Lo cierto es que he intentado suicidarme muchas veces y siempre he fallado: me he tomado 300 pastillas de Valium en una tarde y he despertado cinco días después, en una camilla de hospital, conectada a un frasco de suero, humillada y sucia, pero viva. Me he bebido merengadas de leche, avena y veneno para ratas de ése que provoca, según dicen las etiquetas, hemorragias internas, y sólo me han producido una larga indigestión y una úlcera erosiva que aún me molesta. Me he emborrachado y he salido a la calle bajo la lluvia y he atravesado avenidas y autopistas para que un carro me eleve por los aires y me estrelle contra el pavimento, y los choferes me han evadido. Me he mojado y he permanecido al sereno toda la noche para que me diera pulmonía y he visto el amanecer sintiendo los poros de mi salud exultantes de victoria. He combinado las pastillas con el alcohol, las pastillas con las posibles pulmonías, el veneno con las pastillas, y nada. Ya no sé qué hacer. No es fácil conseguir un revólver. Huyo de la gente. Me encierro y siempre hay alguien que llega en el momento preciso para impedir el final. En los últimos días, he vuelto a sentir la tentación: por causas imprecisas, una inyección mal puesta se me infectó y yo dejé que avanzara el proceso. Quería una septicemia: algo que destruyera todo mi cuerpo, lo corrompiera sin piedad y sin posibilidades de detención. Pero mis hijos vinieron e insistieron

en que viera al médico y escogí un médico público, un dispensario anónimo: un médico que no hablara tonterías y entonces tuve que ponerme otras inyecciones, untarme cremas, qué sé yo, porque no iba a morir, sino que me iban a cortar la parte necropsiada, creo que dijo el médico esa palabra, y yo no quería esa estúpida solución. Me he estado mojando en la lluvia también, pero no hay salidas por ese lado. Es como vivir en una habitación con paredes forradas de espejos: detrás de alguno de ellos está la puerta de salida, pero todos reflejan mi imagen, y entonces ¿cuál?

Lo que me queda es vivir con la Máscara.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

s/f

No sé si recuerdo mi infancia. Tal vez la invento. Recuerdo, cuando tenía tres o cuatro años, la casa de claraboya de Monte Piedad, antes de que mi papá tuviera que liquidar el negocio y anduviéramos mudándonos de casa en casa. Algunas de éstas las recuerdo con nitidez. Una era un sótano y en el sótano de al lado vivía un niño llamado Tomás. Otra, que daba en lo más alto de una calle, tenía un pequeño jardín y yo me asomaba a la reja para ver subir a mi papá cuando regresaba del trabajo. Luego recuerdo la casa de barro donde comenzamos a vivir en San Alejandro, cuando emigramos en busca de algo mejor, según dicen. Era una casa con techo de zinc y pequeñas ventanas enrejadas con cañabrava. La calle era de tierra y los cerdos, que yo nunca antes había visto, se refrescaban en los charcos. Y recuerdo las vacaciones en la casa grande, cuando nos mudamos, corriendo desaforadas mis hermanas y yo tras las mariposas y las lagartijas en el gran patio lleno de guayabas y cerezas y el gran parral que quedaba todo el año uvas tan dulces como la miel de las abejas. Quizá también recuerde las tardes en la casa, después que me sacaron del internado, y era posible jugar con las vecinitas cosas como los Pollos de mi cazuela, Arroz con Leche, a la Víbora de la Mar, y otros adonde la memoria no alcanza.

Una vez pasé por la calle donde vivimos en San Alejandro. Todo ha cambiado. Las casas altas de grandes patios han sido sustituidas por pequeños edificios de dos o tres plantas, con un local comercial abajo y algunos apartamentos. O por casitas con porche, jardincillo y estacionamiento, pequeñas como si fueran de juguete, demasiado juntas. Queda alguna casa en ruinas, la cerca caída y el terreno enmontado. El moho brilla en ella bajo el sol, cálido como terciopelo. En ninguna parte hay ya grupos familiares reunidos bajo los aleros laterales. Yo no sé qué misteriosa mezcla de satisfacción y de tristeza se apoderó de mí. Lo que ha ocurrido no ha sido

en verdad mi culpa, ya lo sé. Todo hubiese podido ser distinto de ser distinta la historia de este sitio, de este país.

¿Y mi madre? Esa mujer voluntariosa y sentimental de grandes ojos húmedos y expresivos. Siempre quiso lo mejor para nosotras, qué duda cabe. Soñaba con un futuro esplendoroso para cada una de sus hijas. Recuerdo cuando las fiebres comenzaron y ella tuvo que sacarme del internado. Algunos creían que era encefalitis. Unos días antes, la madre Irene nos había pedido que hiciéramos la composición diaria sobre nuestra compañera Luisa Ostende, que se había marchado con Dios. Hasta ese momento la muerte para mí era un fenómeno que sólo ocurría a los animales, a los viejos y a las plantas. Pero a los diez años, Luisa Ostende me planteó el problema de que la muerte podía sucederme a mí también en algún momento y a cualquier edad. Y que, como cualquier adulto, debería rendir cuenta de mis pecados. Cuenta pública. Podía ir al Purgatorio o al Infierno, incluso. Entonces comenzaron las fiebres, y el médico ordenó que me internaran en el Hospital para exámenes. No era encefalitis, pero, de todos modos, recomendó que dejara el internado y que, si iba a seguir en la escuela, fuera por el régimen externo. Recuerdo en el delirio la imagen de mi madre, plañidera, dramática mujer arrebatada en sus sentidos. Ahora comprendo cuánto debió sufrir aquel suceso, cuánta culpa se habría echado sobre sí. Yo rechazaba sus manos y ella seguramente medía el terreno que había perdido dentro de mi corazón. ¡Pobre mamá! Cómo hubiera querido consolar a esa mujer siempre llena de incertidumbres sobre lo bueno y lo malo, pensando que lo usual debía ser la medida. Pero el asunto es que recuerdo todo esto, veo todo esto cuando ya han pasado años de su muerte, y mi gran amor por ella, que a veces confundí con odio, es ahora una larga serie de remordimientos y pesares. Lo sé muy bien, y sin embargo ¿qué puedo hacer ya para evitarlo? Mis hermanas estuvieron siempre más cerca de ella. Yo lo atribuyo a ese nacimiento traumático que nos separó: a ese desgarramiento, a ese dolor no-humano, al odio y al resentimiento que surgió de todo eso. Después de que regresé del internado, yo fui siempre una intrusa y mis hermanas me miraban con desagrado y desafío. Yo, quizá, pude luchar, conquistar el sitio que me correspondía. Pero me encerré en el silencio y la arisquez, y todos aceptaron que ésa era actitud irremediable. Entonces, alrededor mío se abrió un foso sin puentes levadizos posibles. Alguna vez se tendió una tabla, sí. Pero fue un acto frágil, inconsistente y errático. Sé muy bien de las llagas que había en mi orgullo herido de malquerida. Sé muy bien cómo nació el odio. Hubo momentos en que hubiera visto morir a mis hermanas y a mi madre con placer. A papá no. Cómo si no existiese, su presencia era leve y extraña: carecía de pasión, y su fuerza era bruta, consistente, sólida. Quiso ganar dinero para nosotras. Apenas tuvo tiempo de vislumbar el sentido de su aventura terrena antes de que la muerte le pusiera punto final. Lo único diferente en este submundo familiar era mi padrino Manuel. El, solterón incurable, que vivía una vida misteriosa

entre el vicio y la virtud, y nos visitaba dos veces al mes, era como la claraboya de la casa de Monte Piedad: un agujero iluminador, un espacio para el cielo posible. Pero, como la claraboya de la casa de Monte Piedad, que papá mandaba a cubrir con una especie de cortina para evitar los rayos de la luna, en el entendido de que eran dañinos para la salud, así mantenía mi madre a mi padrino Manuel un poco a raya, alejado de nosotros por una frontera intangible. Mi padrino era su hermano, pero quizá ella no aprobaba su gusto por la lectura y por la música, ni su alegría desbordante, ni sus grandes dotes para jugar juegos de palabras y adivinanzas, ni su capacidad para inventar historias. Y, sin embargo, a pesar de lo que dijera o hiciera mi madre, o incluso de algún comentario perdido de mi padre, mi padrino Manuel fue un hombre maravilloso, y su presencia llenó mi vida de tal manera que sólo a su recuerdo acudo cuando las cosas se ponen malas de verdad. Y luego, cuando murió y yo tenía ya dieciocho años, fue como el principio de un horrendo naufragio. Ciertamente, mi padrino cayó dentro de su fe. Me parece volver a ver el coche fúnebre recorriendo las calles a las tres de la tarde. Solamente dos carros más constituían el cortejo. Sin flores. Era un lunes de Carnaval, y el asueto y las circunstancias de su muerte, alejaron a los posibles deudos. Sol. Sequedad de todo. Luz blanca. Reverberación. El sudor mojaba mi camisa negra. El cielo era de un azul escandaloso. En el cementerio, las trinitarias se desgranaban sobre el piso: rojas, anaranjadas, violáceas, en un abigarramiento de colores. También esos pequeños arbustos de audaces flores pentapetales blancas o moradas llamadas puticas o coquetas, adornaban los materos de casi todas las tumbas. El contraste de tanta vida floral me hería profundamente. Esa vida. Ese gozoso aire de vida. Y mi padrino estaba muerto. Era una de las últimas víctimas de la guerra soterrada. Su entierro significaba el definitivo crepúsculo. Y era así. Yo era prácticamente la única que lloraba en el cortejo. Para mí era como si se derrumbara la pared donde había colgado los cuadros y afiches de mis ilusiones. ¿Fue por la muerte de mi padrino Manuel por lo que después escogí el camino que escogí? No lo sé. Quizá de todas maneras lo hubiera escogido, como decía él mismo, como lo decía Roberto, porque sí: por el Sermón de la Montaña. Era escoger entre la hermosa avenida limpia y pavimentada, recta y amable. O el sendero llena de zarzas ardientes o resacas, que se cerraba sobre un doble abismo. Y, sin embargo, no tuve el valor espiritual, la valentía para lanzarme descalza y desnuda por ese abismo, cuesta abajo, en la rodada, como otros lo hicieron.

¿Cómo era yo en aquel tiempo? Un ser con tendencia a replegarse melancólicamente en sí mismo. Un ser decepcionado en sus exigencias de afecto y en su voluntad de superar a los demás. A veces, arrogante y ácido, ese ser hubiera podido superar algunas deficiencias si hubiera gustado más del deporte y los paseos al aire libre antes que del encerramiento y la lectura. Pero ha sido necesario que yo esté cumpliendo cuarenta años para llegar a comprender cómo yo era, cómo hubiera debido ser para evitar los vapuleos existenciales, la angustia a que me sometió la vida. ¿Cómo he

llegado a ese estado de lucidez? ¿Cómo lo he merecido? No lo sé. ¿Cómo dar a otros la fórmula que les es negada a tantos seres que vivirán y morirán ciegos ante sí mismos? No lo sé. De haber sido yo una persona feliz, de haber llevado una vida burguesa, sin dolores, sin abandonos, sin dramas ¿podiera ahora descifrar los signos de mí misma? Quizá no. Pues no serían estos, sino otros signos, más grises, borrosos e indescifrables los que me explicarían. El ángel ha dicho que una vida limpia y recta no siempre puede considerarse un modelo: en ella habitan nidos de serpientes adormiladas que en la menor ocasión pueden despertar. El ángel dice que Dios sólo ama con infinita piedad al hombre que no se siente satisfecho de sí mismo. Creo que, por todo, la única certeza que tengo es que no me condenaré en el Infierno. Ya pagué esa condena y seré liberada por sobreseimiento de mi causa.

31 de Julio de 1990

¿Lo que escribo fue verdadero? ¿Fue falso? En realidad, nadie lo sabe: lo que restituye mi escritura no son hechos.

¿Me atreveré algún día a publicar estos textos? ¿Cuál será la reacción de los que puedan leerlos? ¿Asco? ¿Burla? Me siento tan plenamente conciente de la ignominia que ha sido mi vida que pienso que no seré capaz de exhibirla en una vitrina. No me atrevería a mirar la vidriera en la cual estuviera expuesta la cubierta de ese libro, cuyo título ni siquiera imagino. La palabra que escribo puede soportar esto sólo bajo una condición: evitar las exactitudes, no ceñirse a la letra del tiempo y del espacio, evadir los detalles excesivos para impedir que cualquier hecho normal se transforme en trágico y cualquier hecho trágico, se transforme en cómico. He tenido otro período de fiebres recurrentes y vómitos. En realidad, cada cierto tiempo mi cuerpo parece inclinarse por esos síntomas, parece querer limpiarme de alguna suciedad interior difícil de quitar. Es una rara sensación de desprendimiento de las entrañas. Una flotación del cuerpo, como si las moléculas se separaran por un fenómeno natural. Cíclico.

10:30 pm

Me había dormido temprano, con el televisor encendido. No sé si fue por cansancio o porque las pastillas me hicieron un efecto anticipado. Lo cierto es que me dormí y comencé a soñar que entraba en un sótano muy iluminado con lámparas de neón. Yo iba vestida con un pantalón y una camisa de kaki y llevaba un bolso y unos zapatos verdeoliva. Había cierto aire marcial en todo, incluso en los hombres que me acompañaban: dos o tres. El sótano era un almacén de armamento, un sitio donde yo estaba seleccionando armas. Pero yo misma era una extraña, era esa periodista que a veces viene en mis estados febriles y que inclusive ha llegado a escribir reportajes por mí, reportajes sobre política internacional, algo que no sé demasiado y

que sin embargo sabe esa mujer llamada Ana María Boileau, cuyo nombre percibo siempre como a través de una neblina... Si fuera algo más vívido yo podría pensar en un caso de identidad múltiple. Pero no. Es solamente un sueño, un estadio transparente de la realidad. Un ser superpuesto cuya existencia real está supeditada a ciertos actos no necesariamente notorios. No necesariamente dramáticos. Yo estoy conciente de sus ingresos en mí y estoy conciente de que ella es otra que no me borra. Mientras ella existe, yo también lo hago, paralelamente, reclamando mis espacios y mis deseos. Y cuando ella se va, yo me quedo con sus recuerdos y sus experiencias como con un paquete ajeno que debo guardar. La vida de esta mujer es para mí como la película de la vida que yo hubiera deseado para mí, incluso en sus más amargos recuerdos: ella conoció al Ché, lo amó sin ser correspondida, comerció armas y bastimentos para él, en su aventura boliviana, y valiéndose de su manejo de las lenguas, de su inteligencia y de sus facilidades como corresponsal de guerra, ella cruzó las fronteras con seguridad y calma. Ella se sentó en exquisitos comedores para tomar la cena con refinados y ricos traficantes de armamentos, o malcomió en galpones con bandidos barbudos para los mismos fines. Ella manejó dinero de raras procedencias con mano sutil y guantes hábiles para que rindiera en función de los fines. Jamás intentó justificar los medios, sino que los absorbió con cierto sentido trágico de la existencia. Y ella fue también la mujer violada en un granero polvoriento alguna vez, la que perdió a su madre en un campo de prisioneros, la que perdió a su padre y su hermano en los combates de la resistencia. La que vivió en París una juventud a todo riesgo, protegida por la sombra de amigos poderosos. Y fue la amante de mujeres rutilantes. Y encontró un marido viejo y paternal que la curó de sus pesadillas. Y, finalmente, ella murió en un sanatorio francés en pleno invierno, tosiendo, sacudida por la bronquitis. Ella es (podría ser) la excusa para yo poder construir la novela sobre el Ché o sobre los pitirres. ¿Otra máscara?

Una vez me contaba una amiga que ella solamente podía disfrutar del sexo imaginándose ser otra, que necesitaba asumir un disfraz, una personalidad, una historia distinta, para poder soltar sus instintos e ingresar en el placer y que lo hacía, entonces, a veces para sí misma, a veces involucrando a sus parejas, fueran éstas eventuales o no. Es lo de siempre: la incerteza del Yo, la búsqueda del Otro: el enmascaramiento para acercarse a la hoguera sin ver develadas las identidades secretas. Debajo de la Máscara ¿hay otra Máscara? Recuerdo las gárgolas medievales de los templos de Barcelona, de algunos templos del Barrio Gótico: gárgolas inadvertidas a menos que uno tienda la vista hacia arriba y las perciba más allá del romántico encanto de la piedra en volutas, del difuminado Dragón: esas gárgolas disfrazan la cloaquadad de sus funciones. En edificios públicos, sin más destino que la burocracia, debajo de la gárgola sólo queda el vacío. Vacío. La límpida cualidad de lo vacío: Vaciedad.

01 de Agosto de 1990

Hoy vino mi hijo mayor y consideró conveniente que yo viera a un médico. No quise discutir, en realidad. Sé que estoy bien, a pesar de la fiebre, pero no puedo explicar por qué estoy bien. Mi hijo me preguntó cuánto tiempo hacía que no comía y le dije que cinco o quizá seis días. Me preguntó que cómo me había mantenido y le dije que había tomado jarras y jarras de café con leche, y, a veces, había tomado agua helada con azúcar, avena y afrecho. Me preguntó si había tomado algo para bajar la fiebre y aliviar los dolores y le dije que no, que lo había olvidado. Revisó mi botiquín. Sólo encontró frascos de vitaminas y lecitina de soya, pastillas contra los dolores abdominales, un jarabe para la tos, un tubo medio lleno de crema antifúngica, un frasco con bastantes tabletas contra las náuseas y los mareos, que uso cuando voy a viajar, algunas aspirinas, bálsamos para calmar los dolores de los músculos y antihistamínicos. Fue entonces cuando decidió que debíamos ir al médico. Mi hijo tiene dieciocho años. Es muy hermoso: es como yo hubiera deseado ser a su edad: tiene un cuerpo atlético, obtenido por innumerables y sistemáticos ejercicios. Tiene la cara angulosa, pero bien delineada, con ojos grandes y rasgados, pómulos duros y nariz perfilada. Su sonrisa es amplia, espontánea, sana: una exhibición de buena dentadura, un anuncio de salud. Cuando él sonrío, surge un rastro de ingenuidad en su expresión. Lleva el pelo cortado a la moda por un buen estilista. Se viste con ropas desteñidas, rotas y viejas, a las que se ve desde muy lejos la buena calidad y el alto precio, porque ésa es la moda. Es muy serio en algunas cosas. Quizá no es muy buen estudiante, pero tiene muchos amigos y mucho éxito con las mujeres. A veces, creo que estoy enamorada de mi hijo. No de él, claro, sino de lo que él significa: salió de mí, de mi estirpe: lleva mis genes, garantiza mi inmortalidad biológica, el paso de mi herencia. También su hermano, es cierto, pero yo siento que él es mi imagen en el espejo. Imagen invertida: el revés de la trama. Estoy enamorada en él de mí misma, en conclusión. Lo cierto es que mi hijo esperó a que me bañara y me vistiera y me acompañó, atravesando la plaza, hasta una clínica privada y pidió la cita con el primer médico que encontró en el directorio con horario adecuado: el doctor Montedeoca. Yo había llevado conmigo ese libro, EL DESIERTO ES FÉRTIL, y el doctor éste, después de hacerme las preguntas de siempre, y medirme la presión, pesarme, y examinarme con cierto cuidado profesional, quiso ser amable, supongo, y me aconsejó que no leyera ese tipo de libros. Me sorprendí: ¿este doctor de cara redonda y saludable, cuerpo redondo, cabellos repintados de negro y sonrisa congeladamente amable había leído un libro de místicos?

--¿Por qué, doctor?¿Usted lo leyó?

--No, no precisamente, pero el título puede inducir a asumir como verdaderas ciertas actitudes vitales que perjudican en vez de ayudar, Usted sabe: usted es una mujer inteligente y comprende que muchas personas en su posición, sintiéndose en los peligrosos bordes de la edad, y sobre todo las mujeres, buscan auxilio en fórmulas exteriores, y yo no puedo decir que eso no sea válido si se asume con calma, claro, pero, mi querida señora, ¿por qué Usted no ha comido en cinco días? Quizá porque ese libro aconseja a las personas guardar ayunos prolongados para despertar hilos cognoscitivos profundos, y la gente, a su edad, corre el peligro de creer que toda solución es buena.

--Pero Usted no lo leyó, claro ¿y puede decirme si ha leído a Pascal?

--No, pero ¿qué tiene que ver?

--Que en el Triángulo de Pascal se encuentran claramente descifradas las precisiones mentales de la gente como Usted.

El doctor Montedeoca o Mentedeoca me miró un instante. Me pidió excusas muy gentilmente y salió. Se demoró siete minutos, estrictamente contados por reloj, en volver, acompañado de mi hijo y de otro doctor: el doctor López. A éste ya lo había visto muchas veces en la calle y los diarios regionales, pues era un psiquiatra que aspiraba a ser Alcalde y sus declaraciones eran siempre muy justas y bien razonadas. No debía temer, pero lo hice. Me extrañó que no mirara totalmente de frente ¿cómo un hombre así aspiraba a ocupar un cargo público? Hasta mi madre decía antes que había que desconfiar de todo aquél que no fuera capaz de mirar de frente. Tenía, además, un cierto aire de desequilibrio, de locura, pero podía ser un síntoma mimético por el trato continuo con pacientes mentales. Pensé: ¿elaborará él mismo sus declaraciones? Parecía inseguro y desmañado, pero quizá era más hábil de lo que aparentaba. El doctor Mentedepollo me despidió estrechándome la mano y diciéndome que sus indicaciones las pasaría a mi hijo y al doctor López, con quien debía entrevistarme

ahora

Y lo dijo en serio. El consultorio del doctor López quedaba al otro lado del pasillo, por lo que tuvimos que pasar por el medio de una doble hilera de ojos pegados a la pared, cortar la atmósfera de comentarios, como si fuéramos un barco en el océano. Mucha gente nos miraba y como el doctor López era conocido, todos deducían que yo era una paciente mental. Mi hijo se veía avergonzado. Antes de entrar al consultorio pidió permiso para ir a llamar por teléfono, supongo que para informar a su padre y pedirle dinero para cualquier gasto extra (digamos una posible hospitalización). El consultorio del doctor López no difería mucho de otros consultorios: los mismos diplomitas con las mismas orlitas doradas y las mismas letras góticas, el mismo aparato de aire acondicionado metido en un mueble marrón oscuro, el mismo biombo

de cortinas blancas, el mismo escritorio de fórmica blanca, las mismas sillas acolchadas: una, más ancha, propiedad del médico ejecutante y dos más, frente al escritorio, que debían ser ocupadas por los pacientes, el mismo diván forrado en semicuerdo negro, el mismo armario blanco con frascos e instrumentos. El doctor López, sin mirarme, muy suavemente preguntó cuál era mi problema.

¿Cuál es mi problema?

Ninguno. Yo antes tenía un buen empleo, amigos, cierta seguridad, y ahora no tengo nada. Yo vivía en una ciudad grande y extranjera una vida libre, creativa y llena de nostalgia por mi patria. Entonces regresé y me encontré con una vida aprisionada, estéril y llena de nostalgia por mis sitios extranjeros, donde por lo menos era libre y podía ganarme la vida. Ningún problema. Pero no dije nada. Me mantuve en silencio, esperando ¿Por qué uno no puede dejar de comer el tiempo que se le antoje sin tener problemas? Yo no quería explicarle a López el asunto. El me preguntó directamente acerca del asunto del libro y las lecturas místicas y demás. Le dije que el libro que tanto había alarmado a su colega era sólo una excusa, que era actuar un poco como esa gente que saca un cigarrillo para darse fuerzas, pero no lo enciende. López contraatacó diciéndome que por qué debía darme yo fuerzas. Me empeñé en decirle que tal vez no había usado el término adecuado, que no era para darme fuerzas, sino para distraerme. López cambió el tono y me preguntó qué sabía yo del Triángulo de Pascal. De súbito, su mirada huidiza había tomado tonos amenazadores. Chispas de reconocimiento. ¿Qué le había dicho el doctor Mentedepollo? Empecé a sentir temor: ¿es que por coincidencia había tocado yo la clave de una sociedad secreta? De pronto, Montedeoca, López, la clínica, me parecieron elementos siniestros: ¿siniestros estilo COMA o siniestros estilo EL PÉNDULO DE FOUCAULT? Le dije que nada, que había sido una broma, una referencia inocente. Que en un problemario de la Olimpiada de Matemática aparecía un problema que hacía mención del Triángulo, creía. ¿Y por qué leía yo los problemarios de la Olimpiada de Matemática? Yo estaba aterrada. López estaba cerrando mis defensas y decidí atacarlo:

--¿Usted cree que estoy loca? ¿Usted cree que yo, que tengo una familia y un trabajo respetables en esta ciudad, estoy loca? Yo, que tomo la vida saludablemente y no fumo, ni bebo, ni tomo fármacos ¿puede Usted, que es un hombre reconocidamente sano, decir lo mismo? [Yo veía en sus ojos el Síndrome de la Desorientación] ¿Acaso no está enterado de los descubrimientos de Lacan, que autorizan a las personas a explorar otras dimensiones del cuerpo y del espíritu sin por ello sentirse perseguidas como dementes? Precisamente basándome en la

polidimensionalidad de Lacan, yo decidí estudiar guiadamente Matemáticas. En realidad, sentí en falta mi educación de Quadrivium, y ya que puedo dominar la Gramática y la Retórica, quise incursionar en la Aritmética y la Geometría: de allí lo del Triángulo de Pascal y el problemario.

La conversación iba tomando un ritmo absurdo. Una enfermera entró en ese momento, trayendo unos papeles: las indicaciones del doctor Montepío: hospitalización inmediata para exámenes completos, tratamiento a base de antidepresivos y estimulantes del apetito, a juicio del especialista, en este caso, el doctor López. Este leyó los papeles y yo también, pues siempre he tenido la facilidad de leer textos desde ángulos incompatibles con la lógica. La enfermera salió, dejando una estela de colonia para bebés: era joven, sonrosada y bonita: como una postal o una propaganda de televisión, pero más apropiada para un pediatra. El doctor me preguntó:

--¿Usted quisiera hospitalizarse?

--No. Yo sólo vine porque tengo algo de fiebre y estoy inapetente, pero mi hijo insistió en todo esto.

El doctor me miró, desvaído. En ese momento, recordé el Psiquiátrico y todo lo que había sido aquello. Cierto que las circunstancias eran distintas, pero ¿qué tan distintas? Un paciente mental es una cosa: no tiene derechos ante los demás: ha perdido su alma junto con sus paraísos y entonces es nada, vaga como en el Limbo. No. No quería hospitalizarme. Empecé a pensar que con mis bromas o devaneos semánticos había iniciado un peligroso juego que podía conducirme otra vez al encarcelamiento psiquiátrico, sobre todo si alguno de estos individuos llegara a conocer mis antecedentes

-- Siento que debería dejarla hospitalizada unos días, para su recuperación. Sin embargo, no es mi deseo forzar su libertad. De todos modos, tómese esto.

Y escribió a máquina unos nombres de medicamentos, unas instrucciones para su uso en papelitos azules, que después selló y firmó muy dedicadamente, como si estuviera aprendiendo a escribir.

--Y, además, vuelva dentro de diez días exactos. En las instrucciones están mis números telefónicos, por si Usted necesitara algo. Pregunté: --¿La cuenta? --No, ya está arreglado. Su hijo...

Me volvió a mirar con sospecha porque él sabía que yo sabía, pero lo que ignoraba era que ese ritual es parte de mi especial cortesía. Antes de salir, me sentí tentada a preguntarle si creía que existían los ángeles. Pero el ángel mismo me empujó fuera del consultorio y me pidió que fuera discreta.

Mi hijo no quedó satisfecho. Hicieron consejo de familia y con su hermano y mi ex-esposo vinieron a verme y trajeron las medicinas. Mi ex-esposo se comporta ahora como el mejor de los amigos. Todo lo que nos separaba quedó atrás. Me hizo prometer que tomaría las medicinas tal y como habían sido prescritas. Acaté y cumplí. Pero no dejaba de pensar, con cierto escalofrío de miedo, que con mi pregunta había activado una fuerza secreta, a fuer de andarme con bromas y rodeos. ¿Me seguirán de ahora en adelante? En el consultorio del doctor López, creo, olvidé mi ejemplar de EL DESIERTO ES FÉRTIL. Nadie me lo ha devuelto, ni espero que lo hagan.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

(1968)

En las fotos, en esas fotos hechas clandestinamente, ellos lucen flacos y duros animales de guerra. Posan con sus arreos marciales, apoyándose en fusiles y, a veces, amenazando a enemigos situados más allá del fotógrafo, más allá de toda percepción posible, y tienen un aire no del todo humano, como de alegoría, como de atmósfera tormentosa contenida: vista en ese momento de fulgor, sentida en la violencia del trueno, y luego apagada. Porque todos ellos están muertos. Cuando se ven las fotografías más recientes de los mismos personajes, uno los percibe desconcertados, perdidos a pesar de su aparente seguridad: son burócratas o empresarios, tecnócratas o negociantes: hombres un poco gruesos de cintura, vestidos con sobrios trajes formales o deportivos y posando al lado de sus mujeres, a veces hermosas y elegantes, y sus hijos robustos y rozagantes, y un perro pastor alemán: símbolo de su decisión.

Efectivamente: ahora son hombres de bien, que se sientan en sillas acolchadas tras sus escritorios y tienen a sus hijos en escuelas privadas y pertenecen a clubes privados y tienen una acción en los resorts de moda. Algunos son diputados o senadores y poseen PHs en zonas lujosas de la capital, y todos los días salen en un carro de placa oficial, manejado por un muchacho mitad guardaespalda, mitad chofer. Son aquellos jóvenes duros, de mirada dura y gestos duros. Aquellos que creían y finalmente están muertos.

Notas para la novela sobre El Pitirre

Lo peor de nuestra historia -decía uno de los ex-guerrilleros que se reunían en el restaurancito- es lo que tiene de callejón sin salida. No hay bases metafísicas que nos apoyen. No hay más remedio que aceptar que en la vida hay fallos, errores: como los que nacen con el corazón en el lado derecho, o los enanos, o los siameses, o los niños sin cabeza. Son cosas que deben ocultarse. Son bochornosas. No parecen conciliarse con la idea de Dios ¿Dónde está la sabiduría de Dios si aparece un feto sin cabeza, o, como en este caso, un revolucionario sin cabeza? En tales casos se echa un velo, no se habla más del asunto. Nosotros somos así. Fenómenos. Seres incompletos. Seres fallidos. Es preferible que nadie hable de nosotros. Somos desconcertantes. Nuestra historia no tiene ningún sentido. No tenemos remedio, ni salida alguna. Nuestra existencia contradice la perfectibilidad humana. Es desagradable y turbador que existan seres como nosotros, cuyas vidas no tienen sentido y a quienes ni siquiera es posible acusar, responsabilizarlos

de algo. Estamos en el limbo de Dante. Por consiguiente, no escribas nada: a los seres como nosotros nos conviene el olvido. Para acabar de pudrirnos discretamente.

02 de Agosto de 1990

¿Tendrá razón todo ese texto reflexivo?

Posiblemente. Posiblemente eso también se aplique a mí misma, pero yo sí quiero escribir estas *Memorias* ni siquiera de antiguas primaveras: aceptar todas mis miserias. Siempre habrá alguien, un morboso lector. O un hermano que se consiga en el texto, en medio de la desdicha. Ante esos podría confesar mis dramas, sentirme liberada, como si los lectores posibles fueran tubos de cloacas por donde se vaya mi sórdido destino. El ángel me incita: escribe, dice, escribe con pasión, dice, no pierdas tu tiempo escribiendo reportajes para los periódicos, o ensayos o ponencias para mediocres congresos donde invitados y asistentes practican una especie de turismo literario: escribe lo que conoces, dice, escribe la ficción que devele tu vida: confiesa que todas tus esperanzas se basan en una mentira y que, sin embargo, aún tienes esperanzas.

03 de Agosto de 1990

Hoy recibí una carta oficial del Gremio de Periodistas recriminándome mis continuas violaciones de la Ley. Esa Ley dice que solamente los periodistas egresados de la Universidad o los que fueron colegiados de facto en los años felices, sea cual fuera su origen, podían ejercer el oficio de: recoger y difundir noticias e informaciones, hacer entrevistas, y bla bla bla, no sé qué más. Ya pasé por esto y supongo que seguiré pasando. He recogido y difundido informaciones desde que yo recuerdo: en periódicos escolares, en hojas sueltas políticas, en espacios rasguñados aquí y allá en periódicos regionales, en revistas internacionales, en pequeños magazines semiclandestinas, en prestigiosos rotativos de metrópolis, en inglés o en español, con lluvia y con sol, en la salud y en la enfermedad hasta que la muerte nos separe. He ganado dinero con eso y lo he hecho de gratis. Noticias. Titulares. Interpretaciones. Resúmenes. Reportajes. Entrevistas. Falsas entrevistas. Mentirosos reportajes. Desentrañamientos de la verdad. Corrección de mis informaciones previas hechas por mí o por otros. Denuncias. De todo he hecho y no me arrepentí nunca de hacerlo desde mis tempranos quince años o quizá menos y hasta el día de hoy. Pero Los Otros no me perdonan ese afán de piratear en sus espacios: no me reprochan inexactitudes, ni me lanzan a la cara malos manejos idiomáticos: dos o tres individuos, generalmente metidos por azar en este negocio, desconocedores del prestigio de Sainte-Beuve, de Larra o de Darío, de Hemingway o de Faulkner, de Truman Capote, o Johnny Dos-Passos, están temiendo porque algún lector

avezado, rarísimo en estos días, pero de existencia indescartable, compare su vulgar estilo de carnet azul, su habitual complacencia con el poder, su estupidez bovina, con la chispeante y encantadora prosa no mía sino la de cualquier otro que se sienta animado con mi mal ejemplo y el mal ejemplo de gente como yo y trate de quitarles de la boca el honrado pan, a menudo acompañado con la mantequilla que les dan los políticos amantes de la democracia y el derecho de información.

Así que habitualmente, con cierta continuidad cíclica que se parece a un evento menstrual, me amenazan con sanciones legales: juicios, tribunales, cárceles, y descargan en sus discursos esporádicos la mala sangre que les produce mi persistencia en lo que ellos llaman abuso, y por supuesto habrá alguno que también haya ido a la universidad, no cabe duda, pero que sigue los ataques por esa vía, o por otra quizá más eficaz y cercana a sus entendimientos: la maledicencia, el susurro de mi terrible reputación en los rincones, el esclarecimiento de mis escándalos, el insulto publicado a página completa, bajo la firma apócrifa de algún heterónimo o pseudónimo cuya máscara es muy endeble como para ocultar la intervención de X, el periodista que por jugador de cuanto juego existe ha vendido hasta el cadáver de su hija, o Z, el que vive por encima de sus expensas y tiene que venderse a sí mismo en el mercado como un mediano puto de los medios, no solamente sábados y domingos, sino días de trabajo y fiestas de guardar, generalmente después del mediodía o cerca de la medianoche. O Y, quien establece una plataforma de poder a fuerza de silencios o divulgaciones según su criterio: antiguo juego practicado incluso por los atenienses en tiempos de Sócrates, antiguo no cabe duda, y seguramente rentable, aunque Y vive con ropas raídas y carro corroído, exhibiendo miserias en el bar del mejor hotel de la ciudad, acompañándose de políticos ambiciosos y putas. Así que por aquí y por allá lo que se ve en el ejercicio, no siempre sino muchas veces, es el chantaje y el comercio con el poder de informar, ejercidos ambos con diversos niveles de destreza, sobre todo ahora, que viene poniéndose en práctica todo el asunto de la autopista de información, claro que no en este pueblo abandonado de la mano de Dios, donde una computadora es vista aún como una especie de máquina-divina y la antena parabólica es usada para ver los matches de lucha libre en el Canal 47 de USA, sino en otros que fingen incluso ser ciudades y donde los managers tienen la sartén informativa por el mango. Y aun así ninguno de ellos, periodistas-empleadillos jornaleros de alguna empresa o de un editor con pocos escrúpulos y muchos edificios, se atrevería a atacarme de frente y dando la cara, a menos que fuera para sugerir: sugiere, sugiere, que algo queda, o para levantar el velo rojo de mis vicios secretos, inventados o reales, a fin de que a nadie le quede la menor duda de que quien intente meterse en esos predios controlados por ellos, los del poder, correrá la suerte terrible de ser oblicuamente difamado o abiertamente amenazado, según sea el día y el sol alumbre. Esa es la cuestión. Así

que archivé cuidadosamente la carta en una carpeta que tengo abierta para esos efectos y donde guardo todas las provenientes del Sacrosanto Gremio, incluso algunas escritas a mano por estresados directivos o con abundantes errores de ortografía, cuidadosamente circulados en tinta roja por mí, para no olvidarlo, o algunas muy amorosas, agradeciéndome mi amable colaboración con algún evento cultural que por un momento me mantuvo a salvo de sus ímpetus resguardadores. y me alegré de que continuara la colección, porque qué sería de la vida si no fuera por estos ratos y los de hambre, como decía mi madre, mentirosamente, claro, porque jamás le vimos la cara al fenómeno del estómago vacío en la casa de San Alejandro.

Miro el reloj. Por primera vez en mucho tiempo soy plenamente conciente de que el tiempo marcha.
Tiquiti-tiqui-tiqui--Tiquiti-tiqui-tiqui--Tiquiti-tiqui-tiqui--Tiquiti-tiqui-tiqui--Tiquiti-tiqui-tiqui--Tiquiti-tiqui-tiqui--Tiquiti-tiqui-tiqui--Tiquiti-tiqui-tiqui-- El tiempo parece una gota erosionante. Suena. Abre surco. Al principio imperceptible. ¿Es un río el tiempo? Pues de serlo sería uno de doble corriente: río en línea recta, corriendo hacia algún océano lejano y río que se devuelve, se enrosca como serpiente buscando morderse la cola. Dicen que el universo se expande irremediabilmente, como ondas concéntricas surgiendo desde algún centro estimulado por un latido primordial. Y ése es el espacio. Espacio espacio. ¿Y el tiempo, entonces, qué es? ¿acaso, como decía el Poeta en los lejanos tiempos de mi juventud, sólo invención de relojeros?

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

(1967)

Ya a los dieciséis años, Francisca Malabar iba a la Universidad. Sus ojos aún se llenaban de lágrimas leyendo LA MADRE, de Máximo Gorki, pero, a la vez, tenía un gusto extravagantemente pequeño burgués por el estilo plástico de la Bauhaus y por escritores como Scott Fitzgerald. Era muy torpe para el dibujo y la pintura, pero amaba con desesperación sus productos, de tal manera que pasaba los fines de semana visitando las exposiciones de la Galería de Arte Nacional y el Museo de Arte Moderno. Escribía una columna semanal en el diario de su pueblo, sobre libros, y obras de arte y temas de esa naturaleza, y algunos de sus amigos la llamaban Poetisa, aunque sus padres, temiendo la inseguridad de ese destino, se empeñaban en apartarla de él. Ahora bien, primero, porque era lo más usual para época, Francisca simpatizaba por la gente de LAS CUATRO LETRAS: quiero decir la guerrilla, el ejército de liberación, la justicia social, la defensa de los oprimidos, la dictadura del proletariado y toda esa mezcla de romanticismo social y marxismo. Cuando el padre se enteró de esa situación, se produjo la ruptura entre ambos, porque él le dijo que o dejaba de andar con esa gente, o él no la seguiría manteniendo, porque el único partido en el cual él creía, dijo, era el del trabajo, y ella andaba violando sus creencias. Entonces, ella no sólo no dejó a esa gente, sino que se comprometió más con ellos, buscó un empleo de maestra por horas y se negó a seguir recibiendo ayuda económica familiar. Como era una excelente estudiante, pudo conseguir, además, una beca, y aprendió a no depender económicamente de nadie desde muy joven. Segundo, al no tener compromisos que la obligaran de alguna manera y no tener dinero para sufragar apariencias, desarrolló hábitos que podrían clasificarse mínimamente de extravagantes: vestía siempre con pantalones blue-jeans y franelas de algodón, usaba boínas al estilo bohemio francés de los 50, zapatos deportivos con medias gruesas y para el frío acostumbraba llevar una chaqueta de lona roja. Usaba el cabello muy corto, casi cortado al rape, y aunque siempre estaba esplendorosamente limpia y, más que limpia, higiénica, era una imagen muy extraña a la mirada. Por falta de hábito, era casi chocante, con su aspecto de muchacho, muy delgada y plana y sin adornos femeniles, era un muchacho. Pero sus gestos eran de gente fina y amanerada, de modo que podía parecer un muchacho homosexual o un andrógino. Es extraño, pero ahora que recuerdo, tenía las manos bastante fuertes y gruesas, no exactamente como las de una mujer, y, sin embargo, estaban soportadas por unas muñecas y unos brazos tan frágiles y delicados que solían despertar la compasión de los que los veían y la hacían llevar siempre mangas largas para ocultarlos. Cabe hacer notar que, a pesar de sus limitados recursos económicos, no dejó de asistir ni una sola vez a la temporada de Zarzuela, ni a los conciertos dominicales en el Municipal, para lo cual disponía de un pantalón negro, una blusa de seda escrupulosamente blanca

y un sweater tejido de algodón negro, que usaba con un prendedor de oro en forma de hoja, y esas eran sus galas. No era precisamente ahorrativa. Muy capaz para cubrir sus gastos y juntar extras para pagar las entradas al cine y los abonos y los libros. Rigurosamente ascética, ferviente creyente en la moral comunista, tampoco bebía, ni fumaba, ni consumía estupefacientes. Pero esas eran interioridades de su vida que doña Sara, su madre, siempre ignoró. Porque para ella, después de que salió de su casa con gestos tan destemplados, Francisca se había perdido.

[Porque, además, Francisca, dice el ángel, llevabas el pecado adentro. Lo llevabas como un gusano que te corroía. Como una maldición. Fue por tanto ser deseada. Por ser tan desesperadamente deseada por tus padres, por lo que Dios impuso esa condición sine qua non. Fue por ser tan alabada y cantada. Desde niña te dijeron que eras inteligente y que serías una estrella o una doctora o una presidenta de la república. Y te lo creíste. Leías y te preparabas para un Gran Destino. Hasta soñabas con eso todas las noches. Y eso fue lo que te llevó a la perdición. Así, fue necesario que el Señor te impusiera también sus plagas y enfermedades, a fin de quitarle vigor a tus miembros. Eras flaca y endeble como un junco del lago y con el pelo escaso y liso. Eras tan frágil que parecía que te íbas a deshacer con el hálito del viento. Vomitabas a cada rato, y tenías esas prolongadas fiebres que daban palidez perpetua a tu rostro. Y, aun así, eras extrañamente hermosa. Como una jarra de cristal de Bohemia, exiliada reina. Los que te rodeaban aspiraban siempre complacerte. Hay pasiones ardientes como brasas encendidas y hombres y mujeres impuros que las portan: todo alimento es para ellos insuficiente, porque no se sacian hasta que mueren. Tú portabas, Francisca, desde niña, ese tipo de pasión. No obstante nunca lo supiste].

04 de Agosto de 1990

Cuando me fui de la casa de mi ex-esposo, esa noche decisiva después de la última golpiza y los insultos, saqué del banco mis ahorros, renuncié a mi empleo y me planifiqué mi suicidio. Estaba decidida a hacer un largo viaje, alojarme en un hotel cualquiera y morir a solas. Me enterrarían entonces en una tierra extraña, tierra sin consagrar y cargando mis gastos a la caridad del Estado. O dejarían mi cuerpo en el hospital y me cremarían después de aprovechar mis partes aprovechables. O estaría al arbitrio de los camilleros de la Morgue o los estudiantes, que despedazarían y vejarían esos restos mortales, mientras de alguna manera comenzaba a salvarse mi alma inmortal.

Una noche de Agosto me monté en un autobús con el supuesto objetivo de llegar a México cumpliendo una rara y larga travesía que fijé con cuidado en los mapas. Yo tenía los

intereses de un viejo fideicomiso que mi padre me había dado mucho tiempo atrás y algún dinero proveniente de las prestaciones y los ahorros. No tenía compromisos y pensaba que el tiempo sería breve. Llegué hasta Paraguaná y allí permanecí algún tiempo. Atravesé paisajes hermosísimos y llenos de magia: playas maravillosas, desiertos. Y luego Colombia: los paisajes andinos, los pueblos de cromo, la tierra caliente hacia el norte, en tren desde Bucaramanga. Flores. Olor penetrante de vegetación húmeda y sonsonetes lingüísticos. Crucé el mar, vi los fangos de Panamá y sus modernismos extemporáneos. Me adentré en la tierra de los volcanes. En el trayecto, conocí a Roberto. Lo conocí, viví su aventura hasta que cada uno decidió qué iba a hacer con su vida, y él se decepcionó porque no lo seguí hasta donde él quería que lo siguiera. Pero ¿podía seguirlo?

Después, la asunción de la soledad y la vida en México. En realidad, no me sentía mal allá. Tenía algunos amigos, iba a fiestas, a exposiciones de pintura, a conciertos. Leía. No era una vida muy apasionante, sino más bien un espacio pacífico donde uno podía realizar su trabajo con cierta holgura y libertad. Pero sufría la inquietud del emigrante: añoraba paisajes, sabores. Me angustiaba no tener noticias exactas y puntuales de lo que yo creía que era mi patria, de mis hijos. Uno se inventa historias y geografías. Las embellece en la distancia. Las va acariciando hasta que su belleza se hace insoportable. Y entonces ya no basta con el recuerdo, sino que es necesario tocar. Quizá la nostalgia es una forma de la neurosis. Una enfermedad mental, falsificadora de lo real. Un recurso mediante el cual se adopta la virtualidad en vez del patrón original: el modelo idealizado en vez de aquello que modeló. Entonces, un día, por nostalgia, volví. Sin avisar a nadie. para que nadie me esperara. No obstante secretamente yo quería que hubiera alguien. Pensaba en mis hijos. Pensaba en un re-encuentro vívidamente emocional.

Pero era mentira y al re-encontrarlos no pude ni reconocermes en ellos ni entender su lenguaje. Fue una desilusión comprobar que yo no era indispensable y ni tan siquiera necesaria: que cada quien había sobrevivido como había podido y que desde hace mucho tiempo atrás esos muchachos habían dejado de ser mis hijos. Tal vez eran hijos de su padre, o hijos de nadie, o hijos de sí mismos, criados sin presencias maternas/paternales cercanas, con bastante uso de su libertad. Lo cierto era que entre ellos y yo había una distancia enorme. Porque no estaba solamente dada por los cuatro o casi cinco años de alejamiento, sino también por la famosa brecha generacional, que ponía un farallón entre sus intereses y los míos. Eran dos, varones, totalmente distintos entre sí. Su juventud no recordaba para nada mi propia y lejana juventud. Por lo demás, aquel que desee conocer las naciones extranjeras y que, de regreso en su patria, quiera establecer allá su fortuna, debe decidirse a soportar algún sinsabor, dice la cita de Carsten Niebuhr que abre la versión de ADÉN, ARABIA. No nos engañemos una

vez más: no sé quién es este Niebuhr, aunque he leído más de una vez ADÉN, ARABIA, buscando los ecos de la revolución que jamás pude encontrar de verdad. Ayer vi una película cubana y todavía sentí el asombro de lo que un pueblo sin otro recurso que su fuerza interior, puede hacer: nosotros, los de mi generación, teníamos también fuerza interior y la tratamos de alimentar con teorías: qué importan los nombres. Y ahora, cuando las ideologías se están borrando de los directorios raíz de la conciencia histórica, atacadas por una especie de virus, nos hemos ido quedando sin nada: sin asidero: sin nada. Eso, creo, también le paso a Paul Nizan, pero ya no importa. Me preguntaba a menudo si había sido necesario recorrer un camino tan largo para descubrir verdades cotidianas. Al regresar, supe que muchos las habían descubierto sin salir de los límites extendidos de este pueblo. Pero no me arrepiento, por supuesto.

En cambio, deploro el haber regresado. Sé que mis oportunidades de crecer están limitadas por la mezquindad del tamaño de este lugar. Uno no puede entender cómo es posible que en esta inmensa llanura se haya enclavado un asentamiento con tanta mezquindad. Hay un cierto criterio de ahorro, de avaricia espacial y temporal: las viejas urbanizaciones son: o abigarramientos de casas en calles sin orden y sin concierto, o rigurosas cuadras propuestas por los técnicos de La Compañía para asegurar una teórica justicia en la distribución de los terrenos y facilitar el acceso a los servicios. Y entonces uno ve las fachadas pegadas. Innecesaria, torpemente pegadas. Promiscuidad de casas enfrentando la calle, sin resquicios para la intimidad. Obscenamente, uno ve a veces las hileras de sillas disímiles sobre la acera. No hay jardines exteriores donde se exhiban las flores. Una pared, dos ventanas y una puerta. A veces, un porche enrejado. Jaula. Concesión a los tiempos. Y las nuevas urbanizaciones son casas con un maquillaje de techados de plástico y columnas prefabricadas que las hacen superficialmente atractivas, construidas en lugares resguardados por muros y perros y guachimanes, cada una en su pequeño terreno, para que cada familia tenga su pedacito de jardín y su lavadero, exactamente iguales en lo posible. Para que cada familia tenga dos niños y un perro que sirvan de complemento a los dos adultos trabajadores, macho y hembra por lo general, mas no necesariamente. Y algunas veces, en el medio de la urbanización, o a un lado, se levanta la lujosa y enorme casa del dueño de todo: el castillo del castellano, que, imposibilitado de tener una colina para él solo, busca la manera de destacarse entre aquellos sus clientes, sus vecinos, sus súbditos, llenando su casa de nichos arquitectónicos, todos los que el dinero puede comprar: torrecillas y fuentes y pisos y pisos elevados. Y cada nueva urbanización compite con la anterior en signos exteriores de prosperidad: un centro comercial diminuto sólo para el uso de los consumidores especiales de ese espacio. O un club exclusivo con piscina de agua tibia. O una cancha de tennis. Y así. Pero también eso hace que los sistemas de aislamiento se

sofistiquen más: y haya cámaras de circuito cerrado y palabras claves que se deben decir al guachimán y todo eso. Y en la ciudad hay también edificios compactos: cajitas de mediano tamaño hechas de cemento y plexiglás. Y luego está la gente que todo lo mide y lo pesa en función de ganancia social o monetaria. En términos de parcelas de poder. En términos de competencia. La gente siempre anda observando qué cosa nueva llevan los otros: vestido o mueble o artefacto electrodoméstico, para correr a buscar uno igual, o más moderno. La gente siempre se anda preocupando de cambiar hacia lo que está de moda, para deslumbrar al prójimo. Las reuniones políticas y las misas son desfiles de apariencias. El asunto es así: tanto tienes, tanto vales. Y tal vez esta mezquindad provenga de la condición de pueblo petrolero. La gente aquí piensa que por vivir en buenos términos con los objetos a los que está alienada puede ser feliz. La gente aquí piensa que mientras más objetos tenga mayor será su posibilidad de tener acceso a la felicidad. El objetivo fundamental de la vida de la mayoría de la gente aquí es conseguir un empleo en la Compañía Petrolera, y de esa forma adquirir no sólo prestigio en sociedad y buen ingreso económico y hasta prebendas, sino, lo más importante crédito para comprar todo lo que haga (y no haga) falta. No hay conciencia de pueblo, de comunidad, sino de algo que se habita para poseer: el gran mercado donde todo es desechable, donde nada es permanente. No hay referencias heroicas. No hay una epopeya, aunque quizá la hubo: ese origen que concentró gestas de obreros y de prostitutas, No obstante es soslayada porque no parece conveniente para la imagen que se desea vender. Las mujeres se pintan el pelo con reflejos de oro y los hombres llevan impecables camisas bajo el terrible sol. Automóviles último modelo circulan con los vidrios ahumados y los ocupantes envueltos en la climatización artificial. Y los peatones, los pobres seres que andan a pie, se detienen ante las vidrieras para mirar rosadas fantasías donde desentonan indispensablemente vigilantes armados vestidos de azul, rojo y gris. Vigilantes con escopetas recortadas. Armas viejas y terroríficas en manos de hombres morenos, con bigotes y cabello corto, las caras marcadas por los viejos surcos de quien no tomó suficiente leche en la niñez. Hay vigilantes de esos por todas partes, cuidadores de los tesoros. Porque las multitudes rondan los tesoros. Son los seres periféricos, expulsados de la ciudad. Los enemigos. Los resentidos. Los rechazados. Ante ellos la clase-media, portadora del estandarte del progreso y las buenas costumbres, debe defenderse, dicen, porque últimamente han crecido los barrios, esos shanty-towns, qué horror. La sagrada clase-media, sostén de la democracia, fuente de todo avance. Todo aquí en Santa María es en verdad un enorme altar lleno de los íconos del Reino de la Clase-Media. Cursilería. Perversión del petróleo. Hay una high-class ascendida desde las pequeñas tiendas de mercaderías o los restaurantes o las rapacerías en torno a los políticos o por eso que llaman ejercicio de una profesión liberal transmitida de padres a hijos y hasta los créditos para sembrar la tierra. Porque

tienen sesenta años viviendo por estas calles, ellos son los aristócratas del pueblo: la élite dirigente, y la gente se inclina a su paso y al de sus hijos y sus nietos. Porque es un hecho que todo el mundo en todo el mundo añora una estirpe y un monarca y una bandera y esas cosas. Pero los verdaderos dominadores son esos enmascarados sin rostro, los funcionarios que dirigen sus parcelas desde el interior de las frías oficinas de La Compañía Petrolera. Esa gente de nombres propios circunstanciales.

Y a este infierno terrenal yo regresé. Voluntariamente, además. La minúscula sociedad pueblerina retomó mis pecados conocidos, con la intención oblicua de hacérmelos sentir: los virtuosos me saludaban primero y luego hacían ostentación de su virtud. Los viciosos me hacían guiños desde la barrera, invitándome a reunir mis escasas fuerzas y saltar a su territorio. Comencé a trabajar en la oscura redacción de un oscuro diario. Tal vez soy injusta: la costumbre había quitado el brillo a aquellas mentes otrora agudas y ágiles: eran como viejos dinosaurios, importantes por lo que representaron, importantes también por su condición de vestigio del pasado, pero definitivamente estériles y condenados a la extinción. Traté de trasladar un brillo de árbol navideño, un aire festivo, a todas aquellas aburridas notas de prensa internacionales que me tocaba revisar, desenrollando rollos de papel salidos del télex. Era un trabajo sin agotamientos, pero erosionante. Finalmente, lo dejé, sin pena alguna y con alguna gloria pueblerina. Me dediqué a escribir crónicas como free-lance para algunos periódicos y revistas del exterior y artículos semanales para el mismo diario local. Debía mantenerme a mí misma y me sentía comprometida a contribuir con algunos gastos de mis hijos. Me atrapaba la red de culpabilidad que ellos, inconcientemente, me recalaban con su sola presencia, con algún comentario inocente sobre un deseo o una carencia. Podía trabajar en la casa, aprovechándome de mi prestigio y de mi talento, a pesar de los escollos legales que de vez en cuando aparecían, pero era necesario que tuviera un empleo, algo que me permitiera más holgura y no esas apretaduras existenciales tan terribles. Sin embargo, todo me remitía a la espera.

Traté entonces de comenzar a escribir una novela: *la novela de los pitirres*, siempre soslayada. Comencé a recoger apuntes. Algunos servían. Descubrí en el camino secretos infamantes. Y volvieron los miedos. Después de todo, no es fácil vivir sola, aunque tampoco es fácil vivir acompañada: el otro siempre tiene exigencias que alteran la estabilidad del *partner*. Yo era en ese momento una mujer de casi cuarenta años, desconfiando de todas las personas a las que deseaba atraer, esperando sus insultos, aunque sin estar preparada en realidad para afrontarlos, e intentando sobrevivir. No podía acudir a ciertos sitios, debido a los recuerdos que me suscitaban. Ni a otros, donde la atmósfera podía serme sumamente hostil. No podía

permitirme el esfuerzo que significaba renovar mi vestuario o teñirme el pelo. Todo era en ese tiempo excesivamente agotador. Más de lo que es ahora, incluso.

Entonces, y era el principio de 1989, conocí a Lorenzo, músico del pueblo, mas no popular. Talento de la región, eso que dicen. La sociedad cultural de Santa María le había creado expectativas y él se pensaba y se soñaba y se deseaba reconocido compositor o director de famosas orquestas o yo no sé qué cosas. Y alguien le susurró que mediante mis contactos con los periódicos y con gente en el exterior, tal vez sería posible. Así que se acercó a mí, pensando indudablemente: quizá si me acuesto con esa vieja yo podría conseguir alguna ventaja y después de todo ella no está tan mal. Me precedía la reputación de viciosa y galante. Mezcla de la dama de las Relaciones Peligrosas del Abate con la Monja Sabia de Boccaccio. Y yo lo vi venir y lo dejé hacer, midiéndole los pasos. Ambos mentimos, por supuesto. Pero yo estaba conciente de las consecuencias de mis mentiras, en tanto que él, más joven y obnubilado por la fe suprema en su propia astucia, procuraba mentir sin que yo me diera cuenta. Fue divertido. Lo exhibí como cosa conquistada, y el escándalo pueblerino nos arropó. En realidad, a poca gente le extrañaba: todo el mundo esperaba de mí una conducta amoral, la violación de los valores, el irrespeto por todo lo establecido. Cumplí las expectativas. Su matrimonio se sacudió en un proceloso mar de ambiciones y pasiones. La célula social actuó: la esposa y sus amigas atacaron con furor. El músico se sintió acorralado. Confesó *vox populi* que yo lo había atontado, que lo había perseguido, que él era una víctima de los manejos de una mujer experimentada y sin escrúpulos. Eso dijo. La sociedad de Santa María me miró con burla. Putona y rechazada, para completar el cuadro. En los salones, en las salitas y las alcobas se hicieron corrosivos comentarios. La joven esposa y sus jóvenes amigas aparecían nimbadas con la luz de su legitimidad y su purísima virtud. El escarnio se abatió sobre mí. En un aparte del sainete, el músico me dijo cierta vez, ocultándose entre las sombras de un rincón, que él me amaba, y que lo perdonara, pero que su espíritu era demasiado débil para afrontar el reto de una relación así. Y se quedó en ese rincón mientras yo me alejaba, volviéndole la espalda y me internaba entre el pasillo de los espectadores que me lanzaban desdén y escupitajos. El sufrió, porque de pronto su quieta existencia se veía agitada entre el cumplimiento de su único gesto de audacia y la necesidad de mantener el equilibrio. No obstante yo también resulté severamente herida. En el fondo, muy en el fondo, yo hubiera querido apostar a la realidad de que alguien me amara. Hubiera querido que no fuera únicamente un juego de argucias. Y aun así, lo que podría excusar todo el asunto es que no hubo maldad. Estoy segura de que no hubo maldad. Hubo ambiciones, eso sí. Hubo de mi parte el deseo de ironizar, de sentar mis diferencias vitales con respecto de esa sociedad. Y hubo un tenebroso afán de castigar (¿qué?) De hacer purgar algo soterrado y afanoso en mi interior.

Y finalmente olvidé todo el asunto, atraída por otros intereses y preocupaciones. Aunque sé que dejé una estela de heridas por todas partes. Sin razón.

A veces es así.

Sin razón.

14 de Agosto de 1990

Hay gente que me ha preguntado por qué razón no volví a casarme. Pareciera como si una mujer sola se convirtiera en un signo de fracaso social. Porque ¿dónde queda la célula principal? Una mujer sin marido es como una terrorífica araña: tejiendo pacientemente, siempre atrapando algún ser desprevenido y chupándolo hasta dejarlo como un trozo de algo reseco y sin brillo. Una mujer sin marido es un peligro para otras mujeres: una rival potencial. Pero también es un peligro para el poder de los hombres: la muestra palpable de que es perfectamente posible sobrevivir sin su protección. Tener un marido es la condición lógica de una mujer, a menos que sea una viuda entrada en años, con hijos aún en la casa y sin muchos recursos, es decir: un mal negocio que es necesario llevar adelante con un mínimo de decoro y dignidad. De no ser así, una mujer debe buscar un hombre que la represente, que le dé respetabilidad social, incluso si ésta fuera oblicua, como en el caso de que se tratara de un hombre casado que le montara casa, le diera protección, y que le aportara un ingreso regular. Es decir, una mujer que decide no tener marido alcanza la convicción de que está capacitada para auto-representarse y para auto-mantenerse, lo cual es altamente peligroso, contraproducente y subversivo. Sienta un precedente.

Sin embargo, y aunque eso sea contrario a la no escrita Ley, no menos avasallante y amenazante que la de los periodistas, yo prefiero no tener un marido: no tener en casa un señor al cual deba yo cocinar, al cual deba mantener yo las ropas limpias: alineados los trajes, refileados los pantalones, planchadas las camisas, cálidas y perfumadas las franelas, las camisetas, las medias, los interiores y los pañuelos, llenos los frascos de perfume, a tiempo la pasta de dientes y el cepillo renovado, escrupulosamente pulidos los zapatos, al día la correspondencia, correctamente llevada la agenda de eventos importantes, al cual yo tenga que acompañar a ciertos actos sociales o al cual yo deba esperar cuando desee andar solo por la ciudad y el mundo, a cambio del mercado quincenal, el pago de alquiler y servicios, gastos personales incluidos, a cambio de hacer el amor una o dos veces por semana, y hasta parirle algún hijo si se diera el caso. Un marido significa horario que cumplir, aspecto físico que atender (pues sería preciso que adecuara el mío al suyo, sin sombra de duda, y ganara así su aprobación) y largos cuidadosos silencios que llenar con ondas de amor e interés. El doctor López me preguntó si en el camino no había encontrado un hombre que me gustara. Muchos,

me temo. Pienso en las arañas. Hay un poema, hay un dicho: balada del matrimonio y luego ese dicho acerca de arañas y solteronas. Aterrorizante.

Encontré el poema en un viejo libro azul, muy lujoso. El poeta es un irlandés llamado Jimmy Simmons:

*Este dulce, misterioso país, cuerpo de mujer
explorado por mi mano derecha
¿yo soy el primero, esposa, que irrumpe
en esta silenciosa tierra?
Ella dijo que no había sido una puta,
pero que había estado con otros hombres.
Yo había estado con otras muchachas también,
pero estaba temblando, odiando
a esos hombres, y a ella, y veía
todas sus historias titilando ante mí:
primero sentí fascinación, luego disgusto
primero sentí dolor, después un brote de asco.
Jugando con las palabras
como juegan los niños
con juguetes que han sido divertidos
pero ahora son peligrosos leones y tiburones
y pequeños revólveres que pueden matar
Libertad y Fe, todo eso por lo que juro
y siempre he defendido
se convirtieron en cargas que no podía soportar
¿Pues podían las mujeres ser dignas de Fe y Libertad?.
Cuando ella estaba bajo de mi cuerpo la veía
temblando de deleite
en los lechos y los carros de otros hombres
y me sentaba toda la noche imaginando
que miraba su blanca cara llena de desesperado amor
por causa de algún hombre que ya no estaba allí
Para contener tanto dolor, congelé mi amor
Leí mucho más
y pensé solo y hablé con mis amigos
hasta las 3 am y las 4
llegaba a la cama envuelto en el vapor de las cervezas
y evadía el estar cerca de ella.
Y ella lloraba mucho y suplicaba, sorprendida,
extrañando el amor que yo no le entregaba
¿Amor? ¿Qué era el amor? Yo sólo sentía
la muerte del amor pesar sobre mi espalda.
Y sin embargo, permanecemos juntos mucho tiempo
sin vergüenza y por hábito,
y vinieron los hijos.
Libros e ideas y charlas con los amigos no son drogas
en algún momento, todo
duele y acusa:
¿dónde esperas ir?*

*¿qué estás perdiendo?
Y decidí enfrentarla y escuchar sus mentiras
y así tuve que mirarla a los ojos
tan verdes como praderas doradas por el sol
donde nada parecía ser lo que era
tan tiernos, acariciantes, alegres
internándose en mí.
La familia ondula a lo lejos
como una visión beatífica
El orgasmo no es importante, dije
ni el amor
El matrimonio es este juego de convenciones y mentiras
sólo este largo y gradual día de boda.*

Mi hijo mayor ha estado llevándome con cierta regularidad a ver al doctor López. Yo creo que le preocupa que pase de períodos de extrema inapetencia a períodos de apetitos desaforados. Si el doctor López pudiera leer estos textos clandestinos, estoy segura de que me citaría una vez por semana para conocer los vericuetos que a ellos conducen. Aunque sería inútil, pues ningún hombre puede entender los sufrimientos por los que pasa una mujer sola y entrada en años que lo ha ido abandonando todo, que ha sido paulatinamente abandonada de todos y que aún reclama los prestigios que corresponden a una mente prodigiosa, enfrentándose a una sociedad carente de imaginación y llegando a encarnar el síntoma de la incomprensión y la desconfianza de los hombres contra las mujeres y de las mujeres contra los hombres.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

(Julio, 1988)

Yo soy en la foto, por supuesto, la viajera que llegaba. Es una foto ligeramente desenfocada, pedida a un transeúnte, pues nadie había ido a recibirme. Debía estar tratando de asimilar el paisaje, pero por la cara de desconcierto, no parecía tener buenos resultados. A decir verdad, esa viajera quería ver las cosas como la vería un narrador. Y, sin embargo, aquellas no eran ficciones sobre el papel.

¿A qué país estaba regresando?

¿Por qué no había querido quedarse con la gente de Gaspar Ilom, asumiendo como un todo los ideales de la juventud, liquidándose entre las selvas más profundas, en vez de buscar la excusa de la estirpe perdida? ¿Es que no la había convencido siquiera la muerte de Roberto?

En la calle flotaba ya el olor con que se inicia la descomposición: era suave, ligerísimo, de gas que brotaba de los pozos petroleros, alejados hace tiempo del pueblo, pero aún vivos, palpitantes.

Reflexiones después del viaje:

Durante mi viaje por las tierras de los volcanes, Tu Presencia me acompañaba. No sólo caminabas y dormías a mi lado, sino que también determinabas mis decisiones. No puedo decir ahora si fue una equivocación no haberte hecho caso hasta el final. Todo lo que pueda decir, sólo es posible escribirlo: recuerdo mi temor, una tarde cuando el sol se ponía, en un hotel de Guatemala, cuando la mujer rubia enfocó contra nosotros su cámara fotográfica y disparó. Antes, una novela de espías, una de esas ilustradas y baratas, aparentemente olvidada en la mesita de noche, nos había puesto sobreaviso a Roberto y a mí sobre la presencia inmarcesible de algo indefinible: ¿amenaza? ¿advertencia? ¿de dónde provenía en todo caso? La trama contaba la historia de una pareja de simpatizantes de los sandinistas que llegaba a un sitio cualquiera de Centroamérica donde se celebraría una gran conferencia internacional, con la intención de asesinar al Presidente de los Estados Unidos, y eran capturados y torturados por un grupo parapolicial, por la CIA, por gente así, y el hombre moría en medio de las torturas, en tanto que la mujer se volvía loca y era encerrada en un hospital para siempre. Y luego, cuando regresamos de la excursión, fríamente ejecutada para simular nuestro viaje turístico usual, el equipaje desperdigado por toda la modesta habitación: ¿nos cambiamos o no de hotel?, pensamos, y decidimos quedarnos, porque no teníamos nada que temer. Pero el miedo era terrible. Yo sentía el miedo instalándose en mi esqueleto, que lo absorbía como si los huesos fueran esponjas absorbermiedos. Recuerdo de aquellos días el mar azulísimo entre dos realidades y el cadáver del mercenario rubio, de espaldas, ya agujereado por las moscas y los gusanos, a veinte metros de la cabaña donde había asesinado doce niños. Recuerdo las monjas que no lloraban, violadas por los soldados de un grupo explorador, orando desesperadamente en la catedral de Tegucigalpa. Recuerdo un negro despampanante y lujoso, paseando entre un rebaño de doradas muchachas canadienses por la plaza de San José. Y, en el medio de todo eso, Tú ibas, ajeno al olor de la pólvora, recomponiendo los caminos, haciendo acrobacias con la esperanza. Recuerdo, finalmente, a Adelaida Stevenson, llena de agujeros de bala, agonizando en una camilla bajo el techo de hojas de la selva cerrada de Nicaragua. Muchacha cubana. Médica graduada con honores: ¿qué hacías tú, Adelaida, metido en estos mierderos, en el propio ojo de esta guerra? Y me dijo: -Es por el Ché. Y claro: es por el Ché.

Y así todo largo tiempo. Regresar. Volver a pisar el hogar. Tener la ilusión de que el tiempo, en una minúscula percusión, nos va a devolver juventud, belleza y, sobre todo, fe. Los jardines memorables lucían sus frágiles cayenas. Las palmeras crecían, altas y secas. Rectas por la falta de brisa que las curvara. El pueblo continuaba somnoliento. Que no me vuelvan a contar la historia de los viajes salvadores. Yo sé a qué atenerme en cuanto a partidas y regresos. Estuve presente en las imágenes

desteñidas de la muerte. Estuve a punto de renunciar al mundo y a sus pompas y vanidades para pelear una guerra inacabable. Tuve profusión de visiones. Y, finalmente, regresé a los mismos que me habían hecho partir. Eso es exactamente lo que quiere decir librarse de Escila para caer en Caribdis. Podría sacarse de allí una razón para arrancar a viajar y convertirse en Errante. Pero no estoy segura de que quiero conocer la ausencia de esperanza de los vagabundos. Creo que no: el barco parte de nuevo desde el muelle y se va sin mí. Una vez más, he optado por un lugar tranquilo y una hermosa ocasión de practicar mi condición humana. Ese es el verdadero viaje, creo. La verdadera errancia: una serie de desesperaciones irreparables.

15 de Agosto de 1990

Hubiera podido quedarme en México, también, asumiendo mi vida de periodista *free-lance* bastante bien pagada. ¿Qué me quedaba? Durante mi ausencia habían muerto mis tíos y mi padre y mis hermanas se habían desperdigado en todas direcciones, divididas entre ellas. Ni siquiera sabía adónde escribirles, si es que hubiera deseado hacerlo. Nuestra relación siempre fue distante, como si perteneciéramos a especies diferentes. Como si habláramos distintos lenguajes. A veces tuve la impresión de que yo era la intrusa, recogida tal vez, avizorada como una eventual tabla de salvación que después perdió su utilidad. Poco tiempo después de mi regreso, recibí un oscuro telefonema en la redacción del periódico: una voz lejana, fría, anónima, me avisaba de la muerte de mi madre: el entierro sería esa misma tarde en otra ciudad, lejana. ¿Cómo me ubicaron? ¿Quién lo hizo y para qué? Dudé mucho, pero al fin decidí invitar a mis hijos y tomar el avión. Dos horas después estábamos en una ciudad desconocida. Tomamos un taxi hasta el cementerio. Y luego allí caminamos entre las cuadras y cuadras de tumbas, revisando los grupos para ver si divisábamos alguna cara familiar. ¿Para qué, me preguntaba? Ni siquiera me había vestido de negro, sino de un discreto gris, para no hacer el ridículo del todo. Casi estaba oscureciendo cuando encontramos la ceremonia. Los enterradores ya estaban terminando su tarea, lanzando sobre la plancha de zinc paletadas de cemento mezclado con agua y arena. Mis hermanas formaban tres grupos diferenciados y compactos rodeadas de sus hijos y sus deudos y sus amigos. Una de ellas había llevado una banda musical, pues su nueva religión, alguna variante del cristianismo, se lo solicitaba así, y aquella gente parecía inmensamente alegre bajo las sombras cada vez más cerradas y ominosas: cantando con acompañamiento de guitarras, gritando, casi aullando: ¡aleluya! a cada instante, mientras los demás grupos lucían aspectos compungidos y tristes. Una de mis hermanas se me acercó para saludarme y me dijo mejor que no viste a mamá, porque estaba tan acabada, tan flaca, tan desnutrida, que para rellenar la urna, la más pequeña que encontramos, y para que el cadáver no se moviera, tuvimos que ponerle alrededor sábanas y se enjuagaba las

lágrimas discretamente con un pañuelito rosado. Había un reproche implícito en sus palabras. Escuché. Pero ¿estaba dirigido hacia mí? No. Vi sus aspavientos, sus gestos. Los hijos la rodeaban. Me saludaron tímida, curiosamente. ¿Por qué ella llegó a ese estado?, pregunté. Y obtuve vagas respuestas: todas ellas se reclamaban entre sí. Depresión, dijo la que la había atendido hasta su muerte. No quería comer. Quizá se sentía culpable, señaló otra, oblicuamente. Las gemelas, en otro tiempo tan unidas, ahora parecían perros a punto de disputarse un hueso con bastante carne fresca, sangrante. Entreví una lucha. ¿La herencia de mi padre, tal vez? Eso era algo de lo que yo jamás había podido tener conocimiento, excluida por ellas, por todas ellas, incluyendo a la que acababa de bajar a la tumba, de cualquier decisión familiar. ¿Era mucho dinero el que peleaban? Tampoco me interesaba ese asunto. Nos despedimos cuando comenzaban a brillar las primeras estrellas. Hubo entre los jóvenes, entre mis hijos y sus primos, como una cierta pena por esa despedida. Parientes cercanos que jamás se conocerían lo suficiente como para refrendar los nexos de la stirpe.

Esa noche estuvimos en un hotel. Cualquiera. Modesto. Cuando me quedé sola, intenté buscar dentro de mí el dolor ése: la orfandad ésa que dicen que uno siente. Mi madre había muerto y en alguna parte yo debía tener una herida profunda, un dolor profundo: la placenta se había desprendido definitivamente. Nada quedaba de aquella en cuyo vientre una vez había yo encontrado el Paraíso, y entonces. Pero no. No sentía nada. Me dormí tarde, acalorada y mal. Por la mañana regresamos en el primer avión. Todo estaba consumado.

A:\FRANCISCA.doc

NOTAS DE VIDA Y MUERTE

Archivo de WORD 6.x

Título:

HALLADA EN SU CASA FRANCISCA MALABAR
MUERTA EN EXTRAÑAS CIRCUNSTANCIAS

Fecha: 12 de Febrero de 1992

Indicación: Alto Derecho/ Pag. 15/ Cuerpo C/ Con llamada en primera.

Santa María, Especial/ Pedro Marrero

El cadáver lo encontraron siete días después. En realidad, nada excesivamente patético: soledad bastante discreta. Signo de los tiempos. No hay que olvidar el asunto de aquel anciano inglés al que encontraron seis años después de su muerte, sentado en la sala de su apartamento. Lo único notorio entonces fue que había dejado de pagar sus impuestos. Pero irrumpieron en su casa no debido a eso, sino más bien a causa de una fuga de agua denunciada a los Bomberos. En este caso, el nexo telefónico se había roto: el teléfono sirve para mantener una saludable relación entre padres e hijos en medio de esta sociedad acelerada. Es útil, aséptico y evita la molestia de una visita: el traslado, el rito social, el encaramiento. Y si nadie responde a las llamadas y no hay falla humana ni corte de por medio, entonces, indiscutiblemente, algo pasa y es mejor investigar. Siete días es una medida temporal suficiente para comprender cuál es el límite entre la discreción y la tragedia.

Todo esto es porque esta mañana llegó de la Policía una nota de prensa, no demasiado destacada, donde se habla de la muerte de Francisca Malabar. El secretario de redacción me la pasó, considerando que yo, como redactor de notas culturales, debía ocuparme de profundizar ese asunto. Contrariamente a lo que cabía esperar, no fue un suicidio. El parte dice que sufrió un ataque cardíaco mientras se bañaba. La descubrieron siete días después, por el desconcierto de sus familiares y por el olor, que aún era leve y dulzón. El agua de la regadera cayó generosamente sobre su cuerpo desnudo y cuando la encontraron, toda ella aparecía reblandecida y blanquizca. Era como una masa silenciosa bajo el agua, los cabellos escasos y canosos pegados al cráneo, un brazo cruzado bajo el cuerpo y el otro, extendido, sosteniendo aún la esponja, la mano un poco crispada. Tenía un hematoma en la frente, posiblemente causado por el golpe contra el piso, lo que pareciera demostrar que estaba muerta ya cuando cayó. El cuerpo yacía boca abajo y toda su escueta y gastada desnudez se había cubierto así con una especie de pudor. Una pátina verdosa iba floreciendo en sus carnes muertas. Los gusanos no habían podido aparecer en todo su esplendor, pese a los días transcurridos desde el final. El agua todo lo lavaba, todo se lo llevaba hacia las cloacas de la ciudad que nunca había entendido el duro talento, la absurda incapacidad de sobrevivir como todos los demás lo hacemos que había en ese espíritu que imagino lleno de fuego e inteligencia.

Por lo demás, dicen que Francisca Malabar acostumbraba bañarse cuatro o cinco o más veces al día, y sobre todo lo hacía cada vez que regresaba de la calle. Un afán de borrar huellas, de limpiarse de sustancias invisibles, insensibles para otros, pero nítidamente sensibles para ella. Al parecer, el día de su muerte acababa de regresar del supermercado: magras bolsas de comestibles depositadas en la cocina así parecen asegurarlo. No quiso guardar nada antes de asearse, como era su costumbre. La muerte la sorprendió.

Hoy han traído varios avisos fúnebres: condolencias oficiales a sus familiares: Gran intelectual. Colaboradora con las artes y la cultura. Extraordinaria cronista de la realidad. Mujer inteligente. Sembradora de inquietudes. Promotora de valores. Ya no importa cuanto se diga de ella. Dejó de ser incómoda. Mientras vivió, fue como uno de esos objetos exquisitos de Art Deco: precioso, elaborado, estéticamente válido, No obstante incongruente, inútil y a la larga molesto por inubicable. A pesar de sus múltiples conocimientos, habilidades y destrezas, jamás pudo obtener un empleo estable, una remuneración satisfactoria que le permitiera vivir en paz, hacer su trabajo de manera regular y sin interferencias. La soledad, la incomprensión y el desarraigo fueron los males que finalmente la llevaron a la tumba. No pudo tampoco hacer la obra que todo el mundo esperaba de su genio. Tal vez ahora, cuando se revisen sus papeles, se encontrarán textos incompletos que hubieran merecido completarse. Quizá encuentren también recortes del pasado suficientes para conformar un libro, una colección, una antología de artículos de prensa, reportajes, pequeños ensayos. Eso, si alguien se interesa en revisar y no deciden más bien guardar todo eso en cajas de cartón cerradas con tirro de embalaje y dejarlas allí semanas y semanas, meses y meses, años y años, hasta que todo se pierda, acometido por el tiempo, los insectos, la humedad: destino absolutamente cruel. Pero ¿no lo merecía así quien...

[Releo lo escrito: ¿hago justicia a lo que fue Francisca Malabar o sólo me limito a reunir una sarta de lugares comunes? Mejor sería ir directamente al grano: ayer fue encontrada muerta la señora Francisca Malabar, dama vinculada con honorables familias de Santa María y quien tuvo una interesante participación en algunos aspectos de la vida cultural del pueblo... No obstante me dedico a trazar una extensa reflexión sobre las circunstancias de mi propia vida, atribuyéndoselas. Manipulo para verme en el espejo. Yo sé. El periodismo mata. Es mentira que sirve para ejercitar la veta literaria: mentira. La necesidad de escribir para el día, para el momento y la certeza de escribir para un consumo incierto y efímero, en todo caso, lo permutan en un oficio de desengaños. Justo ahora, yo quisiera decir de Francisca Malabar... no sé: algo que la delinear, que la convirtiera en esa imagen del humanista desterrado de un medio cada vez más excluyente... Por ejemplo ¿qué tenía que ver Francisca con la Ley de Ejercicio del Periodismo, esa consagración de la inamovilidad de los mediocres, ese amparo contra la competencia de calidad, esa bujarronería de los alcahuetes de la estupidez y la corrupción que cerró el paso a tanta gente como ella, sensibilizada, culta, capaz de trabajar incansablemente, de escribir con genio y deleite sobre casi cualquier cosa?; y qué tenía que ver con la Ley de Política Habitacional, que impide a las personas sin empleo fijo y sin afiliación gremial el acceso hacia una vivienda propia, aunque sea modestísima, y las condena al pago de alquileres de por vida, a someterse a los caprichos de los alquiladores, a vivir inseguras en sus propias

casas, temiendo a cada instante el lanzamiento, ajustándose por miedo o por comodidad al pago de alquileres abusivos?¿y qué tenía que ver esa mujer con los avances de la tecnología, con la masificación de la escritura mediante el uso de diskettes de computadoras y modems adecuadamente instalados, correos electrónicos, la ampliación del ciberespacio?¿o con las necesidades de ingresar al mercado vía crítica e integración de los países: qué sabía ella de agentes literarios o participación en Ferias y Festivales?

No la conocí bien, pero tal vez ella luchó contra todo eso con sus débiles medios y no pudo adaptarse y sucumbió. Podría decirse que quizá esa incapacidad de adaptación hizo que ni siquiera pudiera consolidar una obra, pero sería sin duda una excusa, útil para mí también, eterno buscador de ellas].

Me preocupa no poder darle forma a la noticia. Me preocupa no llegar al fondo del asunto. Quizá una serie de acercamientos parciales sean capaces.

8:50 pm.

Esta tarde fue el entierro, el funeral: una pandilla de hipócritas diciendo adiós. El doctor Carrera aprovechó para leer otra de sus Oraciones Fúnebres, especie de obras maestras de la literatura necrofílica regional. Habló del talento, de la incompreensión y de la soledad. A sus palabras cabeceaban, concediendo verdad y justicia, los poetas de la Asociación de Escritores, los artistas plásticos y los promotores culturales, todos encabezando el acto como si la muerta fuera algo de ellos. En un aparte, el Alcalde y sus opositores negociaban algún arreglo, aprovechando la ocasión para reunirse impunemente a espaldas de la gente. Comenzó a caer una llovizna fuerte y todo el mundo aceleró el acto. Lanzaron los claveles consabidos. Los hijos estaban serios y compuestos. El ex-marido, nimbado de su generosidad. Porque dicen que él siempre fue generoso y bueno con ella. Que siempre la ayudó y la apoyó. Había caras desconocidas. Quizá amigos provenientes de otra parte. Es posible que ella los tuviera. Todo el mundo estaba en su lugar. La tapa de concreto cayó sobre la fosa. El juego parecía haber terminado.

16 de Agosto de 1990

A veces, pienso que los demás son sólo personajes de novela: que no existen en verdad y están allí solamente para que sus vidas sean transformadas en escritura. A veces juego con ellos juegos donde sólo yo conozco las reglas: donde sólo yo trazo el argumento y pongo las trampas y me siento para ver cómo van por el sendero, cómo siguen, cómo evaden las triquiñuelas, cómo caen y se levantan o dicen simplemente: *game is over*. Y ellos van, se

convierten en animales de laboratorio, creen en mis mentiras, incluso en mis sentimientos: como Pessoa, uso máscaras y finjo tan completamente que hasta finjo que es dolor el dolor que en verdad siento. A veces, el juego puede ser cruel. La crueldad es una condición inherente a mi ser social. Gata ociosa. Observadora. Pincho con una varita al cienpiés y al gusano y al sietecueros que todos llevamos dentro. Lo cerco con fuego, derramo sobre su piel sensibilísima granos de sal. Hay una estética del dolor. Hay una condición placentera en causarle daño al prójimo (¿próximo a mí, vecino, idéntico a mí en condición?) A eso se debe quizá mi soledad. Pero no nos engañemos: no es por un deseo puro de Maldad, sino por convertir la provocación en pre-texto.

Yo reconozco que el episodio con el músico fue de esa naturaleza: yo sólo quería un pre-texto. Una fórmula de posible escritura. Aunque también una forma de alterar las tranquilas aguas de mi entorno. Usé al músico. Lo atraje como una araña atrae una mosca. Le ofrecí no solamente el lecho aventurero sino la posibilidad de resarcirle de los muchos años de mediocridad y fantasías incumplidas. Le hice creer que era genial y maravilloso. Y él creyó fácilmente todas mis mentiras. Porque necesitaba creer, mientras yo alimentaba la tormenta entre bastidores. Ordenaba a los utilities que hicieran más y más tormentas.

El ángel también me sancionó: 1º) Por haberme querido burlar de un humano y 2º) Por poner mi reputación y mi prestigio sobre la mesa de juego, sabiendo que de antemano la ruleta estaba trucada. Los bacilos y los hongos me hicieron presa. No tuve tanta fiebre esta vez. El ozono me hizo sudar demás. En el delirio, recordaba los organilleros de Coyoacán y los panecillos dulces y aquella venta de pollos en brasa que era nuestro medidor de inflación monetaria. Luego, todo pasó como por encanto.

El músico también tuvo que pagar su cuota de desorden social: muchos lo miraron con lástima o con desdén a causa de su debilidad. Otros entrevieron sus trampas. Su ingenuo, provinciano intento. Pobre muchacho atrapado en su propio juego, sin poderes ya para enfrentar las arañas. Ni a las Erinnias ¿Y qué quedó de todo eso? ¿Acaso un texto memorable? Nada. Creo que en alguna parte hay un poema:

*En medio del viento
escuché el campanario
torrente de grandes lluvias
descendía sobre el océano
¿salobre mi llanto?
¿salobre el viento?
Las olas me cubrieron
me hicieron desaparecer
bajo su fuerza*

Después, la noche: sólo la noche

Me pregunto

*¿durante cuántos días los pájaros se alejarán
se negarán a cantar cerca de mi casa
oscurecerán aún más la tiniebla del calabozo
y la curva de la soledad donde me encuentro?*

En sueños, un velamen cruza:

he ansiado ese barco

he ansiado la estela espumosa

que confirme los amores.

No obstante la página de sus cifras debe ser encriptada

porque es mucho lo que nos aparta

todo lo sepultó ya hace tiempo la herrumbre

y mi casa sin casa sin paredes sin muros

pesa hondo en mi corazón, desciende:

Ahora las mareas se están retirando

para que comience el nuevo ciclo

y en el corazón reinan los dudosos días

en los que florecía el amor contra todo viento:

mi alma de perjura se desvivía entonces

mi alma de payaso se abría como abanico

para encantarte

mi alma de ¿qué?

era como la quilla de un barco

rompiendo en tu lago.

Y las olas se elevaron

como espadas encendidas

Insistente, yo, la descarada,

te llevé a la plaza del mercado

te hice girar conmigo en una danza,

quisimos entonces hacer desaparecer el universo,

dar vueltas desnudos en medio del océano

por nosotros creado,

y seguíamos los pasos,

creando las palabras

boca con boca

pecho con pecho:

imágenes

tacto

señales como velos.

Y ahora --cuatrocientos años o más de ese instante--

¿qué queda?

Algunas lágrimas.

El eco de un aullido y un golpe.

*Los lobos heridos
amenazando con fauces llenas de chispas
desde el bosque tétrico.
Un cortísimo sueño.*

Mientras, en las ventanas se acumula el polvo.

17 de Agosto de 1990

No tengo ni la más mínima idea de qué fecha es hoy, de qué está pasando allá afuera. Sé que es Agosto. Lo sé por el calor, por la inmovilidad del aire, por el olor de cosa viva, sexual, corrompiéndose. Olor que viene desde la lluvia o desde una laguna o un río o quizá el lejano, lejano mar. Esta mañana, tuve un sueño extraño: yo estaba en Francia, seguramente en una estación de tren en el Sur, o algo así, e iba acarreado mis maletas, unas maletas nuevas y modernas, hacia el tren que me llevaría a París. En el andén había pocos pasajeros. Algunos choferes de viejos taxis. Ancianos con perros o con jaulas habitadas por gatos. Por algún rescoldo del sueño se veía un mar espumoso y de tonos grises. Desperté como entre nubes. Turbada, un poco. Mal. No sé por qué, porque el sueño era inocuo, intrascendente. Quizá era el viejo deseo de irme otra vez el que me hacía sentirme así, como sin centro.

Pero luego me puse a pensar en otras cosas. El asunto con Gastón, por ejemplo. ¿Qué objeto tenían aquellas citas estúpidas, a medio camino entre lo virginal y lo patológico? Todas las tardes, a las seis, las luces de la ciudad se encendían puntualmente mientras yo corría entre la burbuja azul que era el ocaso, allí donde se cumplían esos atardeceres que despliegan los colores que toma el oro del sol sobre el río, hacia la fuente luminosa. Y él bajaba desde los territorios más rigurosos de la ciudad, esas cuevas de piedra hacia donde quedaba su casa familiar, también hacia la fuente, para encontrarnos. Entonces nos quedábamos un rato sentados allí, conversando de los libros que estábamos leyendo, escuchando la radio (ese pequeño transitor azul que yo jamás dejaba) o hablábamos de la situación política, reforzábamos el sueño que nos animaba, sustentábamos la epopeya de un país donde la guerrilla ya era el esplendoroso pasado de los que habíamos llegado tarde. O quizá hablábamos de tangos y caballos, quién sabe. Y después, en algún momento, comenzábamos a caminar hacia el puerto de los Blohm, hacia esa zona del boulevard inconclusa todavía y en tinieblas, e íbamos quedándonos en silencio, escuchando el rumor del río, hasta que comenzaban los besos tibios, las lenguas dulces, húmedas lenguas que sabían un poco a cebada en aquellos besos al principio tiernos y lentos y muy delicados y luego cada vez más febriles que sustituían todo otro lenguaje. Y a veces él abría mi camisa, metía la suave mano, los dedos moviéndose hasta tocar los pechitos juveniles, erizados a su tacto como animales eréctiles, como seres que

habitaran el agua tibia que eran esas noches en las que jamás se nos ocurrió conseguir el dinero para pagar una cama de alquiler ni hacer siquiera el intento, y preferíamos irnos encendidos, calmarnos bajo la regadera de chorro duro, escuchando el sonsonete de los regaños de nuestras madres, porque indefectiblemente al regreso eran las nueve o nueve y media y aquellos eran otros tiempos, tiempos en que los padres ejercían autoridades, trazaban líneas, fijaban horarios que quebrantábamos no sin impunidad. Fueron muchos días de esos amores de a medio camino. Yo no había tenido antes ningún novio, ningún amante. No había vivido esas relaciones continuas, esa especie de prisión amorosa que me hacía correr todo el tiempo, que me llenaba de angustia si la tarde se presentaba lluviosa y me hacía rogar a Dios que no lloviera, Diosito, para poder verlo como siempre. Y a veces paseábamos por las tardes, en medio del sol reverberante y entre las antiguas casas de la ciudad sumergida en su modorra de dos de la tarde. O nos íbamos hacia las afueras, o nos sentábamos en los playones del río, bajo el sol, leyendo ridículamente poemas de Neruda. Y solamente esas cosas hacíamos: lecturas y conversaciones y unos cuantos besos de diecisiete limpidísimos años. Pero aquel día quién sabe qué nos pasó. Porque no era la primera vez que íbamos de excursión a las fuentes del San Rafael, que era un río casi seco, con un agua limpia donde no se podía bañar uno completo, sino con totumitas o vasijas y conocíamos bien aquel cauce abierto en los farallones de arcilla, aquella vegetación que mezclaba el morichal con cierto bosque agreste llamado mata, y conocíamos la arena blanquísima y finísima del río. Y entonces él me dijo que ya no debíamos seguirnos viendo porque le estaban haciendo daño tantas caricias encendidas, tanto incendio sin apagar, y yo le dije ¿qué cosa? No sé, pero de pronto estábamos acostados en la arena, en pleno cauce del río (el agua corría alrededor de nuestros cuerpos y estaba llovizando sosegada, dulcemente sobre nosotros) y me quité la camisa y él se quitó la camisa y nos miramos por primera vez y por primera vez sentí el pecho desnudo de un hombre sobre mi propio pecho desnudo y fue una sensación de completitud que no olvidaré jamás: como si ambas carnes debieran haber estado en una sola y no en dos, como si formáramos un único cuerpo que largamente había ansiado reunirse desde dos mitades de artificio ¡y cuán largamente! Y nos besábamos con fuerza, llenándonos de arena el cuerpo, los cabellos, y después nos desnudamos del todo bajo la cúpula nubosa, cercados de farallones rojos, echados sobre el río y éramos tan jóvenes, tan delgados, tan inocentes, que si alguien nos hubiera visto seguramente hubiera pensado en un cuadro de Dafnes y Cloe, o algo así. Algo depurado, espiritual y, no obstante, carnosamente fúlgido allí: una pareja de macho y hembra en el primer día de su creación. Y quizá se hubiera enternecido. Y entonces él entró en mí, y no tuve miedo, pero apenas si recuerdo algo de dolor, un roce en mis labios vaginales. Porque todos mis sentidos estaban en los pechos juntos y en el paisaje llovizado y en el tono rojo de las paredes

de los farallones y en el rumor de las gotas sobre los árboles y la arena y el río y en el acto en sí y no en sus detalles. No en cosas como la fisiología o la biología ni el orgasmo posible ni en la posible concepción, sino en el amor, no sé si me explico. Recuerdo que él tenía el pecho blanco y lampiño. Recuerdo el tono rosáceo de sus tetillas. Recuerdo que me sentí sumergida en lo hermoso. Después nos hicimos amantes. Debutantes, guardábamos la llave del misterio, al decir de Serrat, a medias con el adulterio. Vivíamos entonces en la capital, ambos estudiantes universitarios de provincia, con pocos ingresos y mucha carga intelectual y todo eso. De alguna manera nos arreglábamos para encontrar el dinero y las oportunidades para pasar dos o tres noches juntos cada mes, en un pequeño hotel barato y limpio, nombre francés y discreta entrada. Un hotel que ya no existe más, así son las cosas. A ese hotel llegábamos luego de una larga caminata por el parque, un largo paseo de conversaciones y café. Recuerdo la pequeña recepción, el recepcionista que evadía la visión de nuestra juventud y el pequeño baño de porcelanas verdes donde nos bañábamos sensualmente. Nos acariciábamos bajo el agua tibia de la ducha, descubriendo nuestros cuerpos: pliegues, cicatrices, perfecciones e imperfecciones. Y luego nos dormíamos el uno en el otro, abrazados en la cama amplia y tendida de blanco, en medio del oleoso verde claro de las paredes. Estábamos escapando de la soledad y el desamor que eran los signos en los cuales había transcurrido nuestra infancia. Porque en el fondo éramos niños abandonados de alguna manera por sus padres. Niños en busca de mutuo consuelo. Cierto que a veces matizábamos ese sentimiento con explicaciones racionales que nos eran precisas para no dejarnos arrastrar por la blandura del sentimiento que nos unía y que nos debilitaba también. Excesivamente, quizá, pues llegó un angustioso momento en que nos era imposible vivir el uno sin el otro, aunque tampoco concebíamos la vida en común. Porque además la época nos preparaba para las visiones trágicas: un sentimiento de la vida heredado de Unamuno, respaldado por Sartre. Cuando nos sentíamos en el centro del remolino, absorbidos por esa fuerza que nos llevaba hacia territorios absolutamente íntimos y llenos de pasión y sólo instinto de cobijar y ser cobijados, de pertenecer y ser poseedores, de ser en otro como se era en uno mismo, recurríamos a esas certezas de la comunicación intelectual e incluso de la relación política, que reivindicábamos como algo esencial. Fuertemente. Y ahora comprendo, o en realidad siempre lo he comprendido, que toda esa preciosa e inocente carnalidad, esa leyenda situada en un ámbito de preciosas flores, flores de un jardín exuberante y lleno de aves exóticas y multicolores, todo ese tiempo que compartimos con tan lujoso abandono, con tan irresponsable afán, fue el prodigio que me curó de mis temores y de mis viejas pesadillas. Y quizá, digo solamente quizá, también subsiste en el alma de Gastón un territorio sagrado de la memoria: el de esa fantástica inocencia, el de ese amor de juventud que fue como la patria de los unicornios. Y yo pienso que

si nos encontráramos un viernes por la tarde, tarde lluviosa y de frente al río, estas cosas, estos sentimientos brotarían de nosotros como una emanación prodigiosa y crearía en torno a nosotros un aura que atraería nuestros cuerpos: nuestras manos, nuestros ojos ávidos de nostalgia, nuestros pechos que recuerdan. Pero no osaríamos penetrarnos otra vez penetrar de nuevo en un lecho, compartir la sensualidad de los cuerpos:, territorios escindidos para siempre y desgastados por alguna maldición. Temeríamos quebrantar el antiguo hechizo que nos dejó en la memoria para siempre jóvenes, sublimados. Para siempre pareja primordial, estrictamente puros. Fuegos azules sobre el pantano. Y nos despediríamos sintiendo un profundo dolor, con un abrazo afectuoso y un beso en la mejilla, muy cerca de la boca. Un beso que nos dejaría fuegos encendidos en el pecho y bajo el ombligo. Chispas de deseo. El ansia contenida de llamarnos otra vez: ven, vuelve, volvamos, cumplamos el rito: nos debemos algo. Y quizá él me entregaría un cassette con música que hubiéramos escuchado esa tarde, o alguna vez hace mucho tiempo, y que él guardara con cariño, y me transmitiría un mensaje: oye tal o cual canción. Recuérdame.

Y para siempre siempre adiós.

Y quizá también en otro sitio, más tarde, yo o tal vez ambos, separados ya por la rutina y los deberes, entraríamos en un sitio donde la radio estaría sonando y la canción sería.

O quizá simplemente te regale una rosa.

Me siento mal. Tengo náuseas. Un mareo leve me turba la cabeza. Neblina cerebral. Intoxicación por falta o por exceso de oxígeno: ¿qué más da? Me siento mal. Recordar todo eso no me ha hecho bien. En plena soledad, me asalta la angustia. Quisiera irme, salir corriendo, irme. Traté de abrir el balcón y la puerta estaba trabada. Afuera, la lluvia comenzó a caer con terrible fuerza. Una rabia enorme me atenazó. ¿Por qué no dedico mi tiempo a escribir una novela?¿por qué pierdo mi tiempo escribiendo estas notas sin sentido, sin hilación, sin lógica, sin continuidad: desgarrones apenas por donde se deshilacha mi vida?

Cada vez es peor. Se acerca la locura.

20 de Agosto de 1990

Siento náuseas. La cabeza la tengo como envuelta en algodones que amortiguan mis potencialidades de ver y de oír con claridad. Me duelen por la tensión el cuello, y la nuca y los hombros. Siento los tendones como hilos de un nylon duro e inflexible. Los nervios son como una malla de alambres de cobre, enrevesada. Tengo miedo. Tengo ganas de llorar y de gritar,

pero de alguna manera no es cierto, porque no lo hago. O será que siglos y siglos de buena educación pesan sobre mí, controlan mis actos. ¿Soy inocente o culpable? En el triform, fui llevada con la cabeza rapada ante los jueces: Él y Ella, con largas togas blancas. Y yo, cargada con cadenas, con la túnica roja y amarilla de los ladrones. Cargada de cadenas. Si se comprobaba mi culpabilidad, yo sería cortada de la corriente social, desterrada de los salones principales, mirada con suspicacia o condescendencia a partir de ese momento. Si no se comprobaba, de todas maneras yo había sido una ciudadana sometida a la sospecha de los Señores, una potencial delincuente, cuya casa, ropas y demás pertenencias podían ser revisadas con o sin su consentimiento, solamente porque su nombre había sido sometido a sospecha y que en cualquier momento podía ser considerada entre los no-culpables, mas no necesariamente inocentes. O cualquiera podría sugerir en el atrio de los templos un día de mercado que yo había cometido un delito cualquiera, y que sólo la falta de probatorias seguras había impedido mi sanción. Sin embargo, había una sanción implícita. La sospecha. El rechazo. Destierro en el mismo lugar, dentro de las mismas fronteras. Rechazo. ¿Tuve que ser yo, necesariamente? ¿Qué cosas estoy escribiendo? Trémula. Tembrante. Treble. Así voy por los pasillos de la casa. Salgo al balcón y el sol me ilumina esplendoroso. El olor del desinfectante me molesta profundamente. Hay algo que me causa malestar e inquietud. No fiebre aún, pero ya vendrá. El ángel me dice que no me ocupe de lo que no me importa: yo estoy fuera de todas las sospechas, yo soy una chica decente y buena y centrada en mí misma, y si hiciera algo malo o maligno o dañino, debido a mi misma naturaleza, las culpas caerían sobre cualquier otro y yo quedaría exonerada. Pero no. No es cierto: en el fondo de mi corazón, no sé. No he hecho nada malo o dañino. Tal vez si tomo un té de hierbabuena se me quitarán las ganas de vomitar. Revolotean los ángeles preocupados por alguna cosa que sucede, pero que no puedo capturar. No conozco su idioma. Musical idioma. No conozco nada.

22 de Agosto de 1990

Últimamente, he estado escribiendo cosas y después no recuerdo haberlas escrito. Encontré este texto entre mis papeles, seguramente sobre la regla, que es un asunto óptico para mí:

Una tristeza profunda comienza a instalarse. Un secreto duelo por formas de vida que sólo se presintieron. Aunque también un deseo de aislamiento, una búsqueda de escondites: cavernas. Y todo eso va creciendo, retumbando, zumbando: olas concéntricas. Regulares. Armoniosas. Llegando a la costa del lago a partir de un centro, agitando el área donde están surgiendo a cada rato tantos seres de naturaleza acuática, sumergidos desde hace tanto tiempo. Olas chocan contra la costa que es la

piel. Y detrás de los ojos, se produce un resplandor lunar. A veces, también una chispa. Como el choque de las piedras de yesquero. Chispa. Estrellas fugaces descendiendo, raudas, en el cielo oscuro. La noche de la vida. No silencios perfectos, sino sonidos y sonidos y sonidos y sonidos y sonidos. Ahogados. Acojinados sonidos. Argénteo el aire y fresco. Metiéndose en los pulmones. Ráfagas de fuego helado. Rocío de fuego helado. Todo eso va creciendo hasta hacerse casi insoportable: pesadez/levedad. Un aullido lejano. Un llanto. Y entonces sucede la minúscula ruptura. Un encaje rojo púrpura se rompe en algún lugar secreto. No hay más vida allí. Arroyo de sangre. Gotas, al principio. Un vivo rojo. La herida se amplía. Gotas y más gotas corren y se juntan. El olor es tenaz aún de vida: olor de universos marinos: olor antiguo: olor perfectamente reconocible: el mismo olor que surge del parto: uno, vital. Y después el encaje, tejido cuidadosamente durante días y días, es arrastrado como un harapo. Raído ya. Bandera desflecada. Trozos de encaje de un precioso rojo púrpura, casi violeta, sobre los fucsias oscuros, caen sobre pulcrísimas superficies blancas. Alivio, en cierto modo, aunque esa pulcritud implica muerte. Olor de muerte. Resecamientos de la sangre. Tonos verdosos, a veces. Bordes amatista. Sensación de estar siendo arrastrada hacia un término. Acabamiento. Olor de marea retirándose. Criaturas marinas muriendo en la costa. Oliendo. Tal vez sea lo mismo: la misma influencia lunar. Cuarto menguante listo para transformarse en luna nueva: oscuridad purísima surgiendo a partir de ese resplandor de rojos. Una se deja llevar, se deja caer en la irremisible condena que es, a la vez, alto privilegio. Posibilidad de generar vida futura, oro y luz: otro ser engordando dentro de una, transformándose en entidad de libertades, absorbiendo desde una las esencias y las sustancias de una vida construida atemporalmente: el futuro, esa enteleguía: o la maternidad como prefiguración de una taumaturgia del futuro. Y no sería posible esa posibilidad si a la vez no existiera la muerte menstrual, la herida ésa. Ese riesgo. Esa devastación. Esa necesidad de encerrarse en cuevas para que otros no sientan, no vean, no padezcan el dolor y el olor de la mujer maldita, ajenidad y silencio: la mujer maldita que se muere, que deja morir la llama dentro de ella, que ya no plantea más expectativas, por lo menos en este instante, cuando el manantial de sangre la va arrastrando hacia un océano sin nombre y oscuro, y allí, otra vez larva ella misma, larva larva larva larva, crecerá resucitando. Mujeramiba. Amiba. El encaje restaurándose en el limpio universo otra vez. Otra vez. Dicen que la maldición divina fue: *parirás a tus hijos con dolor*. No obstante, quien lo dijo obviamente ignora los malestares de la menstruación. Cíclica ciclamorea cienagosa. Regla.

Me siento sucia. Voy a bañarme con agua fría. Voy a bañarme y a vestirme y a salir a cumplir con mis presentes y sagrados y rutinarios deberes.

Para el artículo del *Padre Nuestro*:

*Cristo nos ha dejado espléndidas metáforas y una doctrina del perdón que tiende a anular el pasado. ¿Es, sin embargo, éticamente correcto perdonar a los enemigos, aun cuando ellos no tengan la Justicia de su parte? La enemistad no es solamente cosa de pugnacidades personales o meras antipatías, sino también de injusticias colectivas, de enfrentamientos que generalmente van dirigidos al control de parcelas de Poder, incluyendo dentro de tal concepción de Poder el establecimiento de espacios individuales en ciertos territorios ocupados por otros y el diseño de reglas para ejercer el Poder en esos territorios. La praxis del mismo Jesús, la reseñada por los Evangelistas, al menos, trató de deslindar la actitud personal ante un contrincante X de la necesidad de combatirlo o simplemente de abrir una situación de conflictos. Jesús enfrentó su sociedad: hizo una ácida crítica del sistema, the whole thing, como se dice en inglés, tan prácticamente. Y, no obstante ello, demostró una total carencia de resentimientos personales o de prejuicios que limitaran sus movimientos y traslados. Sin embargo, yo siento que en su misma declaración doctrinaria, si se considera como tal el Padrenuestro, hay una posibilidad de interpretación que incluye salvedad. A saber: **Perdona nuestras ofensas como nosotros perdonamos a los que nos ofenden**. Es decir, es una condición previa para ser personado por la Divinidad el que uno haya personado a sus ofensores. Pero esto se aplicaría también en otro sentido: yo perdonaré a los que me han ofendido si (o porque) ellos me perdonaron previamente, y de esa manera, todos podemos reconciliarnos con la Divinidad, que es nuestra propia imagen: arquetípica, primordial. Aunque podríamos profundizar más. En la antigua versión de la oración, la palabra **ofensas** estaba sustituida por **deudas**: **Perdónanos nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores**, lo que provoca una perspectiva diferente, una visión de teología económica. La usura es considerada un feo pecado, legalizado por la perversión del sistema, es cierto, pero no por eso menos repudiado, así que no perdonar a los deudores se podría considerar una suerte de usura del espíritu, fea y también repudiada. Desde este punto de vista, ¿cómo son las relaciones de los Grandes Prestamistas con la Divinidad? ¿Pueden ellos decir el **Padrenuestro** sin incurrir –mínimamente- en una falsedad? ¿A los managers del FMI les importa? ¿a sus funcionarios intermedios, a los representantes de los países endeudados, a los banqueros, a todos ellos que van por lo menos cuatro veces a misa cada mes, les importa? ¿a los gobernantes les importa? Todos ellos rezan con cierto rutinario fervor esa oración aprendida en la infancia más tierna. Y lo demás, no importa.*

Ninguna llamada hoy y son las ocho de la noche. Se acabó ¿Se acabó? No sé. Sólo sé que no hubo ninguna llamada: ni de un amigo lejano, ni de un amor del pasado, ni de un resplandor del futuro. Cero puntos en el juego de hoy. Pasé por el supermercado e hice algunas compras menores: pasta, carne, adobo para carne, aceite, café, tres velas blancas y una caja de fósforos. Patético. Comienzo a cocinar la cena después de lavar las ollas en remojo. El bombillo de la cocina se quemó y estoy escribiendo esto sobre el gabinete, con la luz del comedor. Así puedo vigilar el agua de la pasta y el momento en que la sartén se caliente y pueda cocinar un bisté bien cocido. No sé si hay pan. Casi no hay leche. Siempre me asusta ir a la panadería a esta hora: me asusta esa multitud que llega con sus carros ultramodernos y gasta enormes cantidades en sus contornos de cena: jamón, pan, quesos importados, jugos de naranja, gaseosas. Siempre espío el momento del cierre, más tarde, más modesto. A veces, olvido el tiempo.

El doctor López me somete semana a semana a minuciosos interrogatorios disfrazados de superficialidad social. En estos días, ha dado en medicarme tranquilizantes o antidepresivos, o lo que sea que mediquen los psiquiatras en determinadas circunstancias. Yo siento que él sospecha algo: que ha establecido que existe *algo extraño* con respecto a mí. No obstante, no puede decir tampoco qué cosa es.

Todos seremos culpables, Señor, hasta que se compruebe lo contrario.

Hoy es lunes, además, y la entrada popular en el cinematógrafo hace que se hagan filas en la entrada. Clint Eastwood luce su cara amarga desde el cartel donde, en letras bien resaltadas, dice: **Armado hasta los dientes**. En la televisión, Cantinflas o alguna cosa mexicana antigua. Me levanto y reviso mis plantas con cierto margen para la ternura: las estacas del rosal que están metidas en un vaso con agua ya tienen raicillas blancas. Los dos limoneros han crecido bastante en sus macetas. Pobres criaturas. Ninguna de ellas podrá quedarse en este apartamento. En cambio, el ficus y la palmera enana lucen rozagantes. El calor del día no parece haberlos afectado. Luego, reviso las siete maceticas de cactus en el estante ¿Éste fue el destino que mi madre en la cuna me cantó? No es que quiera hacer de mi vida un tango, pero si hago un balance, debería tirarme en el suelo y ponerme a llorar. ¿De verdad la vida me negó todas las esperanzas que me cantaron en la cuna? ¿O fui yo, solamente yo, la que destrozó las oportunidades, escogió los caminos equivocados en las encrucijadas y buscó donde no debía?

Miren quien soy: la mejor estudiante del colegio, del liceo, de la universidad. La chica brillante de los 70. La promesa de que hablaban los diarios cuando me nombraron JOVEN DEL AÑO. La que se destacaba en la tribuna y el foro. Y ahora estoy aquí, escribiendo articulitos semanales en un diario pueblerino, gestionando aquí y allá un pequeño recurso extra, y ganando unos míseros ingresos que ni siquiera pagan a tiempo para cancelar el alquiler en la fecha debida, esperando hoy hasta el jueves para poder disponer de algún dinero, contando los días, cocinando *spaguetties vermicelli* que comeré sin salsa, ni queso, porque no hay, y

tampoco posibilidades de comprarlos, y regateándome un vaso de leche por miedo a quedarme sin la del café de las mañanas. Mírenme. Escribiendo casi a oscuras, recostada contra un oxidado gabinete en la cocina, oyendo el televisor en el cuarto. Y asustada. Muy asustada.

La noche ha entrado casi de lleno. Casi no circulan los carros y los ruidos llegan como acallados por las sombras. Los televisores están encendidos en telenovelas que cautivan a millares y millares de hombres y mujeres que se quedan con los sentidos prendados de historias tristes ajenas, olvidando así las propias. La música viene desde la fuente de soda de la plaza. Sintetizador. Mataneuronas. Hay pasos brevemente en el pasillo y la escalera. La última función ya comenzó, pero la marquesina están aún encendida y la gente circula por las calles. Sin embargo, temo salir a esta hora. Uno oye historias de delincuentes, adictos y borrachos. Desde que fui víctima del robo en el mercado, temo salir fuera de mis rejas. No concibo salir a esta hora para comprarme un helado de chocolate con lluvia de chocolate, como desearía. Temo salir sin cédula, ni cartera, a pesar de que en este pueblo todos aparentamos conocernos y yo pertenezco a la periferia de las Personalidades Públicas. Claro que no voy a misa los domingos. Ni hago vigiliyas en honor al Sagrado Corazón de Jesús. Ni asisto a los Rosarios Familiares de los Miércoles. Ni pertenezco al Ateneo local. Ni leo mis textos líricos en el Salón de doña Euma. Pero desde hace más de diez años escribo en los malditos periódicos y eso basta. Algunos dicen que cuando escribo tengo influencias, que la gente lee lo que escribo, poderosos y humildes por igual, asombrados de la eficacia cortante de mi palabra. ¿Y qué? A la hora de las verdades concretas, eso sirve de muy poco. Quiero un helado y no puedo salir a comprarlo. Aunque tuviera el dinero suficiente, no me atrevo a salir para comprarlo, porque temo a la gente de la noche: al rigor de la noche donde vagan los espectros y las cucarachas y los sin hogar y los que bordean el pozo azul de la locura. Un helado.

El viento agita las hojas. Los perros alejadamente ladran. Tomo dos pastillas tranquilizantes para poder encontrar el camino del sueño.

02.25 am

Aun con los tranquilizantes, no me duermo. Dejo el televisor encendido, viejo hábito de los solitarios. De espaldas a la pantalla, acunada entre mis almohadas, escucho las voces, tratando de atrapar el sueño. Imágenes. Película antigua. Creo que es Lana Turner. Túrgido pecho en pullover. Mañana debo lavar la casa, pienso. Mañana. La visión de otro mañana esperando otra vez me resulta irritante. Esperando una llamada telefónica que me diga que sí, que mis treinta y tres años de estudio y preparación, mis lecturas de obras clásicas y contemporáneas, son importantes. Que aprecian mi inteligencia, mi experiencia, mi capacidad de síntesis y planificación, mi creatividad y don de mando, mis aptitudes organizativas y mi creatividad, mis investigaciones sobre la cultura y el arte y mis escritos sobre estos y otros temas, y que los aprecian más allá de mis ideas políticas, más allá de mi escepticismo brutal, más allá de las opiniones de personas a las que disgusto con mi agudeza crítica, de mi cruda

sinceridad, de la falta de delicadeza con que me expreso de los temas más delicados, de mi falta de hipocresía. Lloro. Lloro amargamente. ¿Qué se hizo de mi generación y de las esperanzas que abrigamos? Nada de lo que quisimos se produjo: las semillas cayeron en tierra roja y arcillosa y los productos, cuando los hubo, fueron arbustos raquíticos que dejaron caer antes de tiempo frutos frágiles. Muchos se vendieron al mejor postor, o tuvieron suerte, y ahora gozan de buena fortuna y mala digestión en sus pancitas redondeadas por la grasa: esos aprendieron que congenian bien la esclavitud y la libertad: que no hay contradicciones mientras se permanezca a flote. Vuelvo a pensar en mis amores de diecisiete años. Pienso en Gastón. Me han marchitado las decepciones. Me alejé de él en busca de mi propia historia y todavía la estoy buscando. Y él ¿quién es? ¿qué queda de él más que una hoja del almendro izquierdo del jardín de mi casa en un libro de Maura Stanton? ¿Dónde está él, de cualquier forma? Ni sé.

La distancia no importa

*el jardín violento fue tierra suculenta
hagamos a un lado los detalles
y veremos convertidos en preciosos espejismos
la ruina de lo que fuimos
la ruta que allá lleva brilla bajo la luna
¿cómo podremos sobrevivir solos?*

¿cómo pudimos, en verdad?

¿cómo pudimos?

Y de los otros ¿qué queda?

Amores sin trascendencia real, los maté dentro de mí. Y la muerte, cuando se diluyen sus iniciales estallidos, los que conducen a la podredumbre y la vuelta a las fuentes, es aburrida.. Demasiado pequeña para ser semejante al Infierno. Pero es apenas un accidente minúsculo y cotidiano en el universo. Y la muerte del amor es menos aún: puro accidente subjetivo. Evolución Normal de la *psique*. ¿Por qué acaban los ciclos del amor? Uno jura amarse para siempre. Se jura y se jura. Por las noches de triunfo de la pasión, los ojos abiertos en la oscuridad. Uno piensa en la muerte como algo limítrofe del amor que siente. Y no es cierto. Cada vez que veo a alguno de mis antiguos amantes, o un pretendiente, o lo que sea, él parece alegrarse con sinceridad del encuentro: me abraza tiernamente, me lleva con cuidado a tomar café, como si yo temiera que me deshiciera o me desvaneciera en el aire, conversa conmigo en voz baja y me muestra las fotos de su mujer, las de sus hijos. Ha constituido su vida. Durante algún tiempo, los vuelvo a perder de vista, o sé de él por cosas oídas, sueltos en algún periódico. Después, el silencio. No está ya más. Quizá ha muerto. O quizá no y nos veamos alguna otra vez, en un encuentro casi idéntico al anterior. Aunque yo siento que al paso

de cada día más gente se va quedando atrás, y ninguno de nosotros tiene nada. Cierro los ojos. El televisor murmura su hipnótico estribillo asonante: *Señor, no creas que no estoy agradecida por tu gentileza hacia mí. En realidad, hubiera preferido algo más sustancioso, aunque algunos dicen que yo mantengo el corazón puro y Tu Reino será de los puros de corazón... Pero Tú siempre me estás mirando y bajo tu mirada, salvo despertar cada mañana, encogida después de luchar toda la noche contra mis espectros y mis recuerdos, el resto de mi vida es Nada...*

Apago el televisor. La oscuridad es tangible. La ciudad descansa como esperanza y desesperación. Los segundos pasan per-cep-ti-ble-men-te y algo como una hoja está cayendo dentro de mí.

¿Soy la muchacha preferida de Dios?

*Forgive us our trespasses
As we forgive those who trespass against us
And lead us not into temptation
And deliver us from evil*

La versión en inglés es como más punitiva: *perdónanos nuestras transgresiones, y no nos permitas caer en tentación y aléjanos del mal*

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA (1965)

Yo era una muchacha que aprendió a participar de los placeres que le proponía su juventud. No era un asunto de mi naturaleza. Sino una conducta adquirida. Un mimetismo necesario. Práctica ancestral del recurso del simulador. Mi madre decidió que una buena manera de salvaguardar mi virtud y canalizar los arranques de independencia que me llevaban a salir a la calle de una manera que ella consideraba innecesaria. Por ejemplo, para ir a estudiar a la casa de otra amiga, o al Parque, o ir a la Biblioteca Pública, era la de convertir nuestra casa en un centro de reunión. En realidad, ésa era una vieja estrategia suya, pues ya la había practicado cuando abría a las niñas las puertas del jardín lateral, para que jugáramos por las tardes y todos los sábados. Y jugábamos a las rondas y a las muñecas, sin salir de nuestro propio territorio. Y, en efecto, a partir de aquellos tiempos comenzaron a hacerse fiestas de muchachos y muchachas por lo menos una vez al mes. Eran fiestas donde cada cual aportaba algo: dinero, comidas, refrescos, vasos, bebidas, fiestas diurnas que congregaban, además, a muchachos y muchachas de otros barrios, que se acercaban atraídos por una especie de señales hormonales, transmitidas por tentáculos o radículas,

o antenas, y entonces establecían raros destinos. Y, en ciertas épocas, como en Carnaval, aquello tomaba la consistencia de un festival colectivo, bacantes, bailábamos y bromeábamos y en las noches nos íbamos al Paseo para mezclarnos en la loca multitud enmascarada. Envueltos en nubes de papelillos y serpentinas. Ibamos en grupos grandes, acompañados de mi madre, que tenía ese espíritu alegre y dado al festejo. Y había en mi padre algo salvaje, bien disimulado bajo sus buenas maneras, pues en Carnaval era como otra persona, lasciva, bastante cruel y mis tíos y sus amigos y otros amigos nos dejaban en la casa a las once o doce de cada noche y ellos tenían una celebración distinta del Carnaval.

En realidad, yo odiaba todo eso porque me parecía una aberración de la conciencia. Pero fingía disfrutar, disimulaba para meterme en ese espíritu de solidaridad social. Y, sin embargo, no era yo una muchacha melancólica, ni un espíritu que tendía a la tristeza, sino que había oportunidades en que me sentía separada de los otros y sus diversiones y me lanzaba hacia abismos de reflexión que me hacían sentir temerosa. Porque esos abismos me distinguían dentro del cuerpo social, y yo no quería ser distinta, porque sabía, por mi experiencia en el Colegio, lo que significaba esa distinción: lo que implicaba en términos de rechazo, de aislamiento, de incomunicación y de soledad.

El hecho de ser enfermiza, por lo demás, no dejaba de humillarme, y yo llegaba hasta a sentirme minusválida o anormal por esas fragilidades de un cuerpo que odiaba. En el año 1965 sufrí la que fue mi última grave enfermedad. Resulta que a la celebración de mi fiesta de quince años asistió una de mis primas desde Caracas, una que acababa de sufrir la lechicina. La fiesta en sí fue maravillosa. Mis padres y mis tíos alquilaron de muchas mesas y sillas que se colocaron en los jardines laterales y en el patio, todas con adornos hechos con rosas rosadas de pastillaje, colocadas sobre manteles blancos. La torta también era blanca y rosada y mi vestido era de un brocado marfil, con un enorme lazo en la espalda. Yo escogí como primer valse para bailar *El Danubio Azul*, de Strauss. Bajo la lámpara profusa de la sala, una lámpara de lágrimas, y en presencia de una pequeña multitud, hubo una breve ceremonia de presentación, y cuando comenzó la música, pasé de los brazos de mi padre a los de mis tíos y mis primos hasta que se generalizó el baile y así se cumplió el rito de mi presentación en sociedad. Allí estaban mis compañeros de clase y mis profesores y mis amigos más queridos. Allí estaban también los amigos de la casa y los relacionados y los sirvientes. Y recibí una cantidad impresionante de regalos. Y fui, lo recuerdo, inmensamente feliz. Pero quince días después, cuando sólo quedaban las memorias lujosas del festejo, amanecí con fiebre muy alta y comenzaron a brotarme llagas por todas partes: ampollas que explotaban, dejando salir un líquido irritante y que ocasionaban una terrible picazón. Mi madre me untó una medicina también rosa, pero tuvo resultados contraproducentes porque aunque este líquido al principio aliviaba la picazón, pero al secarse tensaba la piel y provocaba que las ampollas se rompieran con mayor frecuencia y por donde el líquido corría, se formaban otras ampollas, lo que

elevaba hasta magnitudes enormes la repugnancia y el malestar. Así que me bañaron con agua tibia y jabón Las Llaves, famoso por sus propiedades curativas. No obstante, el baño fue otra experiencia terrible la esponja, por muy suavemente que pasara, lo hacía en forma dolorosa y desagradable, con tantos calosfríos proviniendo de la fiebre y tanto asco por aquel líquido proviniendo de la fiebre y tanto delirio febril y tanto miedo. Y todo esto duró mucho tiempo, porque las enfermedades eruptivas a veces en las personas adultas, ya se sabe. Y entre otros delirios de la fiebre, yo creía escuchar voces lejanas, creía entender cosas, mensajes que no podía comprender con exactitud en la guardavela. Era como cuando estaba en la capilla del Colegio, rumores que me llegaban desde cualquier parte y que yo no podía conocer en todo su valor, por ignorancia o por cualquier otra clase de incapacidad. Entonces soñé recurrentemente, casi cada vez que dormía, que yo estaba en una montaña muy alta, todo un inmenso paisaje extendiéndose a mi alrededor. Era un paisaje cuidadosamente verde, iluminado desde todas partes por un resplandor solar que parecía tibio y seguro y sin tiempo. Y desde el valle venía subiendo un hombre montado en un caballo. Yo creo que estaba esperando a ese hombre, aunque no lo conocía, ni podía ver su cara. El hombre –extrañamente- vestía una armadura medieval. Centelleante. Y a pesar de que yo estaba segura del anacronismo, lo internalizaba, lo racionalizaba, y no me era extraño en el sueño, sino que había en todo eso: en la espera, en la posibilidad del combate que significaba la armadura del hombre (mas no combate contra mí, sino contra alguien más que no estaba presente y al que reconocía como un enemigo común) como una llamada de atención, o un desafío. Aunque no sabía de qué. Lo cierto es que el hombre sin cara no estaba allí para atacarme, pero tampoco para defenderme, pero que ambos debíamos cumplir un rol ya definido en esa batalla. Yo estaba muy angustiada por cosas más pedestres, como porque mis calificaciones bajarían en los exámenes correspondientes a ese mes, que eran previos a los finales. Pero mis profesores decidieron repetir todas mis calificaciones, lo que fue un alivio y me permitió convalecer sintiendo cómo poco a poco volvían las fuerzas a mi cuerpo. Viviendo lo que sucedía a mi alrededor con una intensidad que antes no había tenido, pensando también sobre el sueño, reflexionando sobre mi presente y mi futuro como si todo ello tuviera una mortal importancia.

Mi madre, en uno de sus raros arranques de fe religiosa, había prometido ir cada Miércoles Santo, vestida con el morado de los penitentes, a la procesión del Nazareno, en acción de gracia por una curación que ella juzgaba milagrosa. Se comportaba conmigo atenta y con un cariño que pocas veces me había brindado. No obstante eso, la extrema convivencia, acentuada por la ociosidad en que me encontraba, nos permitía vernos una a otra y descubrir cuán extrañas éramos. Ella venía por las mañanas a mi habitación, me ayudaba a asearme y me trasladaba a una gran mecedora azul índigo que colocaban en la puerta que daba hacia el jardín. Y me servía apetitosas comidas y jugos de frutas. A veces, me preguntaba qué cosas leía, o qué escribía o sobre qué reflexionaba. Y yo le respondía cortésmente, midiendo la dimensión de mi cortesía, sin propasarme con exigencias, sin aceptar sus mimos o caricias, que me parecían inmoderados y fuera de lugar y

sin yo misma fluir hacia ella en ningún otro plano que no fuera el de la estricta relación sociofamiliar. A veces, venían a visitarme mis amigos del Liceo y era otra mi actitud. Más relajada. O venía a verme mi padrino Manuel y con él yo sí que fluía como un río de dos corrientes. Y mi madre veía desde lejos, quizá doliéndose íntimamente de esa pérdida entre nosotras, porque ambas, tanto ella como yo, estábamos destinadas a conversar en un espacio fronterizo, con aduanas, y guardianes y reglas. Yo tenía tres hermanas, pero también nuestras relaciones estaban minuciosamente delineadas. Mi hermana Elvira era tres años menor, pero lo que nos separaba no era la edad. Mis otras hermanas, gemelas como de nueve años, habían construido también su propio mundo. Amadas por todos en la casa, todos extendían sobre ellas capas y capas de protección y mimo. Como habían nacido en el tiempo en que estaba en el internado, yo las veía como intrusas. Mientras tanto, yo no sé por qué razón específica a mí se me exigían muchas cosas. No se trata de que fuera yo una víctima de la institución familiar (aunque todos lo somos) No era eso. Yo había escogido también una forma de aislamiento que reforzaba con mi muralla de libros y de discos. Pero frente a la apacible laxitud de mis hermanas, con el consentimiento, la anuencia, de todo el mundo, yo sentía que *no pertenecía a esa familia* y que por eso me estaban exigiendo mucho: que fuera responsable, que fuera buena estudiante, esas cosas, esgrimiendo que era la mayor, que era inteligente. Y yo sabía. Y en justicia no puedo decir que mi infancia fue infeliz. Sea como fuera, aquella enfermedad me dejó clara la consciencia de que *yo no pertenecía* del todo ni a esa casa, ni a esa familia, ni a esa sociedad, ni a ese segmento de la historia. Y en parte *la culpa*, si es que así puede llamarse ese asunto, se debía a mi padrino Manuel y a sus regalos: un tocadiscos, álbumes de música clásica, un radio de transistores y libros: ciertas formas de la irreverencia hacia la escuela y la sociedad establecida, pero también un prestigio basado en los conocimientos. Y ésa era otra sociedad a la que sí pertenecía. Una sociedad que me atraía con fuerza y a la que quería ingresar con pasión, como cuando antes había querido ingresar a la santidad. Esa sociedad era, en verdad, la del arte

Quisiera saber cuántas mentiras se fraguaron en torno a esa personalidad tan distinta, tan difícil de entender. Cierto que cuando llegó a Santa María decían que venía huyendo de algo que nunca se supo qué podía ser: tal vez fue una terrorista o una traficante de armas, o una asesina profesional. Muchos sospecharon que solamente había salido de un manicomio. O que quizá estaba huyendo de las consecuencias de decisiones desacertadas que la alejaron del ejercicio de una profesión bien remunerada, ejercida casi siempre con acierto e integridad, pero enturbiada por un acto extravagante, no precisamente ilícito, y entonces sus jefes decidieron darle un tiempo para el olvido (¿de qué?) Pero ella no aceptó. Prefirió renunciar, alejarse de todos, encerrarse entre cuatro paredes morales y materiales, en un apartamento de 85 metros cuadrados, limpio, fresco y bien ubicado. Eso se lo ofrecía su exmarido: una isla de estabilidad que ella admitió, aunque sabía que no siempre lo soportaría, que llegaría el momento en que se transformaría en celda. Y porque sabía que sólo la muerte le daría verdadera paz a su espíritu. No necesariamente la muerte física, sino la muerte ésa que se deja el cuerpo atrás, olvidado y mediante la cual sólo comienza a vivirse de rememoraciones o de recuerdos.

No obstante, consideraría también entre sus prioridades esa oportunidad de estar cerca de sus hijos, de redimirse de pecados que nunca terminó de aceptar como tales. La gente de Santa María la fue reconociendo lentamente como un cuerpo ligeramente extraño, pero allí. Y perdonaban porque querían saber la historia completa, y mientras tanto, la dejaban trabajar en pequeñas cosas: talleres de creatividad para niños, cursos de ortografía y redacción, asesorías a tesis, y ella comenzó además a escribir semana tras semana en el diario local, siempre con dedicación y responsabilidad. Su vida era gris. Se relacionaba con sus hijos admirablemente, y la gente comenzó a preguntarse qué había sido lo turbio y si no valía la pena aliviar sus conciencias dar la oportunidad a cualquier oveja que volviera al rebaño, esperanzadamente.

Hubo, como siempre, comentarios. Algunos hombres le insinuaron acercamientos eróticos y fueron desdeñados con desdeñosa cortesía. Pensaron que, después de todo, debería tener una vida en otra parte. O, para no quedar tan mal, hicieron velados comentarios de consentimientos, no demasiado claros, dejando solamente la duda y el entredicho. En otros términos, ellos elevaron algunos grados el esplendor de su machismo, sin comprometerse para nada en reclamaciones o peleas. Pero nadie podía decir con exactitud que ella hubiera incurrido en deslices. Dicen que cuando iba de viaje quizá, tal vez. Pero nadie podía afirmarlo. Y ella llevaba más bien una vida en extremo recogida, sin asistir a festejos, sin participar de correrías de bebidas. Cuando el exmarido tenía el restaurancito, ella acudía a veces y hablaba con sus amigos habituales, escuchaba sus historias. Pero todo dentro de los estrictos límites de la urbanidad y la cultura. Y también otros límites, que ella se imponía para impedir acercamientos. Todo estaba calculado. Limitado. Y ésa era su vida. Quizá temías

excesivamente lo que pudiera haber más allá de los límites. Quizá la tensión de establecer un equilibrio entre matices le resultó excesiva y por eso decidió marcharse.

Quiero comenzar a escribir una biografía de esa mujer. Pero está muy reciente su muerte como para presentarme ante sus hijos y decirles: por favor, concédanme algunas entrevistas, díganme de dónde era, dónde estudió, muéstranme su álbum de fotografías, permítanme entrar a su computadora, revisar sus diskettes, porque quiero escribir una biografía. Seguramente me mandarían al carajo y yo quedaría como un irrespetuoso. El velorio y el funeral y los rezos de siete días fueron muestras de la profunda hipocresía del mundo: los que antes murmuraban a sus espaldas, señalando sus deslices amorios y de todo tipo; los que la atacaban por lo que ellos llamaban sus ambiciones de poder, estaban allí, con las caras compungidas. Claro que el padre de sus hijos es un próspero comerciante y eso pesa a la hora de condolerse por un difunto. Sin embargo, la Municipalidad llegó al extremo de pagar un aviso de 4x5 (extraordinaria generosidad visual) para establecer el duelo que embargaba a las autoridades por la pérdida de tan eximio talento regional. No especificaron, por supuesto, de qué se trataba ese talento. Pero no importa. Lo único cierto es que yo deseo escribir esa biografía y necesito conocer... Tal vez sea una buena táctica acercarme a esa gente, a los deudos, ofreciendo mis servicios (¿cómo qué?) como paleógrafo tal vez, o como polígrafo, para ordenar sus papeles.

File:
FRANCISCA MALABAR NOTAS DE INVESTIGACIÓN
Doc:word 6.x

Fecha:
27-02-92

22 de Agosto de 1990

La soledad puede ser una enfermedad mortal. He venido desarrollando de nuevo la anorexia. Los olores me molestan o me confortan los olores más extraños: el de mi excremento, tibio y suave, es uno de los más reconfortantes. El de mis jugos vaginales también. Llego a quitarme la ropa interior para dormir abrazada a ella. Siento que la locura atenta contra mis sentidos: el día pasa de hora en hora y cada hora que pasa es como una escalada hacia la noche: salvación por el sueño. ¿Y si no tuviera las pastillas a quién acudiría, qué sucedería? Los olores del día, los olores distintos de mí, me atormentan: vomito dos ó tres veces, a tosigada por esos olores y por la baba blancuzca que me llena la garganta y la boca, sin saber yo las razones. ¿Estoy enloqueciendo? ¿Qué diría de esto el doctor López? Nada, seguramente: los psiquiatras están desarmados ante la inocente desnudez de la locura. No puedo dejar de pensar en la historia del TRIÁNGULO DE PASCAL y una risa enorme me conmueve. Pascal planteaba que nada se perdía creyendo en la existencia de Dios ¿Decía que Dios era una esfera cuyo centro estaba en todas partes y cuya circunferencia en ninguna? No lo sé ya bien, y, en todo caso, Dios es una esfera múltiple de esa naturaleza: uno puede encontrarlo, con sus diferentes rostros, en todos los actos de la vida. Dios es como un friso de máscaras, como un juego de espejos, como un caleidoscopio de disfraces. Imágenes. Juego de espejos superpuestos, en oportunidades deformantes. Yo lo percibo, monstruo terrorífico, dueño de la vida, de este lado de mi soledad. Me dejó arrastrar por el Destino que él trazó para mí. Él escribió las líneas de mis manos. Él escribió el Libro y solamente Él. Él escribió la Carta de las Estrellas. Y todos los demás tenemos que cumplir hasta la más humilde de sus esquirlas para poder acercarnos a vislumbrar su rostro y su núcleo. Por un momento, pensé también *su ombligo*, pero es grave herejía pensar que Dios tiene ombligo. Implica una relación de origen con otros seres: Macho/Hembra o Andrógino Primordial. Es decir, que si en verdad estamos hechos a imagen y semejanza de Dios, la enorme diferencia debe hallarse en el ombligo. Las Ciudades Sagradas se dicen El Ombligo de la Tierra. Cordón desechado, podrido y vuelto polvo. Cicatriz. Placenta ¿en dónde? Supongo que la noción del ombligo es la del centro y tengo (y no tengo) miedo.

Son las 8 y 52 minutos de la noche. El reloj está frente a mí. Exacto. Inexorable y silencioso recordatorio de los plazos. Hoy invertí una hora de mi vida en un acto inútil: me bañé con sales perfumadas, me afeité las axilas, me unté con crema de almendras, me perfumé con mi perfume más costoso, busqué el traje de seda azul que estrené hace años, en una boda en México, uno largo y la con la falda recta, abierta con un pliegue lateral. Elegante. Hurgué en mis cajones hasta encontrar las prendas íntimas blancas y delicadas: las más nuevas: las que uno siempre guarda para el hospital o la muerte, y me vestí, calcé sandalias nacaradas con

adornos dorados, me maquillé con cuidado, haciendo el esfuerzo de resaltar mis ojos y mi boca, que antaño celebraron tantos hombres, peiné con cuidado mi cabello, destacando los rizos y las canas, me puse un collar de plata de dos vueltas que compré en mi juventud y completé el atuendo con unos pendientes de zafiro heredados de mi abuela. El zafiro combinaba maravillosamente con el traje azul claro. Me vi en el espejo y supe que aún era hermosa y deseable. Sin embargo, estoy sola. El patetismo de mis propios actos, de mi propia imagen, me hizo llorar.

23 de Agosto de 1990

Amanecí con fiebre y dolores en la espalda y en el cuello. Tomé café con leche y la pastilla de potasio. No quiero nada más. Anoche, a pesar de los tranquilizantes, me atormentaron las pesadillas. La cara me amaneció florecida con la erupción nerviosa. Esta noche debo asistir a un acto y me faltan cosas por hacer.

11:45 pm

Regresé del acto. Era la presentación de tres libros de autores locales, acompañada de un concierto que mezclaba Haendel con Inocente Carreño. La orquesta era una de esas curiosidades regionales, con muchos altibajos y algunas disonancias. A pesar de todo, aceptable para un acto cultural. El director era un gordo rojo, congestionado y sudoroso que parecía haber consumido alguna droga, tal era el brusco y desmañado vigor con que se movía, casi muriendo de apoplejía emocional, en medio de su desigual rebaño blanquinegro. Al principio, me sentí bien. Luego, en algún momento, me sentí como sentada en una silla voladora que me iba alejando más y más del sitio. Los síntomas se acentuaron al final del concierto, cuando comenzó el brindis y toda la cosa social. De pronto, yo estaba fuera, y *ellos* dentro de *algo* que los circundaba. Yo veía sus gestos normales y me parecían grostescos. La gente hablaba, gesticulaba, se aglomeraba en torno a la mesa de los pasapalos y las bebidas, devorando cuanto podían. Algunos compraban libros y rodeaban a los autores para pedirles sus firmas. Otros, hacían comentarios crueles sobre los autores y sus obras. Todo se fue volviendo absurdo, como si tuviera puestos unos lentes deformantes: veía frente a mí una mujer morena y gorda vestida de blanco. Parecía un tapir. Hablaba y hablaba con voz monótona. La abrazaba un joven menudo de cuerpo, que a cada rato repetía que era su esposo. El joven tenía un colmillo de oro, pero parecía agradable y amoroso. Se mostraban cariñosos entre sí, pero algo los diferenciaba, haciéndolos lucir paradójicos. A su lado, había otra muchacha gorda y con los labios pintados de rojo encendido, que hojeaba con pasión uno de los libros, vestida con un

traje de boherista mexicana de los años 40: lentejuelas y escote profundo en verde oscuro, y después, un tipo bajito con bigote canoso, que hacía comentarios sobre la ausencia de las autoridades, esa pandilla de incultos e ignorantes que jamás respaldaba con su presencia los actos culturales. Estaba también una anciana gorda vestida de satén brocado en azul celeste, con un enorme lazo en la cadena. Era muy amable y sonreía continuamente. Tenía la cara como una tortuga. La imaginé sin afeites y sin ropas: todos los pliegues colgándole. Me sentí mal. Tenía ganas de vomitar y decidí venirme a casa y escuchar música. Se suponía que aquello había sido un concierto con un brindis de aditamento. Los muchachos de la orquesta recogían humildemente sus instrumentos y nadie se ocupaba de ellos. La autora de uno de los libros, señora de clase media alta, muy católica, sólo esperaba a que se fuera la mayoría de la gente para destapar dos botellas de champagne francés que había traído para brindar con sus íntimos. Para complacerla, la gerente de la institución que propiciaba el evento escondió el whisky, que de todos modos era malo, y comenzó a hacer parpadear las luces. Terminaban de servir un coctel de pobres que desdecía de los trajes rutilantes, y lo servían en vasos desechables. Cada vez sentía una náusea mayor. Decidí irme. Volví a casa y vi una película en la televisión sobre el agente naranja, una especie de contaminante químico hecho durante la guerra de Viet-Nam. Vi otra película antigua, pero no recuerdo mucho, porque ya estaba durmiéndome. Eran las tres de la mañana cuando apagué el televisor.

24 de Agosto de 1990

Esta mañana me desperté con las manos crispadas. Había estado soñando con gente que me perseguía por calles solitarias. Estaba caliente y reseca. Me levanté, me bañé y bebí mucho agua. Ahora, siento un temblor que recorre mi cuerpo. No es exactamente un temblor, sino un como ligero tremor de los músculos. Tengo las mandíbulas como endurecidas, la dentadura como trabada por un esfuerzo inconsciente. No puedo mantener la atención en la lectura y la escritura sino por breves períodos. Me pregunto, en medio de la desesperación, de éste no saber cómo dominarme, cuánto va a durar esto, o si va a ser permanente. ¿No podré escribir nunca más? Y sé que mi única salvación es ésta: escribir, conjuntar las letras para lograr un objetivo: un aforismo, un cuento, aunque sea breve, una reflexión, un fragmento descriptivo de algo: algo algo algo, aunque sea minúsculo. Mientras pueda escribir, sé que no estaré perdida del todo. Como uno de esos personajes de Becket, lucho contra el proceso de autodestrucción. Lucho ¿inútilmente?

Me entrevisté con el hijo mayor de Francisca. Fue muy amable, muy cortés. Es uno de esos jóvenes higiénicos y bien criados ante los cuales uno tiende a sentirse como una porquería. Uno, con su traje arrugado, con el cuello de la camisa curtido, con varios tragos encima, con manchas de sopa alrededor de los labios, con el deseo de obtener una historia que lo salve de la mediocridad de un periodismo mal ejercido hace tiempo, aunque sea a costa de una difunta que seguramente lo que más deseaba en su vida era que la dejaran en paz.

El muchacho, sin embargo, pareció no notar mi aspecto, mi sudor, mi ansiedad. Me dijo que debía esperar a la revisión de los papeles de su madre. Sabía que había dejado muchas cosas escritas, casi todas inconclusas, porque ella misma lo comentaba con frecuencia. Lo primero era hacer un inventario, una clasificación de sus obras de arte, de sus fotos, de sus carpetas. Existían muchos archivos en diskettes (y ése era un elemento que yo había pasado por alto: ¿cómo llamaría los archivos? ¿usaría passwords?) y muchos de ellos contendrían cosas íntimas y personales que no convendría sacar a la luz —Usted comprende, ¿no?—Y, aun así, sabemos que nuestra madre era una persona muy especial y nos gustaría publicar sus cosas publicables, sin perjudicar su imagen.

NOTAS PARA UNA AUTOBIOGRAFÍA

(1988)

Regresé por Punto Fijo con la idea de ver cómo eran las cosas, evocando las imágenes de Roberto. Me vine desde México hasta Maracaibo en el avión, y desde allí tomé un autobús, atravesando arideces sin nombre, percibiendo la presencia de un mar de agreste belleza, para encontrarme con mi morral a las puertas del hotel **Venicia**, al que se accedía por una escalera tenebrosa. El hotel estaba en una calle céntrica, frente a una parada de carritos por puesto que funcionaba los días laborables. No obstante, era domingo cuando llegué y todo estaba tranquilo, Nada anticipaba el escándalo cotidiano de la zona, el desconcierto de lo cotidiano en que me vería envuelta después, mientras intentaba tomar una decisión. La habitación era pequeña, pintada de un rosa pálido. La cama tenía los fuelles vencidos. Las toallas eran delgadísimas y daban grimas. Había un televisor minúsculo a colores, un clóset minúsculo, un bañito, una mesilla de noche de madera, sin lámpara. Nada de lo que había allí me permitiría ver lo que Roberto había visto: eso lo entendí. No obstante, había llegado desde destinos bien lejanos para ni siquiera intentar. Busqué en el directorio telefónico un apellido. Un taxi me llevó a una urbanización totalmente distinta de la ciudad: casas separadas por amplios patios jardines cuidados primorosamente, cercas pintadas de blanco y el mar, a lo lejos, sin el presentimiento de las refinerías, sin suciedad. Llegué a la casa, al número. Describí entre la maraña de los recuerdos las descripciones de Roberto. Y, sin embargo, no me decidí a tocar. ¿A santo de qué yo iba a revivir el dolor de esa gente? Yo sólo quería, en el fondo, una historia para contar. Y Roberto me había contado los datos básicos: una familia más o menos acomodada, sus días en el Seminario Diocesano, el descubrimiento de la injusticia, no como acto unívoco, sino como la acumulación de equívocos actos sociales: su vocación de sacerdote sacudida por los desequilibrios de su sociedad, el abandono de todo, la breve estadía en la montaña hasta que entendió que no era aquí, sino tal vez en El Salvador, en Guatemala, y el efecto dominó que afirmara el foquismo del Ché. Porque el Ché no podía haberse equivocado. Y entonces no tenía sentido que yo estuviera allí, porque la historia de Roberto comenzaba en verdad a partir de su viaje a Centroamérica y su incorporación a la gente de Gaspar Ilom y a la muerte estúpida en un trozo de bosque cerca de Palenque, y el mensaje recibido por mí, en México, donde se me notificaba esa noticia, como si yo fuera la viuda que nunca quise ser, ni hubiera sabido ser, en caso de haber querido, porque cuando Roberto llegó a mi vida él demandaba la pureza de un amor y un sacrificio que yo ya no podía darle. Sin embargo, recibí el mensaje. Y como una viuda me fui a Guatemala, repitiendo a la inversa el largo viaje en autobús realizado hacía cuánto tiempo, y me hospedé en un hotelito de naturaleza incierta, casi una pensión, donde un indio anciano me entregó

el paquete con el diario, la cadena de oro con el crucifijo, algunas postales de sitios diferentes en el mundo, todas con remitentes tachados: las posesiones que él había dejado expresamente para mí antes de encerrarse en la mole de su guerra. Y nada más. No quise preguntar. No quise responder preguntas. Hice el viaje de regreso a México y pasaron los meses: un año, casi dos, el paquete oculto en la parte alta de los clósets. Traté de no pensar en nada: ni en las ilusiones perdidas, ni en la carencia de fe, que me condenaba al Limbo: no al Infierno, sino a ese territorio aséptico e inocuo: Limbo Limbo Limbo. Ahora, en Punto Fijo, dudo sobre si enviar o no este paquete al que no siento tener derecho, en verdad, a la madre, a la hermana que sé que existe.

26 de Agosto de 1990

Uno de los síntomas de la decadencia política es el exhibicionismo exacerbado de los gobernantes: Calígula, enjoyándose él y su caballo; el Rey Sol, desplegando sus sedas y sus encajes y sus brocados y sus banquetes, en Versalles, y la respladesciente Corte detrás, y, más atrás, los mendigos recogiendo las migajas. Ahora un presidente latinoamericano agasajando a otro presidente latinoamericano con un almuerzo suntuoso, transmitido por televisión en vivo y directo a los 24 millones de hambrientos de su país. Un periodista se tomó el trabajo de hacer cálculo: cada botella de vino equivalía a 12 kilogramos de leche en polvo, es decir, doce latas de un kilo, cantidad útil para suplir durante tres meses una familia de cinco miembros: dos adultos y tres niños. La historia enseña, pero el hombre no aprende: después de los banquetes romanos llegaron los bárbaros. Después de cada esplendor vinieron siempre los cuchillos afilados y la sangre y las cabezas que rodaban.

Visión

El lago era un óvalo candente. El horizonte estaba cerrado con cumbres verdeoscuro. A la derecha, el valle, donde la multitud estaba. El valle entero cercado en parcelas de piedras blancas como huesos. Todos esperaban las palabras del Maestro. De pronto, Él se levantó y su voz rebotó en las cumbres, estremeció los cercados, onduló la superficie del lago, corrió por entre las piedras, conmovió a los hombres, estuvieran donde estuvieran:

Bienaventurados los pobres, porque de ellos es el Reino de los cielos

Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados

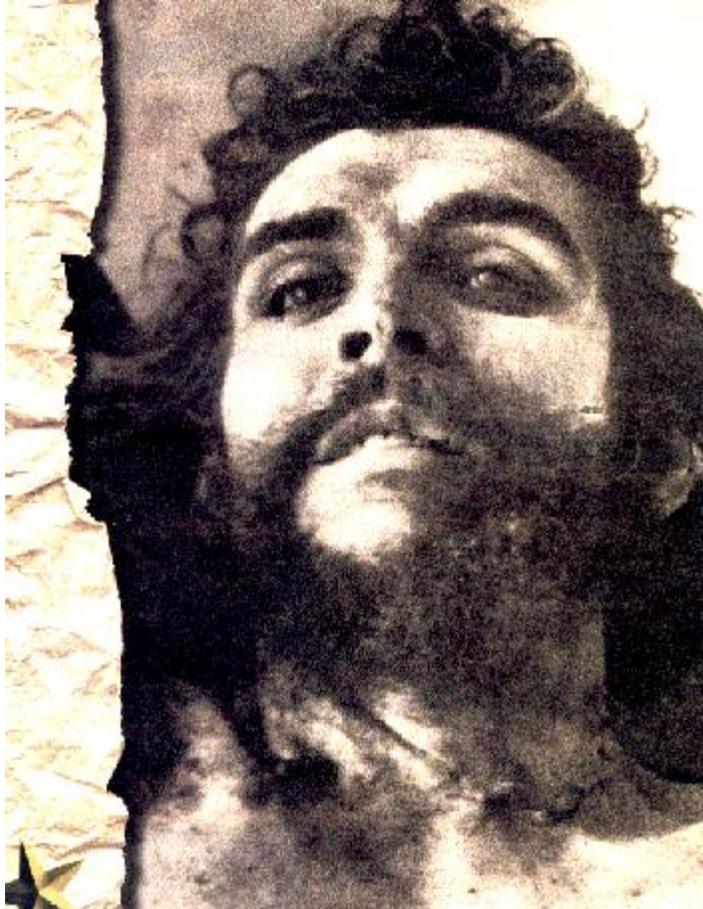
Bienaventurados los que tienen hambre y sed de Justicia, porque ellos serán hartos

Bienaventurados cuando los maldigan y los persigan y digan todo mal de ustedes, por causa de la Justicia

Roberto andaba por la tierra, su bandera enarbolando. Una bandera rebelde, de pan y de vino levantando, y aunque le pusieron cadenas vendrán otros muchos con libertad... Compañero... Muchas veces le pregunté por qué y me dijo solamente: **Por el Sermón de la Montaña.** ¿Qué mezcla de doctrinas lleva a ciertos hombres a buscar Libertad y Justicia para todos? Y los hombres ¿agradecen en verdad el sacrificio más allá de la euforia de los triunfos? Todo es vanidad y aflicción de espíritu. Tantos muertos. Tantos muertos.

Notas para la Novela sobre El Pitirre

Se veía el ansía del resuello subiéndote desde el vientre, marcándote el costillar. Crepitaban tus pulmones. Silbaban tus bronquios y bronquiólos inflamados. Jadeabas. Cabeceabas tratando de espantar el asfixia. Tu cabellera mojada se pegaba al cráneo. Tu aliento era cada vez más una queja. Te precipitabas hacia las cavernas de la desesperación y alrededor de tus pupilas vidriadas, círculos azules delataban el esfuerzo. Era el asma que se posaba en ti como una enorme águila, era el asma, doliéndote desde los riñones hasta el occipital. Duele el diafragma espasmodido a fuerza de buscar aire. Duelen las paredes del estómago. Duele el esófago a fuerza de fiebre y de sed. Duele la rabia, el deseo desesperado de botar todo lo que sobra, de abrirse en canal para ver si así el aire entra raudamente en las venas, arterias adentro duele el deseo de creer (¡Dios mío, dame la fuerzas!) duele la fuerza que la presión de todo ejerce contra uno, que trata de sobrevivir contra todo riesgo y amenaza. El asma puede reflejarse en la hipersensibilidad de la piel, expandida como una de esas flores heliotrópicas, ansiosas de luz, de calor, de aire. El asma puede sentirse en la electricidad de los vellos y del pelo: cada hebra es una antena que recibe ondas de cualquier tipo, haciendo del asmático un individuo delicadamente enfermo de sensibilidad humana. El asma puede ser un tesoro glorioso para ir a parar a la Isla del Tesoro o ser compañero de Robinson Crusoe. O a cualquier otra isla: una, sin nombre. Y sin embargo tú, con tu costillar al aire, con tu zumbido de moscas, con tu jadeo, continuabas pegado a los otros, ansiosamente pegado, como si creyeras que de ti dependía toda libertad, todo triunfo, todo consuelo. Y era verdad en cierto modo. No obstante, no del todo, Ché, no del todo.



25 de Agosto de 1990

En este mes ha habido varios muertos conocidos. Advertencias. Agosto es siempre terrible en ese sentido casi como Febrero. Se instala un profundo olor, una humedad que vuelve el calor cotidiano algo aceitoso, y a veces uno se siente prendado en una atmósfera de muerte. Así que no es extraño que lleguen estas noticias. Y uno piense qué fue de esa gente que uno conoció y dejó de ver y ya no vio más. Dentro de esas noticias de muertos, apareció el obituario del poeta Elías Moreno. Hace mucho tiempo nos habíamos alejado sin causas aparentes: él se mudó, yo olvidé escribir. Después de años de amistad, ningún papel cruzó esos abismos, eso pasa. Dicen que lo mató el cáncer. Dicen que el SIDA. De todas maneras, dicen que su muerte fue laboriosa y llena de dolores que lo desgastaron hasta los huesos, que lo degradaron y lo hundieron en el pozo de la lástima. Su vida tampoco fue feliz. Nada le fue ahorrado. Sus enemigos juran que no podía ser de otra manera. Y, sin embargo, yo sólo recuerdo un hombre cortés, un hombre inteligente que vino a instalarse en este pueblo con la intención de hacer algo diferente. Entonces, se propuso organizar un Ateneo, eso que debía ser un centro de generación de arte y de cultura dentro de una comunidad que vivía mucho hacia lo superficial. Y convocó

a mucha gente, fue amplio y generoso, gastó parte de sus bienes e inclusive le hizo creer a muchos que eran mejores de lo que en verdad eran. Y luego, esa misma gente conspiró para atacarlo: lo cercó, lo injurió, y lo persiguió hasta que aceptó que el exilio era lo mejor. Es curioso: ese patrón casi siempre se repite entre esa gente de la cultura: hay por ahí un grupo subyacente que se incorpora a un movimiento y lo corroe con su presencia, lo deteriora, lo transmuta en una monstruosidad, porque ellos mismos son monstruos: bacterias corrosivas. O vuelve la idea inicial una cosita inofensiva, de acto cultural. Mentalidad provinciana, dicen algunos. Pero yo pienso que no, yo pienso que sí son bacterias, algunas revestidas por barnices, con la creencia de que cada pequeño burgués, por el sólo hecho de serlo, es también un intelectual. Pero como no lo son, agarran cualquier asunto que les permita tener relevancia, y lo agarran como conejo recién cazado, para que no se les vaya de las manos. De todas maneras, nada de eso importa ahora.

También este mes murió Julio Barradas. Durante años, fue linotipista, tipógrafo, corrector de pruebas, montador, diagramador en aquellos periódicos donde los talleres eran pura candela y plomo derretido. Y él anduvo como rey por aquellos infiernos. Era un hombre ilustrado y extraño. Vivía en una habitación de hotel, pero había comprado para su uso una cama de agua. Tenía además decenas de curiosidades electrónicas: minitelevisores, minicámaras fotográficas del tipo Leika, minigrabadores con minicassettes. Cada año pasaba sus vacaciones en Miami y de allá traía esas curiosidades con las que impresionaba a la redacción entera. Tenía además unos sueños eróticos al parecer trascendentes, puesto que atraían hasta a gente de otros periódicos para que llegaran a escucharlo, con la única condición de que las mujeres se fueran al otro extremo de la habitación... ¡Julio...! ¿Quién iba a pensarlo? Quizá él tenía una familia en algún lado, nadie lo supo nunca, y comía todos los días las sopas del restaurancito **San Antonio**, calientes y bien sazonadas, rodeado de las putas y los desocupados y toda esa ralea imperfecta, pobre pero honrada, aunque seguramente nunca honesta. Al final de su vida, se consiguió un mujercita de lo menos sofisticado del mundo, nada de belleza rumbera, ni de gustos electrónicos: una mujercita pobre, con cuatro hijos, y fue ella la que lo aguantó cuando el cáncer comenzó a comérselo.

Dios: tantos cadáveres.

Ayer murió también Landaeta en el **California**. Quizá fatigado de esta en su habitación (4 x 5 metros) cama doble, mesita de noche, cortinas de color verde hotel, paredes empapeladas a rayas verdes y amarillas, haya bajado a sentarse en una de las mesitas del

Chicken's. Quizá hay estado intentando leer, o mirando las manchas del techo, antes de eso y se le ocurrió de repente bajar a tomarse una cerveza helada. Entonces hubo una pelea y en medio del tumulto, lo apuñalaron. Landaeta también había tenido una familia y también había optado por la habitación de hotel ¿Qué une a estos hombres? No hay variaciones. Es el mismo hastío. O sí ¿quién sigue ahora?

Todos ellos fueron alguna vez mis compañeros de trabajo en la redacción del diario, cuando trabajaba corrigiendo pruebas, en aquellos tiempos, recién llegada yo a Santa María desde destinos quebrantados. En aquel entonces, el viejo Barrios creía que podía hacer un periódico moderno como si fuera un barco de chapaletas. Todo era un anacronismo, cada día más anacrónico que el otro. Vi el paso de los candeleros a las máquinas pulcrísimas, pero no vi el cambio de mentalidad de los operarios, lo que hacía todo aquello divertido y a veces también trágico. Recuerdo una noche, cuando yo estaba de guardias en la redacción, y estaban Julio Barradas, el poeta Elías, Lambert Marcano, Juan Martínez, y alguna gente de los talleres, como Jorge, El Bachaco y el Maestro Navarro. Tal vez veíamos un juego de algo por la televisión o un macho de boxeo... No. No sé exactamente lo que recuerdo. Fueron muchas noches así, esperando el momento de *cerrar* el periódico: de tener ya lista primera y última y hasta el último obituario, comentando los cables y los télex, revisando las fotos en aquel montón a que llamábamos archivo, o escribiendo esas tonterías, pequeñas crónicas basadas en las noticias que mandaban los corresponsales desde los pueblitos cercanos: un hombre mató a otro porque lo sorprendió fornicándole la chiva. Cosas así. Los talleres hervían de actividad. Las rotativas comenzaban a echarse a andar y ese olor a tinta y a tiner era embriagante, feliz. Un olor feliz. No obstante hubo un día, una noche, después de la incursión aérea en Cantaura y cuando no se sabía si la lista de muerte eran esos veintidós o esos eran los suministrados por los soplones de turno. La mujer llegó a la redacción acompañada por dos jóvenes. Era de mediana edad y estaba despeinada, desmadejada, pero como rodeada de un hierático dolor. Y nos pidieron que leyéramos la lista, y Lambert quiso evitarnos el mal trago y les preguntó el nombre de la persona que buscaban para ver si, pero ellos, no, querían escuchar los nombres de la lista, y en el silencio de la redacción de ocho, ocho y media de la noche, Lambert comenzó a leer, nombre por nombre y cuando llegó al décimo cuarto quizá, la mujer comenzó a llorar con un aullido que le subía de la entraña, curiosamente apagado, y Juan se acercó para ofrecerles un trago o café o agua o cualquier cosa, pero ellos rehusaron, los jóvenes sosteniendo a la mujer que se doblaba se retorció con aquel dolor tan antiguo, tan terrible. No siempre los días fueron fáciles o felices. No siempre.

27 de Agosto de 1990

Me siento como recluida en la celda de un monasterio. Como se supone, soy una penitente. No obstante, sé que no puedo esperar ningún día glorioso mientras no franquee las barreras que me hacen ser cómplices de los demonios. Todo el peso de mi carne, toda mi bajeza, ya no pertenecen al volumen de los vivos. Soy no-viva. No tengo derechos. Así se me ha dicho: el Ángel me repite día a día la condena, me señala la mortaja. El Ángel puede ser muy cruel. Lo critica todo desde su punto de vista. No tiene en consideración la fragilidad del ser humano, o sólo la considera si va en pro o en contra del designio. Eso es lo único que le importa: el designio y el Plan de Dios. Ningún beneficio nos es asomado a cambio de las transformaciones radicales y los arrepentimientos y renunciaciones que nos exige. Yo he llegado a comprender que la única manera que tengo para salvarme es asumir la absoluta soledad. Realidad disuelta. Existencia de humo. Nada de pasiones. Sólo renunciaciones. Visiones místicas. Y el mar. ¿Podré lograr que las partes cortadas de mi alma sean recuperadas como un archivo borrado, o renovadas, como las partes amputadas de un cangrejo? No. No. No. Mis cuentas de ganancias y pérdidas cerraron en rojo. Sólo me queda la presión. Sing-Sing en pleno trópico. No sólo rejas. También correas de cuero en las muñecas y en los tobillos para aplicar electroshock en la camilla. Plath. **CAMPANA DE CRISTAL**. Busco mi propia Campana de Cristal. Mantente al margen. Los demonios me conducen a la celda del laberinto. ¿Los demonios o el Ángel? Comprendo a Althusser. Ya no hay que avergonzarse de ser esquizofrénico, ni fanático, ni ocioso, ni masturbador, ni epistemólogo. Ellos han estado a punto de sumergirme en un pozo. No obstante, no hay odio. Mi odio siempre ha sido muy particular: migajas del olvido o de la memoria. Nada concreto, ni sólido. Hay muchas historias allá afuera. El mundo está en llamas. Tal vez sea bueno recogerse en el convento. Cuando yo me muera, dentro de trece años y ocho días, lee bien, tú, que en ti confío, entiérrenme en un cofre gris y haz que una banda acompañe el cortejo tocando *Brasil*. Así, la gente se asomará a su paso, sonriendo y la cosa no parecerá tan patética, ni tan sola. Así creeré en verdad haber huido hacia un estadio de felicidad, hacia una paz sin límite (aunque al final sea otra mentira y la muerte sea solamente otro sueño dentro del sueño, o un estado temporal de descanso antes de regresar, con los ojos vendados de olvido, a este valle de lágrimas) Por lo menos, eso espero, habré huido de esta convivencia forzada con el Ángel y de la imposición de los designios.

Me pregunto una y otra vez para qué sirven estas palabras, adónde van... Ahora, estoy buscando un texto que había escrito sobre las Erinnias. Pero no lo encuentro. Tal vez lo rompí. Tal vez.

Erinias, también Furias, en la **mitología griega**, las tres deidades vengadoras:

- Tisífone (la vengadora del crimen),
- Megera (la de los celos),
- y Alecto (siempre encolerizada).

En la mayoría de los relatos, las Erinias son las hijas de **Gea** y Urano; a veces reciben el nombre de hijas de la Noche. Vivían en el mundo inferior, de donde ascendían a la tierra para perseguir a los malvados. Eran justas pero despiadadas y no atendían a circunstancias atenuantes. Castigaban todos los ultrajes contra la sociedad humana tales como el perjurio, la violación de los ritos de hospitalidad y, sobre todo, los delitos de sangre.

Estas terribles diosas tenían un aspecto horrible, ya que su cabellera estaba formada por serpientes retorcidas y brotaba sangre de sus ojos. Atormentaban a los TRANSGRESORES persiguiéndolos de un lugar a otro de la tierra y volviéndolos locos. Una de las leyendas más famosas sobre las Erinias se refiere a su implacable persecución del príncipe tebano **Orestes** por el asesinato de su madre, la reina **Clitemnestra**. Orestes había recibido el encargo del dios **Apolo** de vengar la muerte de su padre, el rey **Agamenón**, a quien había matado Clitemnestra. Las Erinias, sin embargo, ajenas a sus motivos, lo persiguieron y atormentaron. Orestes apeló finalmente a la diosa **Atenea**, quien persuadió a las diosas vengadoras para que aceptaran la explicación de Orestes, que de esta manera quedó liberado de su falta. Cambiaron su aspecto cuando aprendieron a mostrarse misericordiosas. De Furias, de espantosa apariencia, se convirtieron en **Euménides**, protectoras de los suplicantes.¹

¹"Erinias", *Enciclopedia Microsoft® Encarta® 98* © 1993-1997 Microsoft Corporation. Reservados todos los derechos.

¿Lo rompí? ¿Borrar un archivo del directorio es romperlo? ¿recuperarlo implica registrar la basura vieja? Me viene a la mente La imagen de un basurero virtual: un lugar adonde van masas de información computarizada: bites y bytes eliminados de sus clusters, de los trackers condicionados. Y esos bites o bytes borrados **existen**: pues de hecho es factible recuperarlos con toda su información intacta, o más o menos intacta, dentro de un tiempo prudencial después de haberlos borrado. Sin embargo, su existencia es invisible para el ojo humano y también para el acontecer natural. No son cosas naturales. No se transforman, y, precisamente en el hecho de mantenerse idénticos en su sustancia, reside la bondad de su existencia en sí. Ellos pueden —literalmente—resucitar de entre los muertos: con cuerpo y memoria íntegros, como el día en que fueron borrados. A menos que en ese lapso, otros archivos hayan sido construidos sobre la espectral ocupación. Entonces, y por disposiciones espaciales propiamente dichas, desaparecen. De todos modos, recuperado el tan anhelado documento desde la Enciclopedia ¿a qué se debía? Quizá era en cuanto a Alecto o a Megera, o a su increíble y triste historia de transformación en misericordiosas Euménides.

29 de Septiembre de 1990

Hacía mucho tiempo que no escribía en este archivo. Los días han estado fluyendo tranquila, pacíficamente. El sol de la mañana me levanta siempre rutilante. Me aseo y tomo café recién hecho. Entonces escribo un rato, dos horas, en ensayo breve que estoy preparando sobre las relaciones entre periodismo y novela, un ensayo teórico visto a través de ciertas consideraciones de estilo, algunas técnicas de observación y de recolección de datos aplicables a uno y otro género. Luego, preparo el almuerzo. Frugal. Veo un rato la televisión. Leo. He tomado como costumbre dar un paseo por las calles. Nada del otro mundo: caminar por las calles, comprar alguna baratija, conversar con algún conocido o con un dependiente. Acostumbro ir a un concurrido café situado en un centro comercial modestísimo, donde preparan buenos sandwiches y un buen expreso con crema. Y luego regreso a casa. Leo otra vez y tomo notas para el ensayo que al día siguiente continuaré. Y así, sucesivamente. Terminé el guión de cine y después de todo no compré ningún aparato, así que no tengo apremios económicos. Me acaban de contratar para escribir un MANUAL DE REDACCIÓN DE MONOGRAFÍAS para un Instituto Universitario. Actualicé mi bibliografía sobre técnicas de investigación porque en esa área funcionan las modas formales, compré, además, un buen y caro DICCIONARIO DE FILOSOFÍA, adicionalmente, digo, y trabajaré un rato en las tardes, quince o veinte días, sobre ese asunto. No un montón de dinero, pero sí algo. Como para compensar el gasto del DICCIONARIO y pagar mis gastos de sobrevivencia dos meses. Así que ¿sobre qué escribir? Todo transcurre plenamente y sin escollos grandiosos, sin remolinos, ni tormentas. Buena salud. Buen

apetito. Trabajo permanente. Buen sueño. Dejé de tomar tranquilizantes y espacié mis visitas al doctor López, con su anuencia, por supuesto. No es que él determine mis actos. Sin embargo, considero que una manera de estar en pacíficas relaciones con el universo de los médicos y sus decisiones es pagar el tributo de una relación. Ser *paciente* implica un nivel de dependencia con un médico: es decir, asegura a los otros médicos que uno está soportando un tratamiento, que uno está aportando su cuota de tiempo y de dinero para el justo mantenimiento de los *status* sociales, económicos y culturales, de un colega, que uno está rindiendo testimonio de fe, públicamente, al gremio, a la profesión: a la Ciencia, con mayúscula, pues. *La paciencia*, según el Diccionario, *es la virtud del que sabe sufrir con fortaleza a los trabajos y enfermedades*. Y otra acepción dice: *Calidad del que sabe esperar con calma*. Y un paciente es, por una parte, aquel que tiene mucha paciencia, pero también, según el Todopoderoso y Omnisciente, la persona que padece una enfermedad. Así que todo esto justifica mi paciencia con López. No hemos podido establecer ningún nexo real: es una rutina como la de esas mujeres que se dejan penetrar por el esposo. Ni a mí me gusta él, ni a él le termino de gustar yo. Lo veo a veces como la Hiena de los tv-comics: la Hiena compañera de Lioncio el León. Quejicoso. No mira de frente. Hay en él algo de azogue, de azogue sin vidrio. No sé. Entonces, converso cuidadosamente con él, bordeando cualquier tema que pudiera incluso acercarse ligeramente a algún malentendido semántico, o broma, o ironía. Y me eximo muy cordial, muy gentilmente, de expresar opiniones de cualquier tipo, más aún las políticas, dado que él tiene aspiraciones en ese sentido y se pasea como un gran combatiente en la palestra municipal. A menudo veo en su consultorio a personajes estrafalarios que le sirven, creo yo, a sus fines políticos: hay un tal Carlos Malavé, un hombre sombrío, huidizo, de aspecto sucio, que es el encargado de diseñar los materiales. Este Carlos me pidió el favor de que le hiciera en la computadora algunas cosas, algunos diseños de volantes y pequeños afiches, y no vi motivos para negarme, aunque me repugna que entre a mi casa porque parece ser portador de una inmundicia tal que él mismo prefiere caminar pegado a las paredes, alejándose de los otros. Hay gente así. Gente que es en sí una llaga cuyo olor se siente, cuya supuración se intuye. Leprosos. Condenados por quién sabe cuál terrible designio. Con frecuencia llega también al consultorio el hermano de López, un gordo melenudo y brutal que se dice a sí mismo *educador*. Y aun hay otro hermano, del que dicen que es un genio con las computadoras, y quizá por eso, por esa incapacidad de los sueños, anda rodando de aquí para allá y de allá para acá, sin objetivos aparentes, viviendo de prestado. Ninguno de ellos parece formar parte de una sociedad secreta. No parecen capaces de generar los ritos, los juegos las parcelas de sacralización y obscenización que siempre implica una secta. O quizá su serie es La Pragmática. Su Señor es el Signo Monetario: en cualquier caso *Secta Currency*, pero lucen ásperos, burdios. Ni aun el doctor Mentedepollo, más como dispuesto al asunto,

parece un sectario. Lo veo en algunas oportunidades en los pasillos de la clínica. Todos ellos son amables conmigo. Se sienten aliviados de que asista una vez por semana a la consulta y me deje medir la tensión y me pese y tome las vitaminas prescritas y como tras o cuatro veces al día alimentos sanos y necesarios para mantenerme viva y en forma. Y hasta tome mis pastillas tranquilizantes, para tranquilidad de todos. Sin embargo, todavía no se me quita de la cabeza aquella hiperreacción cuando el asunto de **Triángulo de Pascal**. En estos días leí un artículo para estudiantes: algo de Lógica Universal y Lógica Existencial. Reduccionismo al lenguaje de la Matemática, y comencé un poemario, LOS CUADERNOS DE GALILEO. Mi hijo me dijo que la Lógica es siempre la misma y que lo que varía es el Lenguaje.

02 de Octubre de 1990

Román y mis dos hijos me invitaron a ver el primer ensayo general de la obra de teatro que dirige un amigo de ellos. Román me pidió que fuera amable, me embromaron mis hijos prometiéndome a cambio una buena cena. El teatro no es una de mis debilidades. A menudo soy incapaz de soportar más de 45 minutos sentada, prestando atención al ingenuo intento de representar la realidad por parte de tres o cuatro personas sobreactuando, gritando, excesivamente maquilladas o portadoras de máscaras y disfraces y coturnos, todo ello en forma tan ostensible. Requiere para mí un esfuerzo adicional del intelecto aceptar que esas escenografías de cartón pintado y esos bombillitos de colores, esa gente gestualizante y esa música transmitida por un mal aparato de sonido, esas palabras grandilocuentes, inclusive cuando son groserías o maldiciones, o lo que sea, me estén diciendo algo de una historia real: algo que pudo pasarme o pudo pasarle a alguien. Y mientras menor es la calidad de los elementos, menor es mi capacidad de creer y menor mi capacidad de atención. Así que evado ir al teatro, porque no me gusta torturarme innecesariamente, ni me gusta ser descortés con esos héroes de cartón piedra, ni está en mi naturaleza ser cruel. El asunto es que a veces he asistido a una obra, generalmente de algún clásico puesto en escena por un buen grupo, y he disfrutado mucho, he sentido la magia ésa que dicen. Y justamente por eso me repugna tanto mal teatro. Porque yo sé que es posible conseguir otra cosa. Raramente, quizá. Pero es posible. Y como voy prejuiciada, siempre me acerco a la obra con cautela. Porque, además, conozco a la gente de teatro: hipersensible, egoísta, hipocondríaca, pagada de sí misma, con esos gestos que fingen una libertad que no tienen y en la que no creen, tan poco conscientes de las apariencias, actuando siempre, imitándose a lo que desearían ser ellos mismos: gente de teatro. Y eso es disculpa para todo. Eso lo explica, lo justifica todo. Se parecen mucho entre sí y con su modelo y me atemorizan en verdad, porque los únicos clones que soporto son los que

semejan las computadoras personales de IBM. Así que, imbuida en ese espíritu, fui a ver el famoso ensayo general.

La obra era uno de esos *mixed* de poemas de diferentes autores que van desde Vallejo y Neruda hasta El Poeta Local, en este caso, Efraín Hoyondo, junto con algunos textos del director, qué sé yo, de uno o dos de los actores más o menos dotados y leídos. De todas maneras, tenían estos la disculpa de su juventud. Eran jóvenes, no muy jóvenes, sino bastante. El sitio de ensayos era el auditorio del Ateneo local, remodelado recientemente por la Compañía Petrolera, por lo que tenía ese aire de sala de eventos de una escuela privada: piso de granito fácilmente lavable, telón en damasco rojo, pesado y tupido, esquema de lámparas colocadas en una parrilla sobre el escenario, aire acondicionado integral y sonido mediano. El director había escogido una puesta en escena rectangular: es decir, abrió un rectángulo con las sillas en el centro del salón y en torno a tal rectángulo se colocaría el público. El rectángulo central estaba lleno de elementos escenográficos muy simples y la iluminación le llegaba oblicua. Todo era modesto y escueto. Así que el peso recaía necesariamente sobre la actuación y la voz, que eran terriblemente mal manejados. Todo era tan terrible que dejé de entender la mitad de los poemas presentados, esforzándome por pura cortesía en permanecer hasta el final. La obra duró una hora y fue más que suficiente para mí. Oh, Dios, decía en mi interior, gracias. Pero la tortura no había terminado, pues el director y los actores, que eran tres: dos muchachos y una muchacha con el cabello muy corto, nos pidieron que les dijéramos las fallas. Y me miraban a mí, directamente, comprometiéndome, porque yo había entendido que Román había aportado algún dinero para el montaje y también mi presencia allí era como una especie de regalo que ellos, humildemente, aceptaban, y entonces qué podía hacer yo. Pero había asistido ese hombre, el farmaceuta ése que quiere estar metido en toda cosa cultural y comenzó a hablar con una voz alta, engolada y dura, como si estuviera dando una conferencia muy especializada para un auditorio enorme y repleto, y no comentando un ensayo teatral para diez o doce personas. En primer lugar, dijo, no le gustaban las creaciones colectivas. Hasta ese momento, yo había creído que la obra era del amigo de Román y no había oído hablar de creaciones colectivas, así que miré a Román y él me hizo un gesto de *déjalo correr*. En segundo lugar, dijo, no veía la relación entre la poesía de Efraín Hoyondo, a quien jamás había podido leer él de ninguna manera, y los grandes maestros de las letras universales, dijo. Y yo pensé cómo podía hacer una relación sin haber conocido una de las partes. El director de la obra y los actores comenzaron a defender su trabajo apasionadamente. El Simeón contraatacaba, siempre con voz altísima, de locutor pueblerino. Los demás, muchos de los cuales eran novias, parientes, allegados, observábamos en silencio el intercambio hasta que Román intervino, reposadamente, y dio las gracias a los asistentes, y

dijo que se tomarían en cuenta sus amables observaciones, y dijo que éste era un muy loable esfuerzo por generar movimientos espirituales y creativos en Santa María, y dijo que buenas noches. Y ya. Era muy tarde, así que pude excusarme de acompañarlos a cenar y beberse un par de cervezas, como alguien propuso. Y me quedé en la casa para reflexionar sobre tales cosas.

Yo pensé que a Román no le gustaba el teatro tampoco. Pero es un hombre generoso y le agradan los artistas, ese microcosmos. ¿Por qué no se habrá casado otra vez? Oportunidades no le han faltado. ¿Cómo hubiera sido mi vida si no hubiera decidido abandonarlo, dejar todo, cambiar de existencia y de dimensión? ¿Quién lo sabe? Tampoco es muy importante.

Esta tarde, cuando me disponía a dar mi paseo cotidiano, vino a visitarme ese muchacho, Gerardo, el director de la obra de anoche. Quería que le diera *mi opinión verdadera*, estaba muy interesado en saberla, en que yo le aportara algún concepto. Dudé. Muchísimo. Después de la experiencia con el músico y sus maniobras ¿por qué no iba a pensar que este otro buscaba lo mismo? Un artículo en el periódico local, una nota de prensa enviada desde mi fax a un amigo en un periódico nacional, podían avalar un trabajo de arte de alguna manera, podían abrir una puerta o quizá hasta una chequera generosa. Lo miré con atención. Es un joven alto, bastante moreno, en realidad con la piel casi marrón claro y el cabello castaño oscuro, que lleva muy corto, en apretados rizos, no tanto como los de los negros, pero casi. Tiene, sin embargo, los ojos de un extraño color ámbar, o verdeamarillento, producto de toda esa densa guerra que va desde la independencia hasta el bombardeo de Gómez, o de alguna esclava en la que encontró placer un amo ansioso de variaciones en la rutina, o al revés, quién sabe. Cara delgada. Larga. Boca pequeña. Nariz recta. Facciones finas, preciosos dientes blanquísimos. Cuerpo bien modelado por el ejercicio. Movimientos altamente elegantes, como los de un felino. Había algo paradójico en todo él, algo que no alcanzaba a descifrar, pero que tampoco me interesaba. Estaba sentado en el borde del sillón de la sala, bebiendo la minúscula taza de café que le había yo ofrecido, y yo, en el sofá del otro extremo, estaba observándolo. Todo muy formal. Yo, estableciendo el muro habitual, alejándolo: tú quédate allá, detrás del vidrio, y déjame aquí, en mi seguro sitio. Y él, bastante tímido, casi humilde, seguramente arrepentido de esa visita. Y yo le dije que no podía opinar sobre su obra porque no me gustaba el teatro y en esas condiciones mi opinión estaba bastante prejuiciada y no valía mucho. Así que no había más que decir. Él se sorprendió de mi posición al respecto, pero no anduvo preguntando estupideces del tipo de cómo es posible que una persona culta, y lo demás. Terminó su café, comentó que le gustaba la sala, se asomó al balcón y se fue. Fue un alivio.

10 de Octubre de 1990

Recibí la invitación formal para asistir a la obra de teatro en el Ateneo. Llamé a Román ¿había tenido él que ver con ese gesto, tan inusual? No, quizá Gerardo, dijo. Pero (pensé) ¿por qué me había invitado habiéndole yo aclarado que no me gustaba el teatro? No me gusta que me atosiguen, que me empujen, que me acosen, aunque sea gentilmente, que me quieran abrumar. Desconfío de ciertas cortesías cuando parecen innecesarias, cuando provienen de gente rara. Me produce angustia pensar que hay extraños intentando meterse en mi rutina, en mi vida. Eso me hace cerrar todo posible acceso: si me había estado sintiendo tan libre, dejando que el sol y el aire corrieran por mi apartamento, abriendo las ventanas de par en par e incluyo yendo a la calle y participando del mundo ajeno, ahora me lleno de precaución: ¿qué he hecho demás? ¿de qué forma he estado atrayendo atenciones e intereses de otra gente?

Temo perderme. Entonces me vigilo. Vigilarse uno mismo hace que el tiempo sea menos irracional. Escucho a un tipo en la radio hablar sobre Reverón, el pintor, interpretándolo como un Maestro del Despojamiento, y puede ser. Despojarse de todo es una manera de conocer todo. Eso lo plantean los grandes maestros, los lamas del Himalaya. Andrés Eloy Blanco dice: *cuando renuncie a todo/ seré mi propio dueño*. No tan fácil el verso del Juglar. Algunos lo subestiman, se creen que porque no escribió versos blancos ni jugó con lo onírico, su obra no sirve. Creen que porque él no andaba a la vanguardia, jugando a la *bohemia* y las boínas beretes (salvo la azul universitaria) sino que andaba a salto de mata, escondiéndose de un dictador al que denunciaba, cuando no preso o a punto de, no llegó a cuajarse como poeta. Y se perdió. Aunque ganó su alma, sin embargo.

21 de Octubre de 1990

Son las 7 y 6 de la tarde y estoy cansada. Sin ganas de reflexión, ni pasión. Estuve cuatro días hospitalizada en una clínica. Agotamiento, dictaminó el doctor. Un pequeño resfriado se transformó en bronquitis y luego en neumonía. Fiebres altísimas. No avisé a nadie y estuve casi tres días sin probar más alimento que té y vasos de leche tibia. Tomaba analgésicos para contrarrestar los dolores y la fiebre. Vino de visita mi hijo menor y me encontró desmadejada y temblorosa. Casi no podía levantarme para abrirle la puerta, de lo mal que me sentía. Vómitos frecuentes, dolor en el pecho, tos. La tos me sacudía, desbarataba mi dignidad. Odio verme sentirme serme así, aunque sea por poco tiempo. Odio la tos. Ana María Boileau murió de una bronquitis, o de una pulmonía, quizá. A veces me vienen las memorias de sus horas agónicas, el oxígeno del tubo quemándole las vías respiratorias: ese hilo helado penetrando el cuerpo ardiente: antorcha febril. Pulmones

llenos de moco: moco blanquecino, verdoso a veces. Cuando caí desmayada en la cocina, mi hijo me recogió suavemente, me llevó hasta la cama y llamó a una ambulancia. Luego, gente me inyectó algo que me hizo sentir que flotadoramente soñaba: --¿Desde cuándo no come? ¿Desde cuándo no duerme? ¿Desde cuando tiene fiebre, tos, malestar en el cuerpo? Preguntaba un médico, Mentedepollo tal vez, o cualquier otro. Estábamos en un consultorio pintado de gris y techo muy alto. Consultorio de emergencia bastante mediocre. Feo y oloroso a antisépticos. Gris. Vino mi otro hijo. Vino Román, digo, ambos fueron a la clínica. Yo flotaba y flotaba y flotaba. Como entre nubes de algodón, según dicen las canciones. Delicada su salud, oía a lo lejos. Deshidratación aguda. Pinchazos en los brazos para capturar evanescentes venas. Máscara de oxígeno. Todo el mundo se comportaba muy gentilmente, caminaban mullidamente sobre sus blancos zapatos. El médico era joven, sonriente, nada temible. Y no sabía, además, nada sobre EL TRIÁNGULO DE PASCAL, así que nada que temer. López me visitó un día. Cumplimiento del sagrado deber: venía a visitar a otro paciente y se enteró de que. Cuídese mucho. Quisieron ponerme una transfusión de sangre y me opuse. El médico no quería creerme y veladamente le preguntó a Román y a mis hijos y ellos dijeron que yo pertenecía a una antigua religión no cristiana que prohibía las transfusiones de sangre. Afortunadamente. Desconfío de la sangre ajena. Ma atemoriza el asunto del SIDA ¿quién me garantiza la pureza de una bolsa de sangre en una clínica de provincia donde a veces no hay reactivos para hacer un análisis menos inusual? Nada aseguran las inyectadoras desechables. Solamente que yo viera la cara del donante, frente a frente. De todas maneras, no fue preciso. Me pusieron un tratamiento de miles de vitaminas: frascos y frascos de bellas etiquetas de colores. Muy decorativos. E inyecciones, muchas inyecciones. Y dentro de una semana me iré a la playa, en Adícora, donde una buena amiga tiene una casa que me presta de cuando en cuando. Así, pasaré unos días frente al mar y Román quería que me llevara una sirvienta o una enfermera para que atendiera mis necesidades, pero me parece horrible ese asunto de las sirvientas: esa relación semiesclavista: una extraña en la casa, cotidianamente humillada por peticiones absurdas, por ridículas cosas que una misma puede hacer, pero que ella deba hacer por una. Tampoco quise quedarme más en la clínica y decidí volver a mi casa, y uno de mis hijos se vino a pasar un tiempo conmigo, para hacerme compañía y para traer comida desde el restaurante y dejarme equipada mientras él iba a la universidad y todo eso.

20 de Noviembre de 1990

Restaurada la rutina. Podría repetir aquí lo que escribí hace tiempo:

Los días han estado fluyendo tranquila, pacíficamente El sol de la mañana me levanta, siempre rutilante. Me aseo, tomo café recién hecho. Entonces escribo un rato, dos horas más o menos, un ensayo que estoy preparando sobre las relaciones entre periodismo y novela, un ensayo teórico visto a través de algunas consideraciones técnicas, de estilo, algunas técnicas de observación, de investigación y de recolección de datos, aplicables a uno y otro género. Luego, preparo el almuerzo. Frugal. Veo un rato de televisión. Leo. He tomado la costumbre de dar un paseo por las tardes. Nada del otro mundo: caminar por las calles, comprar alguna cosa, a veces innecesaria, conversar con algún conocido o un dependiente. Acostumbro ir a un pequeño café situado en un centro comercial no demasiado lujoso, ni concurrido, donde preparan una hamburguesa con pan árabe y abundante perejil y un buen café expreso con crema. Y luego regreso a casa. Leo otra vez y tomo notas para el ensayo que al día siguiente continuaré. Y así sucesivamente.

Supongo que de eso se trata la felicidad.

Notas para la novela sobre El Pírrre

Este amigo, quijotesco hasta la inocencia, se dispuso a llevar nuestros ideales (que jamás pasaron de ser teorizaciones de cafetería) hasta las últimas consecuencias. Combatir con armas verdaderas contra un enemigo concreto, pero excesivamente grande y poderoso, quizá inderrotable ¿Por qué? Por el mismo cuento del Sermón de la Montaña. Y yo recordé que muchos años antes nosotros mismos, niños aún, fuimos reunidos para combatir a ese enemigo: nos enseñaron a manejar armas, nos dijeron que era preciso matar, y aunque no lo hiciéramos jamás, de cualquier forma estaba en nosotros implantada esa potencialidad de acto, nos hicieron violentar las normas del contrato social, rechazar la moral y las buenas costumbres con la excusa de que eran burguesas y buscar: *libertad, distribución justa de riquezas, justicia social, respeto para la dignidad de los hombres, nuestros hermanos*, y así, combatíamos solamente por una indeclinable fe en la que quemábamos nuestra juventud. Recuerdo que un día vino ese hombre llamado Reinaldo, y yo tendría entonces dieciséis o diecisiete años, y me envió, junto con otro muchacho y una bolsa llena de granadas con el monto del pasaje de ida solamente a San Félix. Allí, en el Mercado, nos esperarían. Pero llegamos una hora tarde y nos encontramos, desconcertados: el contacto ya no estaba y no teníamos dinero para volver. Así que nos sentamos en un banco, bajo el sol de la tarde, y por azar el contacto volvió y nos dio de comer y el final fue relativamente feliz. Yo era una muchachita de clase media que se creía heroína de Máximo Gorki. Pero, a la vez, era una herramienta de cobardes que más tarde demostraron una y otra vez su cobardía, sus ansias y su capacidad de acomodarse al sistema. Ese hombre, Reinaldo, murió por sus ideales. Pero había otro, que recogía el dinero producto de los robos que hacían guerrilleros urbanos y que nosotros escondíamos, al que después reconocí por accidente. Era el dueño de una Casa de Empeños: usurero, abusador de pobres. Y ese hombre se había dicho alguna vez seguidor del Che, como uno de sus santos patronos. Pero en realidad, era un héroe de Müsil: *un hombre sin atributos*.

26 de Noviembre de 1990

Me han estado buscando algunas personas para que participe en un Proyecto Cultural. La otra vez, en la barra de un café, me encontré con un hombre, un tal Rafael Guevara, quien me dijo que era músico: compositor, cantor y coralista y cualquier cosa

relacionada con la música. Es uno de esos tipos que pretende compensar su pequeña estatura con grandes aspavientos, hablando en voz fuerte y con ampulósidades. Yo estaba sola, disfrutando de un café y de un pastel de hojaldre, y él pagó mis consumos en la caja, y desde lejos me lo hizo saber, gritando alegremente. Todos los comensales lo vieron y supongo que así quería él que fuese, tenían que verlo, caminando entre las mesas, agitado en frenesí de dicha inmensísima. Yo lo veía acercarse a mi mesa como una veloz lancha a motor raudaleando, navegando deportivamente entre una serie de escollos difícilmente plantados para felicidad del piloto. Se acercó, así, perfectamente combinado. Camisa manga corta a discretos cuadros en negro, amarillo y beige. Medias beiges. Pantalones color kaki. Zapatos marrones estilo italiano. Un peine de plástico negro en el bolsillo de la camisa desentonaba. Un llavero de plexiglás fluorescente con los colores de la bandera y una sonrisa perfecta de doscientos cincuenta mil bolívares en ortodoncistas. Entonces me habló del Proyecto. Un local abandonado. Posibilidades reales de recuperarlo. Sólo faltaba unir a la gente adecuada, establecen un plan. Necesitaban personas con capacidad organizativa (como yo), personas con buenas relaciones en la capital (como yo), personas de prestigio (como yo).

Pero yo no sé quiénes son ellos y tengo miedo. Le pregunté a mi ex esposo y me dijo que los conocía, que algunos de ellos iban a veces a beber al bar del hotel **Arichuna**, pero que no podía meter la mano en el fuego por ninguno. Me dijo que el tal Rafael Guevara había ocupado una vez un cargo en el gobierno y que había salido de allí con cajas destempladas. Pero que había dos versiones: una era que se había opuesto a que cometieran actos de corrupción y la gente del partido lo desplazó, por razones obvias: ya se sabe que la corrupción es el *modus vivendi* de este sistema, y un individuo que la impide es altamente subversivo. La otra era que él había cometido tantos actos de corrupción y con tal torpeza que la gente del partido temió vincularse con su mala imagen, y lo desplazó, por las mismas razones. Cuál era verdadera y cuál era falsa era imposible saberlo sin emprender una investigación, pero en caso de duda, abstente, como dicen los picapleitos. A su edad, casi cuarenta años, era aún soltero y vivía con su madre, lo que hacía que su reputación en términos sexuales fuera turbia o, por lo menos, ambigua, me dijo Román, aunque eso en verdad para mí tenía poca importancia. Lo que sí me preocupó fue que el otro hombre involucrado en el Proyecto era el tal Simeón González, siempre hambriento de reconocimiento social, que había llegado a Santa María poco menos que en andrajos y con un humilde empleo de telegrafista o algo de comunicaciones, pero moviendo aquí, manipulando allá, se había casado en apropiadas nupcias con dama no tan agraciada y ya pasada de años mozos, y cambiando de color y de apariencia como los camaleones, destacándose como anfitrión excepcional, había conseguido colocarse en el mero centro de

la sociedad y que, sin ser rico, manejaba bastante dinero. Pretendía saber mucho de todo y eso yo lo había visto en el ensayo de la obra. Era algo así como una versión con virus en CD-ROM del Pequeño Larousse Ilustrado. Fastidioso. Ampuloso. Superficial. Estilo gorguesco y fachada bien puesta, pero más nada. Román, en cambio, conocía más a los pintores, sobre todo a la tal Amada Monagas y le parecía que podían ser sinceros. Hay algunos allí que viven frustrados, queriendo salirse de los límites que les han impuesto las situaciones de la vida, tú sabes: problemas económicos, timidez ante los mecanismos que se deben mover para lograr algo, me dijo, y podrían ser buenos aliados en ciertos momentos, dando por sentado que yo podría aceptar avecindarme a toda esa gente.

No entiendo qué pretenden. Veo, desde muy afuera, que hay una lucha por el control de los espacios culturales: hay un grupo encabezado por doña Eufemia de Marín y su corte de Damas Marianas, pertenecientes todas a lo que se conoce como *buena sociedad* y que agrupa pintoras de flores y paisajes, escritoras de versos líricos, maestras jubiladas en plan de gusto cultural, secretarios de redacción santificados en cursillos de cristiandad y algunos otros jóvenes, ya envejecidos por el contacto y el olor de los viejos, becarios de una Escuela de Letras a distancia que ofrecía desde Santo Domingo títulos universitarios. Y hasta esposas de profesionales liberales, jóvenes mujeres insatisfechas por el escueto rol que ocupan en la vida: personas que leen los suplementos literarios de los diarios y algunos libros y que representan la cultura oficial del municipio. Ellos son los que organizan los conciertos y las exhibiciones de artes visuales y las obras de teatro. Ellos son los que controlan el Ateneo de Santa María y la Biblioteca. Sentido común bien pequeñoburgués y moral cívica. Hay otro grupo, dirigido por el poeta Hoyondo desde su retiro en la Isla Grande. Está formado por las almas literarias de Santa María, quienes tienen sus peñas, sus fondos editoriales, sus revistas trimestrales que aparecen cada año y a duras penas y que también se instalan en el Ateneo local. El embajador oficial de Hoyondo, *vox officialis* de Hoyondo para todos los efectos, es un sacerdote diocesano que viste el hábito aun en las horas inclementes del mediodía. Y luego, está toda esta gente: músicos y pintores y teatreros que se sienten usados; escritores que quieren pertenecer y no pertenecen: *outsiders* con el deseo de ser. Allí están los Malavé llagados y los que ostentan medievales distinciones: un tal Alfredo de San Vicente de Paúl, nativo de un caserío de doscientas almas que lleva ese estruendoso nombre, que él tomó como nombre de pluma, alejándose del suyo original y que lo honra: tiene un par de páginas mensuales en el diario local y una poesía aceptablemente legible. Y aunque es pobre, tartamudo y cojo, frecuenta con garbo los actos culturales y los salones de la mejor sociedad de Santa María, sin dejar de sentirse frustrado. Compartiendo los honores, está el gordo director de la Orquesta Sinfónica de Santa María, demasiado gordo como para vivir sin sufrimiento en estos calores sin alivio.

Y hay un grupo de tres damas, pintora una y escritoras las otras dos, solteras a la edad premenopáusicas, aunque no necesariamente inútiles para la vida, que reivindican para sí el espacio que hoy ocupa la Corte Mariana. Y está el grupo de pintores que acostumbra compartir el vino del país en la taberna del negro que usa lentes de contacto azules y que también auspicia el Proyecto. ¿Qué tengo que ver yo con todo eso? Tiene un toque de Democracia que me aterra. Un toque que parece provenir del soplo de López y su prevención contra Pascal. A veces, me siento como halada por una fuerza vertiginosa que pretende incluirme en las actividades de Santa María. Después de la cuarentena en que me habían tenido, ahora llueven las invitaciones desde todas partes. Las visitas. Gente que llama por teléfono. Y eso me atemoriza. No sé qué cosa es peor: si la soledad en la que me he desenvuelto todos estos años o la compañía que se me ofrece con tanta gestualidad.

24 de Noviembre de 1990

Por primera vez en mucho tiempo, fui a una fiesta, hablé con desconocidos, bebí un par de cervezas, tuve un rato de conversación ligera. Fue, en realidad, el agasajo a un conferencista lo suficientemente brillante como para hablar de la cultura del petróleo en el término de 40 minutos, dar poco más de media hora para el usual intercambio de opiniones: preguntas no siempre tan tontas, respuestas agudas o convencionales, pero nada aburrido. Y ya. Me invitaron esas personas del Proyecto. El doctor López, mis hijos, Román, todos coinciden en estimularme para que me reúna con ellos para que aporte mis ideas, sin comprometer mi tiempo, ni mi espacio, si eso es lo que temo, y he estado pensando que pudiera ser posible. ¿Recuerdas, Roberto, aquella idea que acariciábamos juntos, aquella idea de la *Escuela para Poetas*, del centro donde los poetas pudieran dedicarse sólo a leer, escribir, escuchar música, acrecentar la marea de su espíritu? Yo creo que eso podría ser posible: hay aquí un local abandonado que se puede rescatar y en el cual se pueden desarrollar muchos proyectos: una escuela multidisciplinaria de arte, por ejemplo: algo que ubique en el mapa cultural la mezquindad de este enclave petrolero. Por las noches imagino, escribo los planes. Estoy asistiendo a las reuniones con entusiasmo progresivo. Me siento bien. Hace tiempo que no me molestan las náuseas y las fiebres. Estoy comiendo mejor. Dejé el ensayo sobre periodismo y novela para comenzar a esbozar por escrito las ideas básicas de este Proyecto. Me siento viva.

Pero no dejo de tener miedo.

*A veces, el doctor López se queda mirándome, me escudriña mientras hablo de cosas inocuas. Es como si buscara elementos de juicio que le permitan trazar un perfil. Yo jamás le menciono los miedos. Jamás le doy a entender que hay dentro de mí un remolino de preguntas, todas generadas por el miedo. Y él **no***

puede saberlo. Es mentira que los psiquiatras tengan algún especial poder de percepción: ellos sólo están al cabo de saber lo que uno mismo les confíe. Son como esos adivinos, esos lectores de la palma de la mano, esos intérpretes del Tarot que se anuncian en la prensa. Me pregunto si algún día mis hijos firmarán el documento que le permita recluírme en un Hospital Psiquiátrico, quitarme todos mis derechos, anularme como persona: matarme. Porque los locos no tienen más oportunidad sobre la tierra. Su palabra es palabra condenada. Su profunda reflexión sobre la vida, reflexión que va más allá de la lucidez, es solamente para otros discurso sin sentido. La palabra del loco no es la palabra del necio: el necio tiene derechos, a veces incluso sus opiniones se imponen a la sociedad como una ley, y la sociedad las acepta y las asume. Los medios de comunicación o esa estulticia de tabula rasa que es la democracia liberal y representativa van imponiendo la necedad como un valor deseable y se ha dado la circunstancia de que los necios ejerzan vastos sectores de poder. Pero no sucede lo mismo con la locura: la locura es el desbarajuste de toda rectitud ontológica y semántica. El cruce de las fronteras. Inaceptable, porque es subversiva. Por eso tengo miedo de decir, de hacer algo que implique dudas sobre mi sanidad... ¿Y si ellos vuelven a internarme en un Psiquiátrico? No puedo olvidar la sensación de sentirme amarrada a una camilla, inutilizada, suplicante, rodeada de serecillos omnipotentes en sus batas blancas. No puedo olvidar los barrotos pintados de negro, las interminables horas de eso que llamaban laborterapia: ejercitarse elaborando collares con pequeñas cuentas de colores, pintando sobre un bastidor de pequeño formato (Van Gogh en el consultorio de Gauchet), usando la inocente plaka de colores, o tejiendo o bordando como una niña buena. No puedo olvidar las terribles enfermeras que deciden qué es lo bueno y qué es lo malo en las conductas de los reclusos. Un loco está en peores condiciones que un presidiario: es un ser nada, un ser sin derechos, un ser sin disponibilidad de sus pensamientos, un ser sin credibilidad, un ser condenado a la abolición de sus funciones inteligentes ¿a causa de qué? ¿del dictamen de un psiquiatra de dudosa reputación intelectual, de unos enfermeros adoquinados por la rutina y la abulia profesional, o unos familiares que no entienden, que no terminan de entender, que no entienden, no entienden, no entienden? Y aun más allá del Psiquiátrico, está la posibilidad socio-económica de que me sometan a una lobotomía: de que me integren al sistema mediante una sencilla operación del cerebro en la cual me acomoden al patrón establecido y me hagan productiva. No más gastos, ni de mis familiares, ni del Estado. No más estrés, ni preocupaciones. Sólo productividad, beneficio, eficacia. Oh, Dios, escúchame desde el cielo, tu morada: no permitas, oh, Dios, no permitas. Siento que mientras me esté ocupando de algo lógico, coherente, objetivo y dirigido (por lo menos en apariencia) al logro del bien social, estaré a salvo de la sospecha de locura.

21 de Diciembre de 1990

Ayer tuve una pequeña reunión social aquí, en mi apartamento. Vino Román con una mujer que creo que es su novia, una, llamada Valeria: abogada, bastante agradable. Y vinieron mis hijos con tres o cuatro amigos y amigas. Y vinieron algunas de esas personas

del Proyecto: los pintores, encabezados por Amada Monagas; Simeón el farmaceuta, con su esposa, una mujer pequeña, preñada y silenciosa; Rafael Guevara con dos tipos, uno de ellos el director de la Orquesta Sinfónica, el gordo inseguro y perennemente sudado, del cual finalmente sé se apellida Duncan, que vomitó en el baño de manera tal que tuve que limpiarlo en plena fiesta. Y el otro, un indio tartamudo y desaseado que al parecer es compositor. Y vinieron los amigos teatreros de Román, entre ellos el muchacho ése, Gerardo, empeñado en andar tras de mí como un enamorado. Cuando casi todo el mundo se había ido, él parecía muy borracho, así que Román me sugirió que le permitiera quedarse en el sofá-cama del estudio, que jamás había usado desde que lo comprara hace ya años. Y me dijo que era una buena persona, de fiar, incapaz de daño, y que de todas maneras él regresaría temprano para llevarlo a su casa y ver si todo estaba bien. Imaginé que no lo llevaba en ese momento porque tenía compromisos con Valeria, y yo no tenía en verdad razones para negarme, así que abrimos el sofá, cargamos a Gerardo desde la sala y lo acostamos y todo el mundo se despidió y yo limpié ligeramente, apagué las luces y me bañé, y después me puse a leer un poco con el televisor prendido, como acostumbro, para relajarme un poco. Entonces sentí movimientos en la casa y vi al hombre parado en la puerta de mi habitación. Parecía demasiado sobrio y despejado para haber estado tan ebrio hacía apenas una hora. Pidió permiso con mucha cortesía para entrar y lo hizo, sin esperar respuesta, y se sentó en el suelo, al lado de mi cama. Traía un par de cervezas desde la nevera y aunque yo no quería beber, acepté la que abrió para mí y lo escuché hablar: --*La verdad, Negra, es que te necesito esta noche.* ¡Negra! ¿Quién le había dicho a aquel tipo que me podía dar tales tratamientos? Me replegué, mirándolo bien, todos mis prejuicios erizados, mirándolo, alejándolo: --*Creo que mejor te vas y te duermes,* le dije. Pero él extendió el dedo índice suavemente y me tocó el brazo. Fue casi imperceptible. Era una caricia tan suave y humilde que me conmovió. Lo miré mejor: ¿por qué no? ¿hacía cuánto tiempo que mi cuerpo no recibía caricias, contacto de otros cuerpos, ardores? Ahí estaba aquel tipo: un animal joven, limpio, fuerte, gracioso, elegante, disponible sin mucho esfuerzo. Extendí la mano y la pasé por su cara. Él atrapó mi mano y la besó. Luego, puso su boca en la parte interna de mi muñeca, succionándola. Y mirándome furtivamente, fue ascendiendo con lentas lamidas y pequeños besos por el brazo, hasta rozar mi seno con dedos que se sentían calientes y secos y excitantes. Fue muy fácil que cayéramos uno en brazos del otro. Me bajé de la cama y entre besos apasionados y abrazos y todo eso lo de costumbre, hicimos el amor en el piso, iluminados por la lámpara de mesa. Así nos dormimos, desnudos y sin sábanas, hasta que la madrugada comenzó a clarear entre los visillos de la ventana.

Y esta mañana me vi obligada a aclararle que nada de eso era amor, ni mucho menos, y que no implicaba compromisos, continuidad o relación, porque le vi los ojos de

cordero a medio degollar y el gesto como muy dócil. Así que le dije: --*Toma el asunto como una lluviecita en tiempo de verano, fue muy grato, lo disfrutamos, y ciao.* Él se fue temprano, taciturno y tierno, después del café y antes de que viniera Román. Yo me dediqué a limpiar y a hacer mis labores habituales. Me queda cierta resaca por la bebida y cierta laxitud en los miembros. Humedad en la vulva, también. Me excita esa humedad, pero debo sosegarla porque para mí el amor es siempre una historia arbitraria que me deja llena de quemantes arañazos y no estoy interesada en iniciar otra batalla.

31 de Diciembre de 1990

Hoy el día amaneció luminoso. La fiesta se siente en los huesos, en el aire, en el movimiento de las calles. No quiero leer los periódicos, ni ver las noticias en la televisión para impedir que esa atmósfera interior festiva se contamine con ese *smog* de malas noticias.

Vinieron mis hijos y me trajeron abundantes provisiones: ingredientes para preparar una buena ensalada, quesos y delicadeces, chocolate en polvo, gelatina, yogurt, vinos. Quizá son más observadores de lo que pensé. Yo les hice regalos costosos e inútiles: un CD-Man para uno de ellos, con magníficos audífonos y un procesador nuevo para la computadora del otro, junto con un juego titulado *US Navy Fighters*. A su padre le obsequié una Enciclopedia Multimedia que contiene el *Museo d'Orsay*, sobre todo el ala de los impresionistas, que sé le agrada muchísimo. No obstante, es como si de pronto mis hijos me vieran como la más indefensa y dependiente: que ellos ya nunca más me necesitarían, ni dependerían de mí, como yo dependía de ellos. Así es la vida.

De cualquier modo, dudo mucho de que vengan a cenar esta noche. Irán al club con su padre. Se reunirán con novias y amigos. Quizá me visiten brevemente. Me invitaron a acompañarlos, a decir verdad, pero sería excesivo para mí. No soportaría tantas señoras de buena conciencia, con sus trajes de gala. Ni tantos señores de trajes oscuros, perfumados hasta la asfixia, por una noche olvidados de sus vicios y sus oficios. ¿Cómo dice la canción de Serrat? *Y hoy el pobre y el villano, el prohombre y el gusano, bailan y se dan la mano, sin importarles la facha.* Y mañana: *la zorra rica al rosal, la zorra pobre al portal y el avaro a sus divisas.*

Parece, sin embargo, haber buenos signos para el año que viene. Los respiro en el aire claro, perfumado con el desinfectante del olor del éxito.

El ángel dice que no me confíe.

De la panadería, se eleva el olor de los panes recién hechos. Hay fiesta de olores hoy.

07 de Enero de 1991

Esta tarde pasó algo desagradable. Hubo una celebración de Año Nuevo en casa de Román y fueron los habituales. Entonces, después de un buen rato amigable, el tal Gerardo se puso conmigo en plan de propietario celoso, como si quisiera afirmar públicamente que había allí una relación, un nexo. Percibí, o creí percibir, cierta oblicua sorna en alguna gente, o quizá el consentimiento cómplice acerca de algo. Le planteé el asunto a Román en un aparte. Si él era amigo del tipo, por favor, que le pidiera que se controlara. Entonces él me dijo que desde hacía algún tiempo, desde el día de mi fiesta, concretamente, este Gerardo había estado sugiriendo que existía algo entre nosotros (ese nosotros íntimo, cálido). Yo me indigné. Román dijo que no quería entrometerse en mis asuntos, pero que debía ser más cuidadosa en mis *apareamientos*. Usó esa palabra, con voz aguda y casi despectiva: sentí el frío corriendo por mi columna, como en otros tiempos: el miedo ante el mismo tono insultante de otros días, ligeramente matizado. Y entonces negué con toda mi furia y todo mi vigor el asunto, y fui tan eficaz que Román pareció creerme y se ofreció para hablar con Gerardo para evitar más complicaciones e implicaciones. Adicionalmente, me informó que la pintora cabecilla del grupo, la tal Amada, era la pareja oficial de Gerardo, y si no lo era, lo parecía, pues lavaba y planchaba su ropa, atendía sus asuntos y sólo esperaba una señal para irse a vivir con él. Otro asunto es que él se había acercado mucho al hijo de ella: llevándolo a pasear, a los juegos de pelota, pasando con él muchos fines de semana, y eso, ya se sabe, había hecho florecer la esperanza de la casita con jardín, la segunda oportunidad: niños, perros, gatos y lucecitas navideñas. Me parecía bonito y romántico y yo estaba muy lejos de querer interrumpir el lógico devenir de las cosas.

No entiendo qué pasa: ¿por qué siempre mis actos deben estar rodeados de la sospecha, de la pasión, de la maledicencia, del chisme? Me asusta pensar que sea una especie de maldición. Porque en estos tiempos muchas mujeres tienen un acompañante de una noche, sin que pase nada. Eventualidad de la carne. Juego. Nomás. Inclusive una amiga mía tuvo un hijo como consecuencia de una de esas noches y a nadie se le ocurrió que el accidental padre tuviera que establecer compromisos. Quizá todo eso sea una forma de la bestialidad: promiscuidad negadora de la sagrada pareja y ahora castigada por La Plaga: herpes o SIDA, lo que sea. Pero cualquier consideración a favor de la monogamia o de la castidad, no justifica que este estúpido quiera poner su sello sobre mí solamente porque estuvimos 45 minutos juntos en una cama (en el piso) o quizá hasta menos. Ni siquiera en una cama. O porque gastó una noche fuera de su casa y se quedó en la mía. Parece argumento de telenovela: la sirvienta empuñada por el señorito lindo en la única vez en que él acertó a metérselo. Ahora tengo a este machito preñado de amores encendidos. Según él, claro está. Quizá sólo quiera lucirse ante la sociedad de Santa María,

arrastrándome al centro de la pista para hacerme bailar una pieza ante todos. Arrastrándome como dicen que el hombre de la Era de Piedra arrastraba a sus mujeres por todo el medio de la asamblea tribal. Guerrero poderoso que se luce ante sus pares. Macho todopoderoso que demuestra su poder sometiendo a la Gran Madre. Terrible.

27 de Enero de 1991

Con el año, comencé una pequeña empresa para asesorar a estudiantes de educación superior en asuntos de técnicas de investigación y pasar trabajos a máquina. He tenido un éxito casi instantáneo. Eso me permitirá no depender de otros, me quitará la angustia del desempleo y la inestabilidad. Ni siquiera he tenido que invertir mucho dinero. Sólo en publicidad y algunos insumos. El teléfono, el telefax, la computadora: todo ha sido de gran utilidad y me siento aliviada.

23 de Abril de 1991

He estado trabajando arduamente para la realización del Proyecto. Durante meses he asistido a reuniones casi cotidianamente. Conseguimos que limpiaran el local, con gente de la comunidad e incluso la Compañía Petrolera, se interesaron en hacer donativos para la pintura. El gobierno regional aportó el arreglo del techo. Aún hay que problemas que afinar, reparaciones que hacer. Aún falta espacio para distribuir: IMAGINE es el himno, todo parece bello y luminoso. Lo malo es que toda esta convivencia ha venido generando pasiones.

09 de Diciembre de 1991

Esta mañana desperté y el abismo estaba allí. No había desaparecido como otros días, con la luz. Soy yo la que voy desapareciendo, esfumándome. Soy yo la que voy disminuyéndome. Me levanté y fui al baño. Me bañé largamente, me asecé concienzudamente. Vomité. Cosas como babas blanquecinas, con burbujas casi sólidas. Vomité y después, en el espejo, mi cara era pálida con ojeras azules. Me cambié de ropa y quise otra vez construir el mensaje en la computadora: un logo que entre cuando encienda la máquina, algo optimista o consolador. Lo intenté, en medio del deseo de tomar café y de seguir vomitando también. No pude. El teléfono está allí. Luz roja. Mudo. Mudo. No hay nadie quien me llame, quien responda al grito angustiados: My Day My Day My Day. Mensaje de auxilio. ¿Quién podrá ayudarme en medio de esta soledad absoluta? ¿Es esto parte de una novela o es mi propia, descarnada vida? Tengo miedo de comprar los antidepresivos, los somníferos, porque entonces tendré el arma. En la novela que leo, el personaje se da un tiro en un tren, justo cuando iba atravesando un túnel. ¿Metáfora? La

monja y el hombre que la tentaba son testigos un poco perversos de todo eso. Ellos iban a sus asuntos, acechando las perturbaciones de la carne. Deliciosamente, se deleitaban caminando por el filo del cuchillo. Y luego, el hombre muerto. La monja estrujándose las manos en el vientre. El conquistador, el potencial amante que pusiera cuernos a Jesús El Cristo, frustrado, mirándola. ¿Por qué retorcerse las manos en el vientre y no en la cara, por ejemplo? ¿Por qué esa imagen de pérdida como de hijo propio? Si yo tuviera acceso a una pistola hace tiempo hubiera acabado con todo esto y no estaría preguntándome estas cosas: tonterías, bagatelas de sufrimiento individual compartido con personajes literarios.

10 de Diciembre de 1991

Anoche hubiera querido poder escribir. ¿Ya van cuántos días en este desierto? A mi alrededor, sólo arena en la negra noche. Nunca viene el día. No hay día. No hay soles ni luces de día. Sólo el frío inmenso del desierto y el pozo de fuegos azules adonde quiero lanzarme. Es un pozo excavado directamente en la arena. A ras del suelo. Pero se nota profundo. Tras el oleaje de candela azul hay unos elementos: grupos de esculturas pétreas fortalecidas por centurias y centurias de candela ¿cuántas veces no les he evadido en estos años de vida? Me he distraído de su existencia. La he sustraído atentando contra la realidad de los OTROS que sí perciben. Jamás le he contado a nadie de las heridas del fórceps y de las consecuencias fatales de las ausencias que me llevaban siempre al borde del pozo. Y desde allí regresaba, negándome a sumergirme, como me lo decían las voces interiores: Inconsciente. Más y más quise caminar arrastrada por la multitud. No alejarme de los senderos comunes. Lo que me amenazaba entonces estaba dentro de mí misma. Monstruo. Ahora estoy sola y el pozo se abre, azulmente llamándome. Puedo acercarme al borde y explorarlo visualmente. Puedo ver entre los efluvios temblorosos del fuego las imágenes prohibidas desde siglos y siglos atrás. ¿Eran esa las mismas imágenes que llegaban a mí entre el delirio de las fiebres o en los raptos religiosos de la infancia, en aquella pulcra capilla escolar? Dragones. Caballeros combatientes. Tenaces símbolos triespiralados. Caracoles gigantes. Ya no distingo con facilidad entre delirio y realidad. Me caliento con el fuego azul del pozo. Los médicos podrán llamarlo eufemísticamente estado pre-sicótico, establecer escalas, auscultarlo en sus mapas cerebrales: dibujos neurológicos, disyunción imaginera de la computadora y pueden ver la posibilidad de lobotizarme química o quirúrgicamente, con drogas, bisturí o rayo láser o cualquier cosa que neutralice, que borre, que desaparezca, la visión del pozo, la posibilidad de que yo me sumerja en él. Y, sin embargo, yo prefiero el pozo. Anoche lo vi con tal claridad que espantaba: dentro había como una galería y luego una escalera de caracol labrada en metal y seres conversando tranquilamente. Supongo que si ése es el Infierno o el Cielo o lo que sea, no debe ser algo como lo imaginado por Dante: sólo dolor y soledad y llamas y torturas y castigos o sólo

contemplación celestial, cántico angélico y demás. En todas partes debe haber una vida cotidiana: gente que conversa sobre chismes y problemas, sobre los finales de las telenovelas, sobre las angustias económicas, sobre los resultados políticos. nada del otro mundo. Nada de esas cóleras de Dios ni de los ángeles de Blake. La gente exagera. Eran las diez de la noche y decidí vestirme y comprar una de las medicinas que me mandó esa doctora a la que visité hoy, derivando un poco hacia la necesidad de sobrevivencia, supongo, aunque sea mentira. Me puse un pantalón a rayas blancas y negras que tuvo mejores días. Me puse una camisa negra con botones fucsia. Me puse zapatos tenis. Me puse un blazer caro de lino crudo. Si iba a caminar un domingo a full nocturnidad por las calles del centro, llenas de borrachos y prostitutas y mendigos de domingo, debía conservar un mínimo decoro. Llegué a la farmacia, cuyo letrero en rojo ondulaba en plena oscuridad en una calle comercial solitari-i-i-sima: TURNO TURNO TURNO y sentí temor de que el empleado me dijera no hay. Sentí temor porque entonces las otras farmacias de turno están muy lejos y no había taxis y entonces el pozo el pozo el pozo. Me aterroricé interiormente, pero mantuve mi apariencia de calma. Un carro llegó con clientes: uno de ellos era un joven con ropa deportiva, descalzo y sucio. Pasaron tres adolescentes en una moto y me miraron para ver si era una puta y luego pasó un jeep de la Policía. Compré el medicamento y me volví a la casa. Tomé agua helada en un vaso y me tomé la primera pastilla. Prometí no abusar. Esperé y no había nadie. El pozo me atraía, pero yo no quería lanzarme allí tan mansamente. Volví a salir y caminé. El aire estaba tibio y perfumado con efluvios de apamate. Vi los adornos en las vitrinas, el aire festivo de los bombillos de colores. Navidad. Navidad. Creo que comencé a reirme en voz alta, pero no importaba, porque las calles estaban vacías y no había nadie. La ciudad me pertenecía por entero. Encontré a dos mujeres dementes, sentadas en un banco. Una de ellas se paró y se mudó hasta el borde de la acera. Saludé con cortesía y me quedé sentada al otro lado del banco. Ninguna de las tres dijo nada. Éramos seres de la noche: outsiders Literalmente: estábamos a la intemperie por elección. Salto cualitativo desde la celda cómoda a la posesión de toda la cosa. Comenzó a hacer frío y regresé. Creí que podría encontrar a alguien en la casa: un conocido, un ángel. Pero no había nadie. Cambié el mensaje de la contestadora y desconecté el auxiliar. ¿Qué dice el nuevo mensaje?

La lámpara está baja y yo me adormezco, pero si quiere, puede dejar su señal.

*Bájame la lámpara un poco más
déjame que duerma, nodriza, en paz
y si llama él no le digas que estoy
dile que Alfonzina no vuelve
y si llama él no le digas nunca que estoy*

di que me he ido

canta Mercedes Sosa. Lo cuerdo sería: No puedo responder ahora. Si quiere dejar un mensaje, hágalo después de la señal larga. Si quiere enviar un fax, espere la línea y oprima START. Eso es lo más o menos usual. Lo que todo el mundo pone en su máquina.

*Te vas, Alfonzina, con tu soledad
¿qué poemas nuevos fuiste a buscar?
y una voz antigua de viento y de sal
se mete en el alma y la está llevando
y te vas hacia allá como en sueños
te vas Alfonzina vestida de mar
Sigue cantando la Sosa.
Cinco sirenitas te llevarán
por senderos de algas y de coral
y fosforescentes caballos marinos
harán una ronda a tu paso*

¿Fosforescentes caballos marinos? Hidroequus: no. En cualquier caso, hidrogrifos. Y no. Hippothalatos. Hippocampos. A veces me sorprende hablándome a mí misma. Desconozco si ése será uno de los síntomas de la locura. La gente dice que sí, pero la gente dice muchas cosas. El doctor López, por ejemplo, me dijo cierta vez que él ama apasionadamente la sintomatología de los sicóticos en sus distintas presentaciones. Pero, sobre todo, ama la locura de los artistas. El se cree en verdad la reencarnación del Dr. Gachet. Conoce mucho acerca de la Historia Clínica, la Biografía y la Obra de Vincent. Quisiera encontrar otro Vicent. Experimenta, me dijo, con un pintor de Santa María, pero no me dijo -ética profesional- su nombre. Lo cierto es que el doctor López no considera síntoma pre-sicótico el hablar en voz alta con uno mismo: vicio al parecer de los solitarios de todo tipo. Eso es lo que llamaba el viejo James fluid de la conciencia. Ah, pero una cosa es decirlo y otra, muy diferente, experimentarlo. Experimento a veces con las teclas F del teclado: anomalías craneanas con ramificaciones hacia los nervios de la retina; juego de neuronas atrofiadas que se ubicaron espontáneamente en torno al hipotálamo y pueden recibir y transmitir impulsos nerviosos de alguna naturaleza, deformándolos; acertijos y adivinanzas: diga el número de página, diga el número de letras de la última palabra horizontal del crucigrama que estaba descifrando Superman poco antes de morir; diga cuántas negritas servían a Superman en la Bermuda, adonde lo enviaron los suscriptores de El Planeta por medio del pago de un bono especial; diga cuál fue el primer ComicHero conservacionista (EL FANTASMA, con su isla de Edén); diga cómo es posible conectarse al sistema de INTERNET y disfrutar todos los servicios, comodidades y facilidades del mejor correo electrónico; diga el nombre de La Prostituta Sagrada del Cristianismo. Luego, toda una

lista de las funciones de las teclas F, que no son accidentes político-existenciales como 27F y 4F con recontrarrevolución en 27N: hay Idus de Febrero:

$$x = (27F + 4f) - (4F + 27f) * (27N / 2)$$

En la prensa están anunciando un evento: SEMINARIO SOBRE TENDENCIAS PSICOANALÍTICAS, PSICOJUNGIANAS Y LACANIANAS EN LA CONSTRUCCIÓN DE LA OBRA LITERARIA VISTO A TRAVÉS DEL ANÁLISIS DE AUTORES LATINOAMERICANOS, que se celebrará en Brasilia a mediados del próximo año. El tema no deja de tener su interés. Pero podría hacerse un Seminario parejo hablando de la esterilidad conceptual y creativa del arte europeo desde 1970 hasta nuestros días. Pero yo tengo bastante con hacer el intento de escribir una novela, un relato, cualquier cosa escribible y que me salve del pozo de la locura. Abismo al que temo y aún temiéndolo, me arrimo. Supongo que algo así sonaría si don Luis de Góngora escribiera un verso sobre este asunto. Y quizá también Góngora, en aquellos sus crepusculares y polvosos días de pobre de solemnidad, también pensó en la locura como un sitio donde uno cae.

El ángel ha regresado. Cuerpo de luz, batir de alas, música insonora sonando sólo para mí.

El ángel me dice que el loco es un mortal caído, como si fuera un ángel que se precipita al abismo de un agujero negro: concentración de la luz y la energía, para sacrificarse y ayudar a conformar otro tipo de energía, diferente pero indispensable para la conservación del universo: ¿no es un ángel caído aquél que sucumbe a la tentación de querer ser como Dios, el Señor del Universo?, pregunto. El ángel ríe larga, pesadamente. Sus carcajadas son como campanas sonando desde una catedral sumergida. La ambición excesiva y la soberbia en el alma de un ángel, dice, son grietas mas no necesariamente descensos. La misericordia del Señor admite las disensiones e incluso las batallas que lo adversan como necesidades dialécticas que no degradan al que las emprende, ni lo hacen descender de su nivel energético. Una caída, por otra parte, en el lenguaje celeste, implica un grado de transfiguración y/o de transformación. Y, sin embargo, yo tampoco concibo eso que me plantea el universo como un territorio lleno de baches y abismos y hoyos y toda clase de trampas atrapaenergía o transformaenergía. Universo desprovisto de su dulce homogeneidad. Esas estrellas que miramos, esas luces que percibimos, ese sentimiento poético frente a lo inmenso es solamente energía. No me gusta ese asunto. La energía se necesita para sostener los recursos de la gravedad, dice el ángel. El universo es como un mar, guaveando, agitándose, ondulando, yendo hacia alguna costa lejana, hacia algún fin, y a partir de un centro corazón: son corazón: ¿qué pasará cuando la expansión termine?¿se

disolverá el todo, volverá a su punto de concentración extrema?¿a la incerteza universal es posible llamarla, entonces, dispersión?

Silencio.

Creo que el ángel se cansó.

O no era el ángel, sino yo misma, respondiéndome.

12 de Diciembre de 1991

Hoy mis hijos (quienes, mal que bien, me han venido acompañando) no están. Por unos días se alejarán y yo estoy sola. Vi una película. Vi la televisión. No tengo miedo. No me siento rota.

Pero (pre)siento detrás de cada segundo el pozo azul de la desesperación.

Desde hace tiempo pienso inexorablemente en el exilio. Leo en un texto dominical de Alejandro Varderi:

Y es que cada quien se exilia desde impulsos diferentes, amparado en precariedades distintas, pero casi siempre arrastrado por un desencanto ante la situación que, escogida o forzosamente, elude con la partida (...) El auténtico exiliado nunca se arrepiente de haber partido, y es justamente en asumir con orgullo lo irreversible de su acto donde el exilio se hace fértil, pues es ahí cuando todo aquello que motivó el trasplante puede ser visto con nitidez, pudiendo entonces enfrentarse para atacarlo y resolverlo.

Pero el primer exilio asumido debe ser el exilio de ti, dice el ángel. Es primero necesario acatar el estado de ese exilio, dejar a un lado las excusas y las quejas: eso que va volviendo grotesca la situación. Es primero necesario dejar de repetir gestos que parecen cada vez más falsificados: gastados por la rutina. Gestos que pertenecen al raído disfraz que se va a desechar. El artificio surgido de esos gestos es una iluminación disoluta que deja en términos precarios palabras como *amor, lealtad, amistad, fidelidad*. Es verdad que en tu vida sólo ha habido una gran pérdida, pero esta pérdida, paradójicamente, lleva consigo una carga de libertad personal, dice el ángel. No es cierto que tú no puedas vivir sin El Otro. El mandamiento divino se refiere sólo a amarlo como te amas tú, así que en principio la forma como tú te ames determinará tus relaciones, correlaciones y coexistencias dentro del plano espacial en el que te toca vivir, dice el ángel. Ni siquiera es cierto que la única manera de no vivir es, precisamente, vivir exiliado de uno mismo. Por el contrario, vivir es exiliarse para poder ver, en la lejanía y la trashumancia, en la ajenidad y la miseria, el todo formal al

que se está adscrito, dice el ángel. Predicador de la soledad. Como él vive en alturas estelares, frío esplendor de astros alrededor, piensa que es fácil. A lo mejor no lo es tanto, sólo él y su Señor en estrecho vínculo. Y otros como él, individuos enlazados por alguna superior membrana energética. Ciertamente, el cielo encima de nuestras cabezas no existe: pura ilusión, espejo reflejante del mar de vacíos donde habitan, consignando los destinos de los vivientes, aquellos seres mitad ave, cuarto de pez y cuarto de serpiente que son los Celestiales. Poderosos y sabios, hasta cierto punto. Escandalizando alrededor de los vivientes como gallinas en torno a sus pollos. ¿Todos los ven? No. Y, sin embargo, desde niños nos vienen con el cuento: Ángel de la Guarda/ Dulce Compañía/ No me desampares/ ni de noche ni de día

Yo creo que todo esto combina con la relectura de cosas que escribí en busca de lo que yo llamaba en ese momento espacialidad ontológica. Siempre uso grandes y sonoras palabras, a veces sin saber con exactitud qué significan. Es ese tonto gesto ampuloso: smug : pagado de sí mismo. Hay gente que ama los adjetivos. Los adjetivos son como los colores que se van colocando en un cuadro: debajo, se esboza con carboncillo el dibujo: trazos de algo que irá apareciendo. Luego, se van agregando colores. Para que funcionen adecuadamente, deben colocarse, en primer lugar, de acuerdo con el boceto original y sobre el diseño básico, y en segundo lugar, evitando tanto el abigarramiento como el choque visual. Sin embargo, yo no sé nada de eso. Supongo que sólo estoy imaginando un trabajo armonioso y ordenado según los cánones clásicos o neoclásicos y no pienso que el abigarramiento y el choque y el exceso son también formas expresivas, a veces las únicas capaces de representar un tiempo o un paisaje.

Sé que aún debo liquidar las cuentas por pagar en este pueblo incoherente donde la gente va destrozando a los que quieren sobrepasar los más elevados techos. La certeza de poder liquidarlas me alivia de las irritaciones y los pesimismo. Estoy esperando las sentencias que mis minúsculos jueces tardan en elaborar, despechados, insistentes a veces en sanciones que vayan más allá del juicio y del prejuicio, como si ellos pudieran en verdad sancionarme, o quizá anhelantes en el fondo de que yo formule una súplica a medias disimulada: una petición de misericordia, una solicitud a secas. Espero, a sabiendas de que aun si su sentencia fuera la más adversa, ella implicaría solamente un exilio. He estado tan largamente exiliada que ya ése es un estado cotidiano para mí. Y, como dice el poema: El Exilio es el Reino. Pero también estoy esperando diseñar mis propias decisiones: las últimas que se toman antes de emprender un viaje: ¿cuánto lastre he de llevar en la navegación? ¿cuánto de este lastre por el cual pesaban hasta antier las bodegas, veleando a cabotaje, es innecesario para afrontar el mar océano? Mañana volveré a estar embarcada, pienso en mi corazón, pero hacia un puerto que es cada vez menos difuso en mis visiones. Seguramente allí afrontaré la soledad inmóvil y solemne, pero ¿qué importa? Quizá

aprehenderé el aprendizaje que más he deseado: disfrutar la redonda naturaleza del día. Mañana volveré a estar en el camino y me alejaré cada vez más de estos territorios: me desarraigaré, me desterritorializaré, y en ese camino iré trazando con palabras ese otro exilio, el más permanente.

Estoy escribiendo, ¡Estoy escribiendo! No hay interlocutor para este texto que ahora surge de mis dedos. Pero habrá otros textos y tal vez interlocutores que irán trazándose como una trama de tejido, y es la potencialidad del exilio la que les otorga gozo. Cuerpo.

18 de Diciembre de 1991

Y no voy a negar que a veces siento la patética nostalgia del afecto prodigado, de la protección de un abrazo, de la pasión tan pura y simplemente otorgándose. Como tampoco voy a negar que tomar o dejar esa opción está también dentro de mis posibilidades. Yo no soy el trozo sobrante de algo, abandonado en medio del fragor de una batalla. Soy la mujer que busca y que quizá encuentra. ¿No dicen que el Creador le otorga hasta al gusano una casa de rocío?

Se impone, en virtud de una lógica lexicográfica, plantearse la pregunta de cuáles son los bienes superiores, aquellos por lo que el hombre debe dejar su propia felicidad. Lamentablemente, no han sido descubiertos aún los celestes instrumentos para contabilizar las lágrimas derramadas, los deseos no cumplidos, las frustraciones y las fallas, en términos de exceso o falta de peso del espíritu. Es demasiado arduo recordar lo que no existió jamás.

El domingo por la tarde va entrando en esa fase que tanto temo: la soledad, como una brasa ardiendo, haciendo resonar el eco del paso de los escasísimos transeúntes. Pero desde hace ya más de cien días he estado tan absorbida en esos síntomas de la soledad: Lunes, Martes, Miércoles, Jueves, Viernes, Sábado, Domingo y vuelta a empezar, que advierto todo eso como una parte esencial de mi existencia y de mi exilio.

A pesar de las promesas, no espero. No creo que deba esperar.

El espejo del día refulge más. Yo soy.

19 de Diciembre de 1991

Un año ha bastado para trastocar el orden de mi vida. La gente a veces funciona como un ácido. Corroe. Estoy rodeada de objetos cuidadosamente guardados en cajas, lista para emprender cualquier largo viaje, no sé adónde. Ausculto la calidad del día. Mañana me iré en una especie de vacación a un pequeño pueblo en la montaña. Nadie sabe, nadie tiene por qué saber, sobre esta decisión. Así que espero el amanecer, el alejamiento. Me esconderé de los festejos. Ignoraré el rito del cambio del calendario. Dormiré profundamente. Tal vez soñaré. He dejado de tomar cualquier medicamento, especialmente

los tranquilizantes. De cualquier forma, he dejado de asistir a las consultas de cualquier médico, amable o amenazante. Nadie me ha molestado por eso. Nadie se ha preocupado (por lo menos aún) debido a esa determinación. Supongo que mis hijos, cuando regresen, vacilarán entre el alivio de verme alejada de la atroz y abusiva dependencia de las tabletas calmantes y el temor que ellos creen natural de que no esté en tratamiento con algún especialista: uno que certifique regularmente cierta sanidad en mí o que pueda atender mis excesos febriles de cuando en cuando. Sin embargo, es una manera de cortar lazos. Ellos saben, quizá, que cuando yo me vaya se abrirá entre nosotros un abismo de intereses. Porque ellos van hacia el cumplimiento de realistas, prácticas metas: una carrera universitaria concluída, un buen trabajo obtenido en una responsable Compañía, o quizá el establecimiento de sus propios negocios en el futuro, y un matrimonio con alguna muchacha resplandeciente y sana que aporte también su carrera a la fundación hogareña, y más tarde uno o dos hijos, mis nietos, que tendrán de mí la más vaga excéntrica imagen. Y quizá alguno de ellos pueda encontrar alguno de los mensajes escondidos que le dejaré en los huesos y en la sangre. Y Román también terminará de constituir sus cambios: quizá esta vez sí consentirá en establecer una nueva vida, la circunstancia de una pareja estable. Y a veces intentará llamar por teléfono, conocer alguna cosa de mi propia vida o incluso enviarme algún regalo por Navidades o el día de mi cumpleaños. Él tomará las mieles de las realizaciones de esos hijos que alguna vez nos unieron, que hicimos juntos y que amamos juntos durante un tiempo al menos. Está bien. Yo sólo quiero un lugar para asentar mi cuerpo y dar reposo a mi alma. Un lugar donde pueda voluntariamente vivir en soledad, amurallándome para protegerme de todo ácido corrosivo, de todo exceso, de todo vicioso círculo, sólo leyendo y escribiendo dentro de mis escasas posibilidades. Y, de vez en cuando, ir a alguna ciudad grande, donde uno fácilmente pueda pasar desapercibido entre la multitud, para asistir a alguna exposición de pintura o comprar algunos libros y hasta encontrar alguno de esos amigos que se han mantenido por la vía de las cartas, tan hermosa, tan inocua, tan finalmente afectuosa. Porque escribir una carta es un acto de fe en el otro, pero no significa ni posesión, ni contacto carnal, sino como las oraciones que se dicen a Dios: yo te amo, Señor, y sé que estás allí, acompañándome, y que puedes ayudarme si yo te lo pido y está a tu alcance, y puedo confiarte algunas alegrías y algunas penas, y todo eso sucede a pesar de que no estamos juntos, aunque pudiéramos estarlo también alguna vez.

Y ahora siento que la Eternidad pudiera ser, con suerte, toda mía.

1992

07 de Enero de 1992

El aire de la mañana es gris y fresco.

Hay una enorme quietud. Los pájaros

parecen haberse levantado tarde y con cautela

Me provocó escribir en esa forma. A veces hubiera querido poder escribir poesía. Pero ese don me fue negado. Alguna vez lo intenté. Durante años lo intenté. Uno cree que escribir poesía es simplemente sacarse el sentimiento y ponerlo en hermosas palabras. Uno cree que bastan la sensibilidad, el buen vocabulario y a veces cree también que sirven las técnicas aprendidas en las aulas universitarias o leídas en algún tonto libro de Preceptiva o Teoría Poética. Y, sin embargo, nada de eso es pertinente si uno no posee el impulso interior: la criación, no la creación, que es acto cumplido, sino el acto por cumplir, ése, depositado como un poso en el vaso de límpida agua, como el lodo en el piso de un lago: desde donde surgirán criaturas magníficas, como si el intelecto pudiera ser el cielo y poblarse de esas masas de nubes que toman tan extrañas y mágicas formas. Aunque hay mucha gente que escribe versos y no tiene esos escrúpulos. Hay quienes los guardan en cuadernos íntimos, en gavetas más o menos escondidas, sólo para el consumo de sus allegados o aun el suyo propio. Y hay quienes pretenden ganar acceso a las revistas, a los periódicos, a la publicación de libros, a las conferencias y recitales: al reconocimiento del público y cualquier otra cosa que su ambición les dicte.

De cualquier manera, yo solamente quería escribir esta mañana que me hicieron mucho bien los días en la montaña: el clima frío, los campos cultivados que divisaba desde la ventana, los muchachos arreando las vacas en las mañanas, las jícaras de leche fresca y espumosa, la gentileza tranquila de la gente. Una Navidad religiosa, también. Cánticos. Gente compartiendo el festejo en las escuetas calles. Supongo que así era el país rural, antes de que la industria y el petróleo y todo lo que trajeron las circunstancias derivadas, transformaran los valores de uso y los de cambio. Los trastocaran. Confundieran su esencia, incluso hasta volver sinónimos las palabras precio y valor. No tuve en esos días ninguna ansiedad, ni necesidad de las medicinas. Eso demuestra que en verdad soy más fuerte de lo que muchos creen. Todos lo somos, en verdad. Pude dormir largamente, leer bastante. No había televisión allí, ni llegaba el periódico, así que estaba aislada. Nada de eso en verdad es indispensable: uno funciona adecuadamente sin cargarse de informaciones, sin intoxicarse de imágenes, preocupaciones ajenas y mentiras. Desde la pensión donde estaba, un camino bajaba hacia un río de montaña, blanco y ágil, con

muchos cantos rodados alrededor. Pequeñas flores amarillas y blancas y amarillas crecen entre la hierba verdísima. Y aunque a veces los días estaban nublados, el paisaje no perdía su pacífica, casi monástica, belleza.

¡Monástica! A veces he pensado si no me equivoqué, si no hubiera sido mejor aceptar la vocación de santidad que en mi infancia me llamaba (y pienso que quizá ésas eran las voces, esas voces que me hablaban en un nunca descifrado lenguaje). Hubiera ingresado en aquel tiempo a algún monasterio y, como Santa Teresa de Jesús o incluso Sor Juana Inés, hubiera podido crear mi obra, amorosamente protegida por los muros, el humo del incienso y las candelas en pulcrísimas capillas, y el blanco hábito que cubriera las pasiones de mi cuerpo. Hubiera sido mejor. Hubiera yo cantado solitaria, modestamente, en el esplendor de la luz que atravesara los vitrales: Tu ígneo resplandor, como si fueran mil soles, atraviesa con sus rayos mis ojos vendados.

Quizá me hubiera entonces privado de ciertas satisfacciones, no cotidianas ni minúsculas. Por ejemplo, la genuina preocupación, el genuino cariño que mostraron mis hijos cuando regresé. No lo he perdido todo.

11 de Enero de 1992

Anoche me soñé a mí misma retratada en un cuadro. Parecía yo, pero con una extraña vestimenta y en un extraño escenario: miraba de frente, y tras de mí había una especie de cortina negra con dibujo de arabescos dorados. Yo llevaba una gorguera de encajes muy finos, cayendo fluidamente sobre un traje negro adornado con perlas. Todo aquel contraste destacaba la insensibilidad de mi expresión, el gesto cruel de mi boca, la frialdad de mis ojos con unas cejas tan pálidamente delineadas y la cicatriz bien marcada entre mis ojos. De la cintura hacia abajo, el retrato se dividía limpiamente: a partir de allí, había un rectángulo con las imágenes del caos: veloces nubes como pájaros en ocre y naranja y amarillo con algunos toques de azul. No sé qué significa. Quizá nada. Pero entonces recordé que yo soy alguien constitucionalmente dado al cultivo de la miseria: una fabulista de mis propias desgracias: fabulando, fabulando imágenes en todo momento a partir de esta condición. ¿Es ésa la imagen de mí misma que guardo en la veta submarina de mi mente? Hay en torno a mí una gran negrura. Un silencio. Y otra vez estoy aquí tratando de interrogar esa negrura en estos registros privados, estas voces no oficiales.

22 de Enero de 1992

He estado muy débil en estos días. La fiebre ha corrido como un incendio por mi cuerpo. Como un caballo cuyos belfos lanzan fuego y que va incendiando el parque. Escuché en la radio un programa de radio con el doctor López, quien ahora controla el Ayuntamiento. Dicen que su triunfo electoral fue abrumador. Mayoría en la Cámara.

Sonaba misericordioso con los enemigos. Pero yo sé. A través de mi ventana puedo ver la Luna Llena. Se ve grande, con un leve tono rojizo, atemorizante. Las nubes que la rodean no la ocultan sino, por el contrario, destacan su presencia. Recuerdo aquellos días, en Monte Piedad, cuando mi padre cubría el tragaluz con una sábana porque decía que la luz de la luna era mala para la salud de los niños. Una conseja popular dice que la Luna Llena se lleva a los niños, o los enloquece. Creo que dicen, además, que los locos son más locos y los artistas más neuróticos y las mujeres más femeninas y las brujas más poderosas, en los tiempos de Luna Llena. Full-Moon, se dice en English. Lo cierto es que esta noche me asusta esa luna que ahora se ve entre las ramas de los árboles. La fiebre me estremece y tengo muchísimo miedo. Cierro los ojos y veo un espacio blanco, un círculo violáceo sobre un espacio blanco, y a veces puntos amarillos y azules sobre el círculo violáceo que se recorta contra el espacio blanco. No tengo aspirinas, ningún calmante, porque eché a la basura todos los medicamentos en el afán de desintoxicarme, y ahora necesitaría algo para bajar la fiebre. Tomé un té caliente y sudé en forma muy ligera. Estoy como acostada en una superficie arenosa. El sol cayendo sobre mí. Ardoroso sol derramándose sobre mí como un líquido dorado, seco y quemante en la plenitud de la noche de Luna Llena. El rumor de mi sangre es como un mar de fuerte oleaje golpeando contra mi pecho y mis oídos. Mi espíritu se mece a través del vasto espacio, suspendido sobre mi cuerpo tirado en la playa blanquísima, curiosamente enlunecida, pero quitada de toda frialdad. Caliente.

27 de Enero de 1992

Es una extraña sensación. Hubo una larga temporada febril y la convalecencia apenas si me permite moverme ligeramente, como sin cuerpo, a través de la casa. A veces se me nubla la vista. A veces, aun despierta, se superponen en mi visión y en mi memoria escenas de una vida desconocida: una montaña nevada, generalmente, entrevista entre los pliegues de una cortina blanca y desde una ventana muy amplia. Todo se me va en esperar. No sé qué voy a hacer con mi vida. No tengo respuestas. A veces, siento que esa misma falta de respuestas es la [7] solución del enigma. Un hombre llamado Elio, un nombre del futuro, me abrió el camino del 7. O de algo parecido. En alguna parte del jardín está alguien a quien debo hacer preguntas y que quizá me dará certeras o sinceras respuestas. No dudo de su sinceridad, sino que conozco su capacidad de elaborar metáforas y me temo que muchas veces no me es dado interpretarlas en su total significado. Términos tan herméticos. Entonces me quedo como sin respuesta. Tal vez por eso espero con temor el momento de encararlo. No se tratará en realidad de un juicio, sino de una rendición de cuentas: el despliegue de un informe y una pregunta adicional. El escuchará y dirá. Pero no creo en su misericordia. No creo que tenga consideración alguna por mis circunstancias, ni en verdad se preguntará si ellas merecen tal consideración. No sé cómo pedirá cuentas de lo

que hice o de lo que dejé de hacer: me preguntará tal vez en qué empleé los talentos que me otorgó: ¿los invertí adecuadamente? ¿aumenté el capital? Sin embargo, le diré, uno puede invertir y perder, y no puede reprocharme no haber corrido los riesgos. Aunque no lo hice ni tan a menudo ni con el suficiente vigor. ¿Quién es ése que ausculta y otea? Halcón. Pero también petirrojo. El ángel me habla del suplicio de Tántalo: por haber robado alimento de los dioses y querer entregárselo a los hombres, fue hundido hasta el cuello en un pozo de agua, colgando sobre su cabeza un racimo de uvas. Cuando él bajaba la cabeza para beber, el agua se retraía, se alejaba de su boca. Y si la levantaba para intentar atrapar una uva, el racimo se elevaba. ¡Pobre Tántalo! Ejercicio perpetuo del deseo: ¿perpetuo? dice el ángel, no, pues los Celestiales tuvieron misericordia de él y lo liberaron: lo convirtieron en fuente inencontrable, fuente que reside en el Paraíso y que provee eterna juventud. Extraña manera de la misericordia. ¿Es mi particular suplicio esperar? ¿Esperar sin tener certezas y sin siquiera saber lo que se espera? Las lecturas de barajas, los recuerdos, las posibilidades: todo me remite a la incerteza.

Y no hay mucho tiempo para seleccionar los caminos.

Ya la tarde declina. En estos días leí que al final de la tarde, todos los hombres contemplan con tristeza cómo se acerca la noche y que sólo en el mar es posible no sentirse vencido por otro día que ha pasado ya. De alguna manera, siento que mi vida se hunde en el crepúsculo.

Fecha: 16-06-92

Ayer vino a buscarme este hombre, Rafael Guevara. Es un tipo bajito y con la piel correosa que parece un lagarto. Oscuro y con los ojos amarillos. Sinuoso en sus acciones. Es del tipo de personas hábil para conseguir que los demás crean en su honestidad. Esa misma habilidad es lo que lo hace sospechoso. Es un permanente sospechoso. Cuando habla, abre mucho los ojos con abierta ingenuidad y gesticula, gesticula mucho, casi hipnotiza a fuerza de mover las manos y en oportunidades todo el cuerpo. Yo lo he visto muchas veces en la redacción del diario, en la calle, en los mostradores de cafés. Vino a decirme que quería hablarme sobre el asunto de Francisca Malabar, debido a los reportajes que yo estaba publicando al respecto, pero que no quería que nadie se enterara, porque no le convenía debido a sus relaciones y porque no quería verse envuelto en cosas legales ni nada que se le acercara.

Así que lo invité al bar de la esquina y en uno de los reservados pedimos dos cervezas. Buenas para el calor de la tarde. Es verdad, comenzó diciendo, que él no había estado últimamente en buenas relaciones con la difunta, pero eso no tenía nada que ver con que él quisiera o no su muerte. El pensaba, sin embargo, que otras personas dentro del mismo Centro de Artistas, podían tener más motivos para haberla matado, por ejemplo el mismo Simeón González, debido a que ella no había perdido oportunidad de demostrarle su ignorancia y él era un hombre muy satisfecho de sí mismo como para tolerar ese asunto.

Pero lo que a él particularmente le preocupaba, y que quizá yo no estaba al cabo de saber, era que ellos habían sabido que ella estaba recogiendo informaciones para escribir un libro donde los dejaba muy mal parados, alterando las verdades, convirtiéndolas en mentiras, o verdades a medias, destacando o inventando vicios. Y a él personalmente en su condición de representante del Sector Musical no le interesaba, por ejemplo, que la gente se enterara de que Douglas Duncan, el director de la Orquesta Sinfónica Juvenil, era adicto a las drogas, y que siempre comenzaba en cualquier concierto fumándose dos pitos de marihuana y justo antes de la actuación se mandaba un hilo de coca, cuando podía y a veces, cuando no, pues perico.

El pensaba que si los padres se enteraban seguramente la Orquesta perdería seriedad y credibilidad y eso afectaría futuras contribuciones económicas, presupuestos, la Compañía Petrolera podía retirar su apoyo, la oferta de un autobús que les había

hecho, y lo peor de todo es que no podían deshacerse de Duncan por razones laborales y humanas también, claro, aunque él pensaba que era un mal ejemplo y pensaba además que esos arranques coléricos y esos sudores y ese desaseo permanente ya estaban causando mala impresión entre los muchachos y sus padres. El reconocía. Pero de ahí a que le gustara que alguien extraño exhibiera estas cosas había un trecho largo. Y que yo lo disculpara, pero todos esos reportajes sobre la difunta le estaban dando una personalidad y una fuerza que ella nunca, NUNCA, recalcó, hubiera podido tener en vida. Claro que allí influía mi pluma, y mi talentoso nombre.

¿Que como se enteró de ese asunto? Bueno: alguien se lo había dicho. ¿Qué alguien, si ella apenas si se comunicaba con sus familiares más cercanos? ¿uno de ellos? No precisamente. Alguien allegado, una persona que gozaba de la confianza de Francisca. Entonces me pidió que si yo iba a la casa, si me dejaban registrar sus papeles y sus diskettes, viera la posibilidad de borrar los documentos de ese libro, donde se exponían al desprecio público muchas reputaciones respetables, a lo mejor hasta la mía. No pude evitar reirme. No creo que ella jamás hubiera notado siquiera mi existencia. La conocí ya apegada a su mundo, cerrada. Pero me interesó el asunto. Había un motivo. Alguien se podía arrojar el poder de informar con verdad acerca de los planes de Francisca y, por lo tanto, podía servirme de informante también. Pero ¿quién era ese alguien?

Probablemente Nadie. Probablemente se trataba de una suposición, de una piedra lanzada al azar a ver cuál ventana quebraba, aprovechando, a la vez, para soltar un montón de chismes sobre Duncan para que yo lo denunciara y ellos pudieran deshacerse de él.

(Soñé con ese tipo, con el Duncan, secándose el sudor que lo empapaba, que se derramaba en gruesas gotas de sus poros rojizamente abiertos, que corría sobre las redondeces, se metía entre los pliegues de su gordura. Lo soñe vestido con un traje azul. Traje formal con camisa blanca y corbata a lunares en rojo sobre fondo negro).

Fecha: 17-06-92

SIN EMBARGO, hoy fui nuevamente a casa de Francisca. Me abrió la puerta un muchacho más joven. Más confiado, también. Le expliqué mi deseo de escribir un libro sobre su madre y sonrió. Había leído algunas cosas. Se agradecía el gesto. Me preparó un café. Toda la casa está siendo desmontada: hay cajas embaladas por todas partes, algunas con rótulos. Me dejó recorrerla. Apartamento de dos habitaciones: una, el dormitorio, con los closets vacíos y la ropa tirada sobre la cama y multitud de cajas cerradas. La otra, la

Biblioteca, los estantes desarmados, los libros recogidos. ¿Dónde estaban los papeles, pregunté, cuidadosamente controlado? Muy pocos papeles, generalmente recortes de prensa en carpetas. Su madre llevaba todos sus documentos en diskettes. Descubrió la computadora, hasta ese momento tapada por un plástico de color metálico. CPU en torre con dos unidades de disco y una unidad de CDROM evidentemente nueva. Pantalla grande. ¿SVGA?, pregunté, bastante escamado, porque yo había imaginado que Francisca odiaba los modernismos. El muchacho me dijo sí, me dijo que ella amaba esas cosas de las computadoras. Tenía contactos en la capital donde compraba programas modernos y chips de memoria y lo que se le antojara, cuando podía. Se distraía explorando los programas. En dos estantes del mueble especial vi los diskettes: arriba, cajas de cartón con etiquetas de nombres de programas, versión y año. Abajo, ocho cajas de plástico de diferentes colores. Diskettes de 3 y 1/2 y de 5 1/4, todos HD. Y unos catorce CD ROM, lujo de lujos para la época.. Las cajas no estaban rotuladas por fuera, y supongo que ella sabría de qué se trataba, pero al abrir una al azar, vi que cada diskette tenía una etiqueta con letreros como estos:

ENSAYOS, ARTICULOS Y PONENCIAS

Abril-Noviembre 1989 (Disco de trabajo)

WP50

o:

ARTICULOS de OPINIÓN: DRAGÓN

Enero-Noviembre 1990 (Respaldo)

WP60 y WORD

Correspondiendo uno a un diskette 3,5 " y el otro a un diskette de 5,25", en la misma caja. Había muchos de CARTAS Y DOCUMENTOS VARIOS. Había AGENDA, VOCABULARIO DE INGLES, FAXES ENVIADOS Y RECIBIDOS, PROYECTOS Y PLANES. Sentimos que alguien tocaba. Era el otro hijo, el mayor. Volvió a ser muy amable, pero no le gustó que yo hubiera husmeado en los diskettes. Sin embargo, con una sonrisa a medias burlona, encendió la computadora y yo me quedé expectante: ¿me mostraría algún disco, aunque fuera inocuo, me mostraría el contenido del disco duro? Hubo la usual parafernalia, mensajes, y todo lo demás. De pronto, la pantalla quedó ante

mí, un fondo negro sobre el cual restallaba un recuadro vibrante de advertencias, surgiendo una y otra vez desde el fondo de un túnel resguardado por un alado dragón:

DIGA LA PALABRA CLAVE

SI DESEA ENTRAR

Los muchachos se vieron entre sí y sonrieron. Eso quería decir que nadie había podido franquear la barrera que limitaba el acceso. Por no dejar pregunté ¿Cuál es la contraseña? Y ambos volvieron a sonreír. Habían probado centenares de palabras. Habían buscado pistas alrededor de la máquina, debajo de los aparatos del hardware. Habían registrado agendas y libretas. Habían intentado entrar desde un diskette, pero había allí una especie de software-cerradura que funcionaba en cualquier condición y la máquina estaba preparada para entrar desde C:\, sin alivio, a menos que se encontrara la vía de acceso al locked. Si uno entraba desde A:\ el Sistema corría, pero era imposible ir más allá. El programa locked ponía la pantalla, la solicitud de palabra clave. Y no se podía ingresar a la Configuración, porque también allí había contraseña. Ella tenía una agenda electrónica, donde estaban los números de las cuentas bancarias, horarios de autobuses y aviones y unos 300 números telefónicos. Estaban sus nombres completos, los de sus padres y sus hijos y amigos cercanos, con fechas de nacimiento y número de documentos de identidad. Había infinidad de datos prácticos, números telefónicos, nombres y fichas de medicamentos diversos, relaciones bancarias, modelos de factura, fechas y códigos de partidas de nacimiento, números de registro en Libros de Acta. Pero en ninguna parte estaba la contraseña de la computadora. Quizá ella nunca pensó que fuera posible desaparecer así, sin avisar, sin poner en cierto orden sus asuntos. O quizá pensó que si partía sin avisar y en desorden, era mejor que nadie pudiera entrar en su íntimo caos, husmear en sus desarreglos.

Por lo demás, ellos dudaban de que su madre tuviera más cosas que esos diskettes. Nada de papeles, ni de cuadernos, salvo alguna libreta donde tomaba notas de investigación, y que generalmente era echada a la basura después de cierto tiempo. A ella no le gustaba dejar notas por allí y tampoco le gustaba trabajar en el Disco Duro, debido a un par de experiencias molestas en las que perdió documentos por fallas mecánicas o injerencia de virus. Y no habían revisado en sus propios micros los diskettes para ver si tenían también contraseña en cada archivo o no, aunque presumían que sí. Ellos sabían que su madre amaba las contraseñas y que muchas veces usaba otras herramientas, tales como las que ocultaban archivos o las que ocultaban textos en los editores y entonces era posible que uno abriera un archivo de 123 mil bytes, por decir algo, y no apareciera nada.

O que uno viera un disco al que sólo le quedaban 500 mil bytes de 1 millón 400 y no mostrara ningún nombre de archivo. Ella frecuentaba las travesuras. Jugaba con la máquina como otros juegan a las cartas o solitarios de ajedrez, dijeron. No quise imponer mi insistencia, pero pensé que un poco de paciencia podría desentrañar el contenido de los discos en otro aparato. Quizá más adelante ellos me permitirían llevarme los discos. Quizá. Por lo pronto, los oí discutir acerca de la conveniencia de formatear el Disco Duro para poder aprovechar la máquina en el futuro, si no encontraban la clave. El menor era de la opinión de explorar un poco más. De pronto temí que también formatearan todos los demás discos.

-¿Ustedes, les dije, no querrán que se pierdan cosas interesantes y talentosas que escribió su madre, no? Me miraron curiosa, afectuosamente, como si no creyeran en mis palabras. Luego habló el mayor y me dijo: -Hay mucha gente que quiere ver esos discos. Pero yo, que he revisado las etiquetas, le digo que no hay nada personal de ella, ningún Diario ni algo que se le parezca. Por lo menos, no en los títulos. -¿Ustedes saben que hay personas que creen que su madre estaba escribiendo un libro escandaloso sobre ellos y que piensan que tal vez por eso la mataron? Ambos me miraron con asombro: ¿la mataron? Alguna gente se había acercado a su padre, diciéndole ese cuento del libro escandaloso, pero ellos sabían que su madre estaba muy enferma en los últimos tiempos y era difícil que estuviera dedicándose a esas porquerías de investigar sobre vidas ajenas y escribir libros difamatorios. Su madre había sido una mujer muy cuidadosa del lenguaje, muy respetuosa del poder que otorgaba, y lo consideraba como el rito de alguna religión, así que era muy difícil que lo usara para vaciar litros de veneno sobre la gente, aun cuando esa gente no hubiera tenido escrúpulos para dañar su reputación. Y, finalmente, a su madre nadie la había matado. Ni la policía, ni el Forense, ni nadie, había pensado semejante cosa. Los enemigos que ella tenía eran todos gratuitos y cobardes por igual. Ella no les hubiera dado acceso a su casa, no porque los odiara, sino porque simplemente los había olvidado. Pues consideraba, dijeron, que el peor castigo que se le podía aplicar a alguien era borrarlo de la vida. Así que si yo estaba buscando en realidad las notas donde su madre podía haber estado difundiendo las vidas de esos supuestos personajes temerosos, no solamente perdía mi tiempo y le hacía el juego a esa gente, lo que era mi problema, sino que ofendía la memoria de una persona a la que por lo visto ni en la muerte iban a dejar en paz.

Como ángeles con espadas flamígeras.

El ambiente se heló considerablemente entre nosotros y aunque pensé que debía irme no quería hacerlo dejando una mala impresión que me impidiera regresar luego. Los muchachos parecían entristecidos de repente. Les dije que yo siempre había pensado que su madre era una mujer honesta y valiente y que lamentaba que la gente de Santa María jamás lo hubiera entendido así. Que en verdad lo que más deseaba era rescatar su imagen. Como esa foto, señalé hacia la pared. Ella aparecía allí de semiperfil en blanco y negro, con una hermética y a la vez irónica sonrisa en los labios y en los ojos. El cabello corto y revuelto. La camisa abierta sobre el cuello. Una mujer llena de vida e inteligencia, de 30 ó 35 años. Me fijé que había tenido una hermosa boca, pequeña, bien delineada y carnosa. La foto era bastante grande y presidía aún el sitio de la computadora, junto con tres cuadros horizontales: dibujos de puntos dentro de arcos, muy curiosos. La gente decía que ella tenía muchos cuadros de buena calidad. Era crítica y buena coleccionista. Yo había escuchado que había una pequeña fortuna en esas paredes. Yo soy muy ignorante en ese punto. Seguramente estos tres cuadros eran joyas de la corona, tan cariñosamente colocados sobre su máquina. -Yo los hice, me dijo su hijo menor siguiendo mi mirada, cuando tenía once años. Eran bastante buenos y estaban finamente enmarcados. Pero además mostraban un aspecto distinto de la personalidad de la difunta: algo cálido, amistoso, considerado y bello que de pronto se instauró entre nosotros como una atmósfera. Era verdad entonces: hay gente que viene como destinada a cumplir un destino de transiciones. Aparentemente no logran nada, pero dejan una huella. Una cicatriz de luz en la piel del mundo. En la memoria. Su sonrisa tímida resplandecía desde el retrato. Entonces sí me despedí, dejándolos en el principio del crepúsculo. Quizá, después de todo, pueda escribir algún día ese libro, algún libro. @

ESCRITURAS

Primera escritura:

El Tigre, 1989-1992

El Tigre, 1993

Barquisimeto, 1993

Segunda escritura:

Ciudad Bolívar, Julio de 1994

Annaghmakerrig, Febrero de 1995

Tercera escritura:

Annaghmakerrig, Abril de 1995

Cuarta escritura:

Ciudad Bolívar, Julio de 1995

Ciudad Bolívar, 2 de julio de 1995

Ciudad Bolívar, Agosto de 1997

Quinta escritura:

Caracas-Ciudad Bolívar, 03 de Febrero del 2000 (reconocimiento a Pablo Gamba)

Ciudad Bolívar, 04 de Febrero del año 2000

RECONOCIMIENTOS

Esta novela fue parcialmente auspiciada por un aporte de la Dirección General Sectorial de Literatura del Consejo Nacional de la Cultura (CONAC), otorgado en el año 1994 y propuesto bajo la administración del profesor Armando Gil Navarro.

Otro reconocimiento es debido al Centro Tyrone Guthrie en Annaghmakerrig, Irlanda, donde se consolidaron las notas de escritura, en un ambiente de tranquilidad y respeto.

Finalmente, reconozco el respeto y la paciencia de la gente de Monte Avila Editores, quienes me ayudaron a reconstruir el rompecabezas que en algún momento fue esta novela. Seguramente, estas confusiones informáticas hubieran sido del gusto de Francisca Malabar.